



Universidad de San Andrés –Grupo Clarín

Maestría en Periodismo

***Las marcas de subjetividad en las crónicas de
Carsten Jensen y Martín Caparrós***

Autor: Egebæk-Carlsen, Kristoffer

Mentor: Correa, Soledad

Buenos Aires, 2016

1.0 INTRODUCCIÓN	2
2.0 EL GÉNERO CRÓNICA	7
3.0 EL GÉNERO DISCURSIVO Y LAS MARCAS DE SUBJETIVIDAD	14
3.1 El género discursivo	14
3.2 La subjetividad enunciativa	16
4.0 LAS CRÓNICAS: ORGANIZACIÓN DEL CORPUS	30
5.0 EL CRONISTA DEÍCTICO	31
5.1 La deixis personal	32
5.1.1 La introducción	32
5.1.2 Los verbos y los pronombres	35
5.2 La deixis temporal	40
5.2.1 El tiempo y los verbos	40
5.2.2 Ahora	46
5.3 La deixis espacial	47
5.3.1 Aquí	48
5.4 Los deícticos del corpus: un análisis comparativo	49
6.0 EL CRONISTA SUBJETIVO	59
6.1 Las crónicas revisitadas	60
6.2 Jensen	67
6.3 Caparrós	78
6.4 Los subjetivemas del corpus: un análisis comparativo	86
7.0 LA SUBJETIVIDAD EN LAS CRÓNICAS: CONCLUSIONES	92
8.0 BIBLIOGRAFÍA	96
9.0 ANEXO	99



Universidad de
San Andrés

1.0 INTRODUCCIÓN

En este trabajo abordaremos las series de crónicas *En Afganistán* del periodista y escritor danés Carsten Jensen (1952, Marstal, Dinamarca) y *Proyecto Hambre* del periodista y escritor argentino Martín Caparrós (1957, Buenos Aires, Argentina) que surgen como resultado de las investigaciones periodísticas que los autores realizaron durante sus viajes a Afganistán y Asia / África en los años 2012 – 2013, respectivamente.

En *En Afganistán*, Carsten Jensen relata cómo viajó durante un mes por Afganistán, un país azotado durante décadas por invasiones, guerras civiles y ocupaciones militares extranjeras, para retratar la situación cívico-social ante el inminente retiro de las tropas internacionales. El viaje queda contado en una serie de crónicas publicadas en el diario danés *Information*.

En Dinamarca, Afganistán representa un caso emblemático en las discusiones políticas sobre los significados de la presencia militar danesa en el exterior. En la sociedad danesa, el envío de tropas a Afganistán para contribuir a establecer la paz e introducir los valores democráticos occidentales, desarticulando la organización fundamentalista Talibán, sus dogmas y ataques armados, es una cuestión muy debatida y, generalmente, aceptada como legítima y legal.

Una de las voces más críticas dentro del debate pertenece a Carsten Jensen, un reconocido escritor y periodista, quien en múltiples ocasiones –en entrevistas, artículos y programas de debate– ha puesto en duda la legitimidad –moral y ética– de la ocupación militar de Afganistán y ha señalado los errores y los fracasos de esa política militar argumentado que Dinamarca envió tropas sin autoridad moral y sin comprender la complejidad histórica (y actual), cultural y social afgana, algo que ha llevado a un fracaso que los políticos responsables se niegan a reconocer. Según Jensen, Afganistán no registra avances

en la reconstrucción del país: el mejoramiento de la infraestructura, del sistema judicial, de la educación, de los derechos de las mujeres y el derrocamiento de los talibanes siguen siendo temas pendientes que la ocupación extranjera no supo resolver en un país cuyo futuro quizás hoy sea aún más incierto que antes.¹

En *Proyecto Hambre* Martín Caparrós refiere cómo viajó a Asia y a África por pedido de la Organización de las Naciones Unidas para dar testimonio de una importante problemática de alcance mundial: el hambre. El resultado de esos viajes es una serie de crónicas que fueron publicadas en su blog Pamplinas –cerrado en julio de 2014– del diario español *El País*, en las cuales Caparrós procura indagar sobre el tema del hambre a través de observaciones de los lugares visitados y entrevistas con personas expuestas a situaciones límite.²

Los autores fueron elegidos, en términos personales, porque representan dos países –Dinamarca y Argentina– y dos culturas donde el autor de esta tesis se desempeña. En términos profesionales / académicos, fueron determinantes algunos aspectos que ambos tienen en común: Carsten Jensen y Martín Caparrós son escritores contemporáneos que se han desarrollado en el cruce entre el periodismo y la literatura. En tal sentido, han publicado textos de índole periodística, como las crónicas, y textos literarios, como novelas y relatos. Por otro lado, participan activamente en debates públicos sobre problemáticas actuales, tanto

¹ Carsten Jensen (2013):

”Verdenskrigen i Tølløse” (Trad.: “La guerra mundial en Tølløse”), Diario *Politiken*, Copenhague.

<http://politiken.dk/debat/kroniken/ECE1855693/verdenskrigen-i-toelloese/>

”Hurra - Vi tabte!” (Trad.: ”¡Viva - Perdimos!”), Diario *Politiken*, Copenhague.

<http://politiken.dk/debat/kroniken/ECE1856213/hurra---vi-tabte/>

² Queremos destacar aquí que en 2014 Martín Caparrós publicó su libro ”El Hambre” en el cual retoma y analiza la temática del hambre desde la Antigüedad hasta la actualidad. Abarca tanto la problemática del hambre estructural y extremo de la India o Sudán del Sur, como la del hambre de la desigualdad social de los Estados Unidos y Argentina. El libro combina experiencias personales –descripciones, entrevistas, evaluaciones– de diferentes partes del mundo en las cuales el hambre “es producido” por ciertas corporaciones y vivido por otros actores, con datos estadísticos y referencias históricas. Esta obra ofrece testimonio de una problemática concreta cuya solución depende principalmente de la voluntad y los intereses económicos y políticos. En efecto, los países del primer mundo tienen en su poder las herramientas para acabar con el hambre y sus consecuencias y mejorar la calidad y la expectativa de vida de miles de millones de personas, sobre todo niños, del mundo. No obstante su interés intrínseco, el mencionado libro no será tenido en cuenta para esta investigación.

de alcance nacional como internacional. Asimismo, la serie de crónicas que conforman el corpus de esta tesis es producto de investigaciones prácticamente simultáneas de características similares.

El género en el cual se inscriben los textos del corpus, la crónica periodística, constituye un lugar de encuentro entre los campos de la literatura y del periodismo debido a que articula procedimientos de investigación periodística con recursos literarios. De este modo, Jensen y Caparrós forman parte de una tradición periodística en la cual las líneas entre el periodismo y la literatura se interrelacionan.

Como la crónica es un género complejo que selecciona temas de actualidad y utiliza diversos recursos estilísticos, no se la puede encasillar en el periodismo tradicional. Por otro lado, se trata de textos fuertemente autorreferenciales que se permiten originalidades que violentan las reglas del juego del periodismo (Rotker, 1992), principalmente por la irrupción de lo subjetivo en la figura del locutor quien, a su vez, “suele ser alguien que se pone a sí mismo en observación, un sujeto que se ve afectado por la acción de ver” (Bernabé, 2010: 9 y 10). Asimismo, la crónica desafía al lector y lo obliga a leer e interpretar desde un horizonte de expectativa distinto de otras esferas periodísticas establecidas y corrientes.

Las marcas lingüísticas de subjetividad (Kerbrat-Orecchioni, 1986) constituyen uno de los rasgos principales y explícitos de la crónica periodística, que la definen y diferencian de otros géneros periodísticos. Distinguen al género crónica frente al formato periodístico del noticiero informativo “objetivo” que domina el mercado de noticias.

Considerar que las marcas de subjetividad son elementos ‘ajenos’ al periodismo constituye una afirmación simplificada, hasta falsa. De acuerdo con Catherine Kerbrat-Orecchioni (1997), entendemos que ningún discurso³ es objetivo ya que en el interior de todo

³ Kerbrat-Orecchioni (1997: 93) distingue a grandes rasgos entre dos tipos de formulaciones:

- el discurso “objetivo”, que se esfuerza por borrar toda huella de la existencia de un enunciador individual;
- el discurso “subjetivo”, en el cual el enunciador se confiesa explícitamente o se reconoce implícitamente como la fuente evaluativa de la afirmación.

enunciado existen huellas de naturaleza particular del sujeto, de tal manera que “toda afirmación lleva la marca del que la enuncia” (1997: 90). La autora afirma que todo objeto nombrado dentro del enunciado no es un referente en bruto sino, al contrario, es un objeto percibido, interpretado y evaluado: la actividad del lenguaje es subjetiva (1997: 90).

Por eso, pretendemos con esta tesis aportar una visión que considere las marcas de subjetividad y su inscripción en el enunciado como recursos lingüísticos válidos en el marco del periodismo, teniendo en cuenta que toda producción discursiva está marcada subjetivamente. Así, en esta tesis nos ocuparemos de registrar y analizar las marcas de subjetividad presentes en las dos series de crónicas de Carsten Jensen y Martín Caparrós que identifican al locutor de la crónica y que expresan sus valoraciones positivas o negativas mediante la selección de unidades léxicas que nombran o describen el mundo.

En este contexto, se indagarán desde el campo disciplinar de las Ciencias del lenguaje, específicamente desde las corrientes francesas de análisis del discurso (Benveniste, 1979; Ducrot & Todorov, 2003; Maingueneau, 2008), las prescripciones del género crónica en relación con las marcas de subjetividad (Kerbrat-Orecchioni, 1997) del locutor (Benveniste, 1979) desplegadas en el corpus de crónicas objeto de la presente investigación (seis crónicas de Jensen y cinco de Caparrós) con el fin de confrontar similitudes y diferencias. Dicho de otra manera, nuestro trabajo hará hincapié en el modo en que estos dos escritores / periodistas se constituyen como locutores en sus crónicas, en relación con las prescripciones del género.

La perspectiva del análisis de discurso estudia los enunciados como discursos y busca vincular la organización textual con un lugar social determinado (Maingueneau, 2004: 33). Desde este punto de vista, el discurso siempre se presenta en un género particular y, a su vez, éste no se puede estudiar sin ser inscripto en alguna esfera de la actividad humana (Bajtín, 1982: 245). Esta perspectiva teórica, que está atravesada por diversas corrientes y que, por lo tanto, se constituye interdisciplinariamente, trabaja de manera privilegiada con la

categoría “género de discurso” (Charaudeau y Maniguenau, 2004: 34), de la cual, como señala Maingueneau, “depende un enunciado para determinar a grandes rasgos su contenido y su propósito, sus destinatarios y el comportamiento que se debe adoptar a su respecto” (2009: 34).

De modo similar lo exponen Arnoux, Di Stefano y Pereira: “la pertenencia a un género es lo que explica casi todo lo que ocurre en un texto: el modo de plantear el comienzo y el cierre, el tema a tratar, los modos de incluir la palabra de otros, el registro más o menos formal, y hasta la sintaxis y el léxico empleados” (2004: 33). Por ello, el género se constituye en una categoría de análisis central que organiza otros aspectos como la construcción del locutor en el enunciado, objeto de análisis de esta investigación.



2.0 EL GÉNERO CRÓNICA

El género crónica se inscribe en la tradición que vincula el periodismo con la literatura, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIX (Chillón, 1999; Rotker, 1992; Lago, 2014), y que supone una tensión entre ambas esferas de actividad humana. Asimismo, se incluye en el periodismo narrativo (Rodríguez Wangüemert, 2007) y se distingue del periodismo tradicional por las características que la singularizan como género (se interesa por la cotidianidad, aborda temas marginados, incluye recursos literarios, es referencial y autorreferencial y subjetiva, entre otras).

Según Chillón (1999), el periodismo literario es producto de la simbiosis de la documentación periodística (verismo documental) y las formas literarias (procedimientos de la literatura ficcional). En *La invención de la crónica* (1992), Rotker reconoce como antecedentes del género a Ruben Darío y a José Martí en sus crónicas modernistas. Otros autores, como Caparrós (2001), remontan su origen a la época de la conquista y a las crónicas de Indias: “América se llenó de nombres y de conceptos y de ideas por sus crónicas (de Indias), de los relatos que sus primeros viajeros más o menos letrados hicieron sobre ella” (2011: 1).

Este cruce entre periodismo y literatura se formalizó en el siglo XX, desde los años 60`en adelante, como consecuencia del cuestionamiento a la división entre escritura de ficción y escritura de no ficción. Este fenómeno fue caracterizado con diversos nombres, entre ellos “literatura de hechos”, “literatura testimonial”, *faction* (por la unión de los términos en inglés *fact* y *fiction*) y más recientemente “postficción” (Chillón, 1999: 187).

Para Chillón, el *Nuevo periodismo*, que se inscribe en esta perspectiva, abordó temáticas candentes en la sociedad (1999: 228) y puso en entredicho el discurso periodístico tradicional al atacar “el sagrado dogma de la objetividad informativa, considerado ahora como

una falacia cognoscitiva, y ya no como una garantía de verdad” (Chillón, 1999: 229). En este contexto, se reivindicó la subjetividad, la veracidad documental y el uso de procedimientos de escritura literarios que permitían poner en escena una verdad que se sabía relativa. Así, para Falbo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, los escritores buscaron “desenmascarar una representación de la realidad que, sustentada en una fórmula de objetividad, se formalizó como ‘lo evidente’ mediante un discurso naturalizado como pleno que ocultaba sus formas de fragmentación” (2007: 13).

Muchos de los integrantes de este movimiento norteamericano (Tom Wolfe, Truman Capote y Norman Mailer, entre otros) dejaron en evidencia la falacia de la pretendida objetividad al organizar sus producciones desde un punto de vista que “les permitía poner de manifiesto su condición de observadores subjetivos y a menudo participantes” (Chillón, 1999: 274). En este marco, el periodista es concebido como un observador involucrado en los hechos a partir de la técnica del narrador-testigo. Lago lo expresa del siguiente modo: “Algunos de los principales referentes de este movimiento (...) liberaron aún más las formas de redacción periodísticas al retomar la noción del punto de vista subjetivo, proveniente de la literatura, para reconstruir los hechos en sus notas” (2014: 11).

La versión latinoamericana del *Nuevo Periodismo*, el denominado Periodismo narrativo, tiene entre sus exponentes a los escritores Gabriel García Márquez y Tomás Eloy Martínez, quienes introdujeron en sus crónicas periodísticas recursos literarios (Lago, 2014: 11). Rodolfo Walsh, por su parte, inauguró en Argentina con su obra *Operación Masacre* el periodismo de denuncia utilizando recursos de ficción para describir hechos reales. De modo similar, Gabriel García Márquez denominó a sus trabajos “crónicas de resistencia”. Falbo reconoce que la crónica en América Latina evolucionó “hacia una escritura como voluntad de intervención” (2007: 14), un modo de testimoniar la realidad social contemporánea.

La crónica latinoamericana, a diferencia de la crónica tradicional que suponía el desplazamiento del cronista a territorios lejanos, ha dejado lugar a un ejercicio de visibilización de conflictos cercanos descuidados por los medios: “interpretar la voz de ‘lo otro’ en la cercanía de lo cotidiano” (Falbo, 2007: 15). Por eso, Lago destaca que “en el escenario del capitalismo postindustrial, la crónica constituye muchas veces una operación de interpelación, que actúa para que se produzca el encuentro entre el lector y aquello que permanece invisible a primera vista” (2014: 6).

En consonancia con la concepción de los géneros discursivos postulada por Bajtín (2008), la crónica es un género de la esfera del periodismo que se ha renovado pero que, al mismo tiempo, mantiene sus rasgos principales vigentes. Su evolución explica los diversos aspectos que han singularizado y singularizan este género (Lago, 2014: 9), como el pasaje de una caracterización en tanto texto indefinido o híbrido a discurso autónomo (Falbo, 2007: 11). Entre los rasgos que se han mantenido estables como marcas del género, en esta tesis nos interesa particularmente el punto de vista subjetivo desde el cual el cronista narra. Rotker (1992) fue quien sistematizó la subjetividad del cronista como un aspecto clave del género. La crónica, dice Caparrós, “es el periodismo que sí dice yo. Existo, estoy, yo no te engaño” (2011: 11) en el cual “yo” no es sinónimo de la primera persona gramatical sino de un sujeto que mira y cuenta. Es “la situación de una mirada” (Caparrós, 2011: 3).

En este sentido, en el marco de los estudios sobre el género de no-ficción, Amar Sánchez propone diferenciar al relato de no-ficción tanto del realismo literario como del periodismo tradicional, a los cuales se opone por la relación que estos mantienen respecto de “una ‘realidad objetiva’ que, de acuerdo con su perspectiva, podría ser rigurosamente registrada” (1992: 23).

En términos de Caparrós, “los diarios impusieron esa escritura ‘transparente’ para que no se viera la escritura: para que no se viera su subjetividad y sus subjetividades en esa

escritura: para disimular que detrás de la máquina hay decisiones y personas. La máquina necesita convencer a sus lectores de que lo que cuenta es la verdad y no una de las infinitas miradas posibles. (...) El truco ha sido equiparar objetividad con honestidad y subjetividad con manejo, con trampa. Pero la subjetividad es ineludible, siempre está” (2007: 12).

Las crónicas ponen en tensión el periodismo tradicional que se presenta como objetivo debido a que “vienen a pararse frente a ese discurso: hay, en ellas, una reivindicación constante de las múltiples voces y miradas, un fuerte rechazo del escritor como observador imparcial (...) asumen y reivindican ese lugar de construcción de verdades relativas sin pretender ocultar la subjetividad detrás de un realismo y de la mentada ‘objetividad periodística’ (Comba, 2012: 10).

En efecto, entre los géneros de la esfera del periodismo, el *Manual de Estilo* del diario *La Nación* describe la crónica como “un género caliente, lo que requiere del periodista que esté en el lugar y que sea testigo del hecho acerca del cual va a informar a sus lectores” (1997: 36). Aunque no lo diga explícitamente, la definición del género propuesta por *La Nación* presupone un cronista que relata los hechos desde su propia visión y experiencia.

En su tesis, que analiza las estrategias discursivas que utilizan cronistas latinoamericanos para construir su lugar en el relato, Comba señala que “el discurso periodístico implica una estrategia discursiva caracterizada por una prosa impersonal y distante y, por tanto, las huellas de la enunciación –y los deícticos– tratan de borrarse. La crónica es un género periodístico que reivindica el lugar de enunciación del cronista como un sujeto que mira y construye y por ello, los deícticos de persona aparecen con mayor frecuencia que en otros subgéneros del periodismo” (2012: 44). La teoría de la enunciación, en el marco del análisis del discurso, le provee las categorías para llevar a cabo su estudio.

Del mismo modo, en su libro *Enunciación y crónica periodística*, Adelstein (1996) analiza los distintos procedimientos a partir de los cuales el locutor inscribe su subjetividad en

el enunciado (los deícticos, los subjetivemas, los campos semánticos y las modalidades), utilizando como ejemplos textos periodísticos en los cuales indaga la relación entre el sujeto y el enunciado. Nuestro trabajo retoma todos estos antecedentes.

Por otro lado, el género crónica se distingue por “descentrar el foco periodístico” que mira permanentemente al poder y habla de los poderosos o ricos y famosos. Es decir, es una herramienta necesaria para romper con la lógica de los *mass media* y descubrir en lo cotidiano la pequeña historia que puede contar tantas otras (Tomás, 2011: 10) y así “contar las historias que nos enseñaron a no considerar noticia” (Caparrós, 2011: 2). En términos de Arias, sus autores se interesan por lo cotidiano pero fundamentalmente por “cronificar lo marginal” (2009: 2).

De este modo, este género sustituiría “la enunciación monológica propia del modelo que ellos usan para dar cuenta de la realidad a través de un paradigma de representación donde las voces colectivas de los sujetos marginales se hacen oír en toda su riqueza y cobran centralidad” (Montes, 2003: 5). La crónica, entonces, se aleja del periodismo tradicional y se inscribe en el periodismo narrativo o literario, que supone no sólo la utilización de procedimientos literarios, sino también la adopción de un punto de vista desde el cual se narra lo que no es noticia, se narra al otro (Montes, 2009) apelando a voces que no suelen ser escuchadas. Por eso, el periodista cuenta “en primera persona las realidades en las que se sumerge sin la urgencia de producir noticias” (Lago, 2014: 5).

Éste es el segundo aspecto que nos interesa del género: el interés de un escritor por diferenciar un modo de hacer y pensar el periodismo. Concretamente, “el periodista escritor busca y arriesga la palabra propia que responde a una vocación: hacer elocuente la voz menos visible de la sociedad” (Falbo, 2007: 12).

Susana Rotker (1992), en un estudio clásico del género, califica a la crónica como una “obra de arte” que selecciona temas de actualidad y utiliza diversos recursos estilísticos.

Por otro lado, considera que son textos fuertemente autorreferenciales que presentan una estilización del sujeto literario, a diferencia del periodismo tradicional, en el cual no se puede encasillar por su vinculación con la literatura. Destaca que “la crónica se concentra en detalles menores de la vida cotidiana, y en el modo de narrar” (1992). Por eso, para Caparrós, “la crónica es el género de no ficción donde la escritura pesa más” (2008: 19) y define al cronista como alguien que “literaturiza el periodismo” (2011: 2).

Bernabé (2010), por su parte, considera que definir la crónica como un texto híbrido en el cual se combinan la literatura con el periodismo resulta insuficiente. Las crónicas, señala la autora, “no pretenden desentrañar una verdad ni contar historias, sólo intentan establecer relaciones a fin de organizar imágenes, perspectivas y afectos” (2010: 9). Por eso, esta autora concibe la crónica como una escritura de fronteras que busca un tono, un fraseo que singularice al autor.

Las características del género reseñadas en este apartado desde la perspectiva de autores pertenecientes a distintos campos disciplinares, permiten comprender el carácter político que Martín Caparrós le adjudica a la crónica. Por un lado, por la información periodística en la cual hace hincapié: “El periodismo de actualidad mira al poder. (...) La información –tal como existe– consiste en decirle a muchísima gente qué le pasa a muy poca: la que tiene poder. (...) La crónica se rebela contra eso cuando intenta mostrar, en sus historias, las vidas de todos, **de cualquiera** [El subrayado es nuestro]: lo que les pasa a los que también podrían ser sus lectores” (Caparrós, 2011: 11). Por el otro, por el estilo de escritura que le brinda al periodista la posibilidad de la incertidumbre, a diferencia de aquella información pretendidamente objetiva, escrita en un lenguaje neutro y sin un sujeto, “que no soporta la duda” (Caparrós, 2011: 11).

Este último aspecto se vincula con la potencialidad del género como material de análisis social y cultural (Lago, 2014: 5). Por otro lado, se relaciona con la búsqueda que

plantea Montes de un camino para narrar al otro en tanto alteridad compleja que “se hace necesario rescatar de la invisibilidad sin estereotipos, en la compleja urdimbre de sus paradojas” (2009: 30). En palabras de Falbo, “reflexionar sobre la potencialidad del género – sobre el lugar de su eficacia para captar el presente como una totalidad con sus ritmos, luchas, ocultamientos, contradicciones – es para los autores indagar los pormenores de una escritura al tiempo que se la trabaja buscando las claves de su resistencia” (2007: 13).



Universidad de
San Andrés

3.0 EL GÉNERO DISCURSIVO Y LAS MARCAS DE SUBJETIVIDAD

3.1 El género discursivo

Desde la Antigüedad griega hasta nuestros días se ha manifestado una preocupación por delimitar y asignar rótulos a los textos. De acuerdo con esto, se elaboraron múltiples propuestas de clasificación centradas en la noción de género de texto o de discurso.⁴ En sus orígenes fueron clasificados textos de valor social o literario reconocido. En el siglo XX, a partir de Bajtín (1979), esta noción se aplicó al conjunto de producciones verbales organizadas: escritas (artículo científico, informe, artículo de sucesos, publicidad, etc.) y orales ya sea institucionalizadas (exposición oral, relato de acontecimientos vividos, etc.) o del “lenguaje ordinario” (conversación).

Según los distintos enfoques teóricos que conforman las Ciencias del lenguaje contemporáneas, los géneros son denominados como “géneros de texto”, “géneros de discurso”, “géneros discursivos”, “clases de textos”.⁵ Sin embargo, más allá de las distintas definiciones y concepciones de los géneros existentes en este campo de estudio, la mayoría de las corrientes adjudica a esta categoría un lugar primordial en los estudios del discurso (cf. Lingüística del texto, Análisis del Discurso, Interaccionismo Sociodiscursivo, entre otras).

Cuando se alude a los géneros en el campo de los estudios del lenguaje, ineludiblemente se menciona al lingüista ruso Mijail Bajtín, quien acuñó el concepto de “*géneros discursivos*”, a los cuales clasificó en primarios y secundarios. Para establecer dicha clasificación, Bajtín relacionó los enunciados con las esferas de aplicación de los mismos

⁴ Para una discusión general sobre el género en la literatura de todas las épocas, cf. Fowler (1982).

⁵ Cf. Charaudeau-Maingueau (2005: 288): “La diversidad de puntos de vista evidencia la complejidad de la cuestión de los géneros (...). Es evidente que para definir esta noción se toma en cuenta unas veces de modo preferencial el anclaje social del discurso; otras, su naturaleza comunicacional; otras, las regularidades composicionales de los textos; otras, las características formales de los textos producidos. Cabe pensar que estos diferentes aspectos están ligados entre sí, lo cual crea además afinidades en torno de dos orientaciones mayores: una inclinada más bien hacia los textos que justifica la denominación ‘géneros de textos’, otra vuelta más bien hacia las condiciones de producción del discurso que justifica la denominación ‘géneros de discurso’.”

debido a que él consideraba que los enunciados “[...] reflejan las condiciones específicas y el objeto de cada una de las esferas” (2008: 245). De acuerdo con su propuesta, “[...] cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos *géneros discursivos*” (2008: 245). De este modo, los géneros discursivos surgen en una esfera específica de la comunicación humana que determina los rasgos que los distinguen de los otros tipos de enunciados de esa y otras esferas. Cada esfera de la actividad humana genera sus propios géneros discursivos, los cuales “[...] se diferencian y crecen a medida que se desarrolla y se complica la esfera misma” (2008: 245). Por ello, Bajtín plantea la necesidad de un abordaje histórico de los géneros debido a que éstos se transforman o dejan de existir de acuerdo con las transformaciones de la práctica social en la cual se sustentan.

El lingüista ruso describe como elementos constitutivos de los géneros el tema, la composición y el estilo. De esta manera, cuando un hablante elige un género, éste le impone restricciones temáticas, estilísticas y composicionales, destacándose así su funcionamiento prescriptivo. Desde una perspectiva similar, F. Rastier considera que los géneros conforman un “programa de prescripciones [...] y de licencias que regulan tanto la generación de un texto como su interpretación” (1989: 36). Por ello, en palabras de Amar Sánchez, “los géneros proporcionan un conjunto de normas –una legalidad para clasificar y ordenar los textos” (1992: 19).

Por su parte, desde el campo literario, Tzvetan Todorov definió los géneros como clases de textos que codifican propiedades discursivas. El género procede de otros géneros; un nuevo género surge sobre la base de géneros anteriores, es la transformación –por inversión, por desplazamiento o por combinación– de uno o más géneros antiguos. Los géneros se institucionalizan porque funcionan como “horizontes de expectativa” para el lector y como “modelos de escritura” para los autores (1988: 33-38).

Todorov relaciona los géneros con la sociedad que los rodea y precisa que una sociedad elige y codifica los actos que se aplican más precisamente a su ideología; de esta manera, la presencia de ciertos géneros en una sociedad, como su ausencia en otras, revela esa ideología (1988: 33 y 38-39).

3.2 La subjetividad enunciativa

Todo acto de enunciación proviene de un enunciador, de un sujeto hablante que deja sus huellas en el enunciado. Este sujeto inscribe continuamente su presencia (su subjetividad) en el enunciado, pero esta presencia puede ser más o menos visible. Existen textos saturados de marcas de subjetividad enunciativa y otros en que su presencia tiende a ocultarse.

Las huellas lingüísticas de esta subjetividad son múltiples y se pueden dividir en dos campos: el de los deícticos (expresiones cuyo referente no puede determinarse sino en relación con la situación de enunciación) y el de los subjetivemas (expresiones que contienen valoraciones positivas o negativas). La noción de subjetividad no es la misma en ambos casos. En el primero se trata del punto de anclaje en la situación enunciativa de expresiones que remiten a la realidad extralingüística. En el segundo, se trata de la toma de posición por parte del locutor.

Los estudios de Emile Benveniste (1966/1974) acerca de las marcas de subjetividad en la enunciación describen y analizan el proceso de producción lingüística cuyo resultado es el enunciado. El lingüista francés define la enunciación como “este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización” (Benveniste, 1985: 83), es la producción de un enunciado por parte de un locutor que “moviliza la lengua por su cuenta” convirtiéndola en discurso (1985: 83-84). Por eso “el discurso es lenguaje puesto en acción” (Benveniste, 1979: 179 y 1985: 84).

Por su parte, Oswald Ducrot (1984) define la enunciación como un acontecimiento constituido por la aparición de un enunciado. Considera el enunciado como un acontecimiento histórico porque es algo no existente que adquiere existencia para luego dejar de existir cuando se termina de hablar. Es esta aparición momentánea que Ducrot denomina “enunciación” (Ducrot, 1984: 253). De manera similar, para Dominique Maingueneau (1989) la enunciación refiere al acto por el cual el hablante produce un enunciado al utilizar la lengua como instrumento para convertirla en discurso. El sujeto que emite el enunciado asume la posición de hablante mediante índices específicos que son los pronombres personales, tiempos verbales, etc. (Maingueneau, 1989: 117).

Es decir, es un sujeto hablante quien realiza la actividad psico-fisiológica necesaria para producir el enunciado. Existen diferentes definiciones del concepto de sujeto hablante que varían en función de las opciones teóricas (Charaudeau y Maingueneau, 2004: 541). En este trabajo, para hacer referencia al sujeto hablante aplicamos el término *locutor* quien para García Negroni y Tordesillas (2001: 46) es la figura discursiva que de acuerdo con el enunciado es el responsable de la enunciación. Según Ducrot, el locutor tiene la propiedad de ser designado por las marcas de la primera persona en el enunciado siendo el soporte de los procesos expresados mediante un verbo cuyo sujeto es “yo”, es propietario del objeto referido por el pronombre posesivo “mío” y se encuentra en el lugar que denomina el adverbio “aquí” (1984: 256-257). El locutor representa el sujeto hablante y es responsable del enunciado. Aparece en el enunciado a través de las marcas de subjetividad como el pronombre personal “yo” y las otras marcas de primera persona (1984: 259-260).

Desde esta perspectiva, la subjetividad es concebida como la capacidad del locutor de presentarse como sujeto en el lenguaje. El hombre se constituye como sujeto en y por el lenguaje porque el lenguaje funda *su* realidad la cual, según Benveniste, se refiere a la realidad del ser, es decir, al concepto del *ego*. Benveniste caracteriza la subjetividad como la

capacidad del autor de plantearse como sujeto, no en el sentido del sentimiento de la experiencia de cada ser, sino “como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia” (Benveniste, 1979: 180).

Esta subjetividad es, para Benveniste, la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje: es “ego quien dice ego”, ese es el fundamento de la subjetividad determinado por el estatuto lingüístico de la “persona” (Benveniste, 1979: 180-181). Así, el lenguaje posibilita la subjetividad por “contener las formas lingüísticas apropiadas a su expresión” (Benveniste, 1979: 184). De esta manera, el discurso da forma a la emergencia de la subjetividad y, al mismo tiempo, la emergencia de la subjetividad en el lenguaje crea en éste la categoría de la persona. El lenguaje presenta formas “vacías” de las cuales cada locutor se apropia en el ejercicio de discurso al hacer referencia a su persona definiéndose como “yo” (Benveniste, 1979: 184).

Catherine Kerbrat-Orecchioni (1980) retoma el trabajo de Benveniste acerca de la subjetividad en el lenguaje, y estudia específicamente las formas que instauran la subjetividad del locutor en el discurso. Amplía la lista de los marcadores de subjetividad propuesta por Benveniste, a los cuales denomina “subjetivemas”. Los estudios de esta autora demuestran que todos los discursos están marcados subjetivamente en distintos grados, es decir, que “en el lenguaje todo es subjetivo” (1997: 191). Se problematiza, de este modo, la distinción entre discursos objetivos, que se esfuerzan por borrar las huellas del locutor y el discurso subjetivo en el cual el locutor se reconoce como la fuente evaluativa del discurso.

Desde la lingüística de la enunciación, Kerbrat-Orecchioni (1997: 42) considera como “hechos enunciativos las huellas lingüísticas de la presencia del locutor en el seno de su enunciado, los lugares de inscripción y las modalidades de existencia de lo que con Benveniste llamaremos ‘la subjetividad en el lenguaje’. La autora estudia los “procedimientos

lingüísticos (shifters, modalizadores, términos evaluativos, etc.) con los cuales el locutor imprime su marca en el enunciado y se sitúa en relación con él “intentando localizar y describir las unidades (sin considerar su naturaleza o nivel) que actúan como índices de la “inscripción en el enunciado del sujeto de la enunciación” (1997: 43).

Una manera de identificar la presencia del locutor en el seno del enunciado es a través de los indicadores deícticos (Benveniste los denomina “individuos lingüísticos”) que surgen de la enunciación y son producidos por un acontecimiento individual. Refieren siempre y solamente a individuos siendo ellos personas, momentos o lugares (Benveniste, 1985: 85-86).

Por un lado, según Kerbrat-Orecchioni, los deícticos son los “elementos lingüísticos más visibles que manifiestan la presencia del hablante en el interior del enunciado” (1997: 90) y es por los deícticos que el sujeto se constituye y se estructura en el espacio y en el tiempo en los que opera. La autora defiende de la perspectiva de Benveniste, para quien los deícticos son todos los hechos lingüísticos relativos al proceso de enunciación, y restringe la categoría de los deícticos a las unidades que, en esencia, son un subconjunto de unidades subjetivas que a la vez son un subconjunto de las unidades “enunciativas” admitiendo solamente tres categorías –personal / espacial / temporal– de funcionamientos deícticos (1997: 90-91).

Por otro lado, desde la perspectiva de Benveniste, las unidades deícticas transforman la lengua (a la que pertenecen) en habla. El “yo” es propio de todo el mundo pero hablar es apropiárselo y una manera de organizar el propio discurso alrededor de los tres aspectos referenciales: yo / ahora / aquí (personal / temporal / espacial). Asimismo, los deícticos no son solamente unidades de la lengua y del discurso que tienen el mismo derecho que toda unidad lingüística sino que posibilitan la actividad discursiva misma y permiten al hablante constituirse en sujeto y estructurar el entorno espacio-temporal (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 72).

En lo que atañe al aspecto referencial personal, según Benveniste, el signo único, móvil “yo”, puede ser asumido por cada locutor. Cuando un individuo se apropia del lenguaje, éste se transforma en instancia de discurso que es caracterizado por un sistema de referencias internas: el “yo” define el individuo por la categoría lingüística que utiliza al enunciarse como locutor. Así, el locutor se apropia de ciertas formas de la lengua como el pronombre personal de primera persona “yo”. Benveniste distingue entre dos instancias conjugadas: el sujeto que produce el enunciado, instancia de “yo” como referente, y la instancia de discurso, el “yo” referido o lingüístico. En palabras del autor, “yo es el individuo que enuncia la presente instancia de discurso que contiene a la instancia lingüística yo” (Benveniste, 1979: 173). Es decir que la subjetividad del hablante asume diversos estatutos: como sujeto productor efectivo del enunciado o como sujeto organizador del decir. De esta manera, el pronombre personal “yo” da testimonio de la subjetividad en el lenguaje: “yo se refiere al acto de discurso individual en que es pronunciado, y cuyo locutor designa. Es un término que no puede ser identificado más que en lo que por otro lado hemos llamado instancia de discurso, y que no tiene otra referencia que la actual. La realidad a la que remite es la realidad del discurso. Es en la instancia de discurso en que yo designa el locutor donde éste se enuncia como ‘sujeto’” (Benveniste, 1979: 182).

Los pronombres personales son los deícticos más evidentes y reconocidos para Kerbrat-Orecchioni quien enfatiza la importancia para el receptor de tener en consideración la situación de comunicación cuando los pronombres personales reciben un contenido referencial, sobre todo en el caso de “yo” y “tú” (que son deícticos puros) y en el caso de “nosotros”⁶ (1997: 52). Los pronombres personales remiten a objetos extralingüísticos y responden a la siguiente formulación: “los deícticos remiten a objetos cuya naturaleza

⁶ “Nosotros” no corresponde, salvo en ocasiones marginales como la redacción colectiva, a un “yo” plural. Kerbrat-Orecchioni define el contenido de “nosotros” inclusivo (que es puramente deíctico) de la siguiente manera: nosotros = yo + no-yo — yo + tú (singular o plural) “nosotros inclusivo” (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 52-53).

particular sólo se determina en el interior de la instancia particular del discurso que los contiene” (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 57).

Kerbrat-Orecchioni le reconoce a Benveniste el hecho de haber puesto en evidencia la “especificidad deíctica” de los pronombres personales y el haber señalado que si bien sintácticamente la forma “yo”⁷ es igual a los nombres propios, se diferencia de ellos de manera que en la lengua y en el discurso “el nombre propio denota a un *solo y el mismo individuo*; y ‘yo’, ‘nombre propio instantáneo de todo hablante’, denota virtualmente a todos los individuos dotados del don de la palabra, pero su referente *cambia* en cada una de las instancias enunciativas” (1997: 57).

En cuanto al aspecto referencial temporal, involucra la noción de tiempo –la temporalidad– y la organización lingüística; para Benveniste la lengua distingue siempre entre tiempos: el pasado y el futuro separados por el presente. El presente-pasado se opone al futuro y el presente-futuro se diferencia del pasado. El presente solamente tiene un dato lingüístico como referencia temporal: “la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe” (Benveniste, 1979: 183). El tiempo en que se está es el “tiempo en que se habla”, siendo este momento eternamente “presente” (que nunca hace referencia a los sucesos de una cronología objetiva) determinado para cada locutor por las instancias de discurso que le corresponden (Benveniste, 1979: 183).

Para Kerbrat-Orecchioni, el tiempo se expresa al localizar un acontecimiento sobre el eje “antes / después” de un momento T como referencia. Una referencia temporal puede ser una fecha determinada por su importancia histórica, lo que equivale al momento T1 que está inscrito en el contexto verbal, y es una referencia cotextual. La referencia deíctica T0 es el momento de la instancia de la enunciación. La localización temporal se evidencia por el doble

⁷ El pronombre yo siempre informa lo mismo: “la persona a la que remite el significante es el sujeto de la enunciación” (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 48).

juego de la conjugación de los tiempos verbales y de los adverbios y locuciones adverbiales. Son las formas temporales de los verbos que explotan –casi exclusivamente– el sistema de localización deíctica. La selección de una forma verbal de pasado / presente / futuro es de naturaleza deíctica. En las esferas de pasado / presente / futuro, la elección del tiempo verbal se realiza a lo largo de diferentes ejes aspectuales que se atribuyen a la subjetividad lingüística lo que pone en función la manera subjetiva en la cual el hablante define el proceso al que, dependiendo de sus objetivos, puede describirlo en el pasado o vincularlo a la actividad del presente (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 59-61).⁸

Respecto del aspecto referencial espacial, los demostrativos deícticos son referenciales a la situación de comunicación, lo que significa que tienen como punto de referencia el momento de la enunciación, y no un elemento del enunciado. Es decir, la referencia está en el contexto, no en el cotexto. En el uso de los deícticos espaciales –“aquí” / “ahí” / “allí” y “este” / “ese” / “aquel”– Kerbrat-Orecchioni distingue entre los demostrativos “éste (que está aquí)” y “ésa (que está allí)” cuya naturaleza deíctica refiere al eje proximidad / alejamiento del denotado respecto del hablante (1997: 58).

En cuanto a los subjetivemas, como señalamos anteriormente, se denomina así a las huellas o a las marcas lingüísticas de la subjetividad. Kerbrat-Orecchioni distingue entre el campo de los deícticos y el de los subjetivemas: “la subjetividad deíctica es de naturaleza enteramente diferente de la subjetividad afectiva o evaluativa” (1997: 191).

A Kerbrat-Orecchioni le interesan los usos individuales del código común, la lengua. La verbalización de un objeto referencial representa un problema para el sujeto de la enunciación porque para realizarlo debe elegir ciertas unidades del repertorio léxico y sintáctico que le impone el código. Tiene dos posibilidades de formularse: (A) mediante el

⁸ Narrar en estilo indirecto es el único caso en el uso de los tiempos que es indiscutiblemente de referencia cotextual y no deíctica (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 61).

discurso “objetivo” –que intenta borrar toda huella de la existencia de un enunciador individual– o (B) mediante el discurso “subjetivo” –en que el enunciador se revela explícitamente (“lo veo feo”) o se muestra implícitamente (“es feo”) como la fuente evaluativa de la enunciación (1997: 92-93).

Las expresiones objetivas son comprensibles sin considerar necesariamente la persona que las enuncia ni las circunstancias en que las emite. Por otro lado, la significación de las expresiones subjetivas y ocasionales precisa tomar en cuenta cada vez la ocasión, la persona que habla (escribe) o su situación. Esto es, el uso de las expresiones subjetivas depende de las competencias cultural e ideológica de su hablante (a diferencia de la aplicación referencial de los deícticos, que depende de determinados datos de la situación enunciativa) (1997: 192-193).

Los subjetivemas son ciertas expresiones, frases o palabras que manifiestan las valoraciones (positivas o negativas) que el sujeto hablante hace en su enunciación de ciertos objetos o hechos del mundo que refiere. El objeto o el hecho no son referentes en bruto sino que son percibidos, interpretados y evaluados. El hablante emite un juicio de valor y un compromiso de emoción en referencia al objeto. Así, en su totalidad la actividad del lenguaje es subjetiva. Se trata, por lo tanto, de tomas de posición del enunciador (1997: 90-93).

Kerbrat-Orecchioni propone una clasificación de los subjetivemas organizada a partir de las distintas clases de palabras, a saber: sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios. En cada uno de estos tipos de subjetivemas establece una subclasificación de acuerdo a los parámetros afectivo, axiológico y modalizador. La autora señala que hay subjetivemas que están marcados de manera más clara que otros. Las unidades léxicas en la lengua llevan una carga mayor o menor de subjetividad; por lo tanto, no considera el eje de oposición objetivo / subjetivo como dicotómico sino como gradual (1997: 94):

Los sustantivos afectivos y evaluativos son derivados de verbos y de adjetivos (deverbales y deadjetivales), por eso “acusación” debe remitir a “acusar”. Sin embargo, hay sustantivos evaluativos axiológicos que no son derivados: se dividen en peyorativos (desvalorizantes) y elogiosos (valorizantes). La categoría axiológica de los sustantivos establece dos maneras para que “yo” determine a un individuo: (1) “es un profesor” –el sustantivo define una propiedad objetiva del denotado– y (2) “es un imbécil” –el sustantivo emite una descripción del denotado pero además enuncia un juicio evaluativo de desprecio referido al denotado–. Un juicio evaluativo de apreciación o de depreciación refiere a los sistemas de apreciación del sujeto hablante (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 96).

Las palabras subjetivas son muy numerosas en la categoría de los adjetivos y estos pueden dividirse en dos clases: afectivos y evaluativos. Los afectivos expresan al mismo tiempo una propiedad del objeto y una reacción emocional del enunciador frente a ese objeto. Por su parte, los adjetivos evaluativos remiten a la subjetividad de un enunciador; son subjetivos en la medida en que reflejan algunas particularidades de su competencia cultural e ideológica. Se dividen en no axiológicos y axiológicos. Los evaluativos no axiológicos no proporcionan un juicio de valor ni un compromiso afectivo del locutor sino que suponen la evaluación cualitativa o cuantitativa de una norma. Los evaluativos axiológicos están más marcados subjetivamente que los no axiológicos; hacen referencia al sujeto de la enunciación y reflejan algunas características de su competencia cultural e ideológica, es decir, de sus sistemas de evaluación ética y estética; además, agregan a la apreciación de la norma un juicio de valor positivo o negativo (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 111-124).

En el caso de los verbos subjetivos, algunos (como “gustar”) están marcados subjetivamente de manera más clara que otros (como “comprar”). A diferencia de los sustantivos y los adjetivos, cuyo valor evaluativo en general está a cargo del sujeto hablante, resulta más complejo analizar los verbos porque transmiten un juicio evaluativo que es

diferente por dos razones: (1) la naturaleza del juicio evaluativo (bueno/malo o verdadero/falso) y (2) la fuente del juicio evaluativo que puede ser el locutor o el agente del proceso expresado por el verbo. De esta manera, para estudiar los verbos subjetivos se distingue entre (1) quién hace el juicio evaluativo (el locutor o un actante del proceso que puede coincidir con el sujeto de la enunciación), (2) qué es lo que se evalúa (el proceso mismo o el objeto del proceso) y (3) cuál es la naturaleza del juicio evaluativo (axiológica: bueno/malo o modalizadora: verdadero/falso/incierto) (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 131-132).

Existen dos categorías de verbos subjetivos axiológicos que implican un juicio evaluativo sobre el eje bueno/malo: los verbos ocasionalmente subjetivos y los verbos intrínsecamente subjetivos. Los verbos ocasionalmente subjetivos suponen una evaluación del objeto del proceso por parte del agente del proceso (que puede coincidir con el locutor) sobre el eje de oposición bueno/malo o verdadero/falso. La evaluación del tipo bueno/malo corresponde a los verbos de sentimiento que son al mismo tiempo axiológicos; enuncian una disposición favorable (por ejemplo: “gustar”, “apreciar”, “desear”, “querer”, “amar”) o desfavorable (por ejemplo: “odiar”, “detestar”, “temer”, “lamentar”, “menospreciar”) del agente del proceso acerca de su objeto, y por ende, una evaluación positiva o negativa de este objeto (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 133-134).

Los adverbios forman parte de los modalizadores que indican el grado de adhesión, de incertidumbre y de rechazo frente a los contenidos enunciados por parte del sujeto. Se distingue entre la modalidad de enunciación que hace referencia al sujeto hablante y la modalidad de enunciado que refiere al sujeto del enunciado. Esta oposición corresponde a la distinción entre los verbos subjetivos intrínsecos y ocasionales. Cuando el sujeto del enunciado coincide con el sujeto de la enunciación, los modalizadores que refieren a él pertenecen a la categoría “ocasionalmente”. Hay modalizadores que suponen un ‘juicio de

verdad' (“quizá”, “sin duda”, probablemente”) y otros que implican un ‘juicio sobre la realidad’ (“realmente”, “verdaderamente”, “de hecho”) (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 154-155).

Para analizar la subjetividad en el lenguaje, Kerbrat-Orecchioni admite que no es exhaustivo sólo identificar las marcas deícticas y los subjetivemas. Su “intuición” sobre la especificidad de algunos elementos lingüísticos se revela como incompleta en el momento de aplicar la grilla al análisis de los textos. Precisa que existen otras maneras de inscribir la subjetividad lingüística en el enunciado: “El emisor tiene a su disposición medios más discretos que los modalizadores y los axiológicos para enunciarse en el enunciado” (1997: 170); por eso, la autora amplía su grilla inicial de análisis a otros puntos de inscripción de la subjetividad lingüística (1997: 157-158).

La ampliación de la grilla se divide en seis categorías de análisis discursivo:

1. La intervención por selección. En el plano referencial, la totalidad de los hechos que constituyen el suceso es casi ilimitada. El descriptor admite una norma meramente comparativa y propone como “significable” a la suma de todas las informaciones que brinda el conjunto de textos.
2. La organización jerárquica de las informaciones. Son los procedimientos que permiten al enunciado focalizar una unidad de contenido.
3. La subjetividad afectiva. Son las expresiones consideradas subjetivas en la medida en que indican que el sujeto de la enunciación se encuentra implicado emocionalmente en el contenido del enunciado. Es una manera de afectivizar el relato de modo que el emisor espera que la repulsión, el entusiasmo o la piedad que él expresa, dé un contragolpe al receptor y favorezca su adhesión a la interpretación de los hechos que él propone.
4. La subjetividad de tipo interpretativo. Refiere a la denominación léxica o perifrástica. Denominar un objeto es emplear una etiqueta significativa que permite identificarlo. Al mismo tiempo, denominar es hacer una elección dentro de un determinado paradigma

denominativo; es hacer “perceptible” el objeto de referencia y darle cierta dirección analítica. Esta operación denominativa no es inocente y, por eso, toda designación es de carácter “tendencioso”. Se distingue entre diversos grados dentro de la subjetividad interpretativa: los términos psicológicos y afectivos, las denominaciones generalizadoras, las denominaciones parciales y las denominaciones eufemísticas o figuradas.

5. La subjetividad modalizante. Representa un modo de aserción de las proposiciones enunciadas y el grado de adhesión del sujeto de la enunciación respecto del contenido.
6. La subjetividad axiológica. Corresponde a la identificación de los valores axiológicos de un término. Se tiene en cuenta el contexto verbal y lo que se cree saber sobre la ideología del locutor. Se revelan las investiduras axiológicas que obran dentro del discurso considerando la fuente evaluativa del objeto que recibe la evaluación positiva o negativa, y el grado de intensidad con que ésta se formula. (1997: 158-169).

Desde el marco de la escuela francesa del análisis del discurso, O. Ducrot (1984) introdujo el concepto de polifonía para hacer referencia a la presencia de distintas voces en el proceso de enunciación y diferenció entre:

1. el *sujeto hablante* o sujeto empírico: quien efectivamente produce el discurso;
2. el *locutor* o sujeto de la enunciación: la voz que toma el enunciado bajo su responsabilidad;
3. el *enunciador* o sujeto del enunciado: las otras voces o puntos de vista que aparecen en el discurso.

De esta manera, Ducrot retoma la línea teórica de Benveniste quien afirma que la subjetividad del hablante asume diversos estatutos: como sujeto productor efectivo del enunciado o como sujeto organizador del decir (1979: 182). Ducrot se opone a la concepción de un sujeto hablante unívoco y distingue una instancia empírica de una instancia de enunciación, a la cual Ducrot agrega una tercera categoría. Según García Negroni, “Ducrot

(1984) sostiene que el autor de un enunciado no se expresa nunca directamente en él, sino que pone en escena distintas voces o puntos de vista discursivos respecto de los cuales señala su posicionamiento. Es decir que cuando un sujeto habla o escribe exhibe, en su enunciado, inevitablemente, uno o más puntos de vista y, al mismo tiempo, marca su actitud –de identificación, rechazo, aceptación, etc.– frente a ellos” (2001: 42).

Dominique Maingueneau (2007) se alinea con las ideas de Ducrot respecto de la noción de polifonía (2009: 145) al sostener que un locutor en su discurso no solamente expresa sus propias opiniones sino también deja entrever otras voces, algunas más identificables que otras, con respecto a las cuales se posiciona. Esto significa para Maingueneau que la responsabilidad por las palabras y los pensamientos expresados no solamente recae sobre el locutor sino que el discurso puede cambiar todo el tiempo de plano de enunciación, lo que permite al locutor, más que asumir una posición, poner en escena una serie de voces con las cuales elige solidarizarse o distanciarse (2009: 147).

Maingueneau (2009) insiste como Benveniste y Ducrot en distinguir entre el locutor y el productor de un enunciado. El productor es aquel (o aquellos) que ha elaborado el enunciado materialmente, siendo el locutor aquel que realiza la enunciación, aquel a quien “yo”, “mi”, etc. refieren. El locutor asume diferentes roles: construye la enunciación, actúa de punto de referencia a los señaladores y es responsable de sus propios puntos de vista. Asimismo, es capaz de poner en escena en su habla a otras voces además de la suya: la voz de quien se dirige (designado “tú”), la voz de otro sujeto o grupo de sujetos en la tercera persona verbal y la voz de una colectividad (“se sabe que”, “como se dice”) (2009: 148). Del concepto de polifonía emana la noción de punto de vista (Charaudeau y Maingueneau, 2004) que permite designar un contenido que una “fuente” –que no necesariamente es real– presenta como verdadero. En este caso, el locutor no tiene la obligación de estar de acuerdo con el punto de vista que es evocado en la enunciación. De la misma manera, el locutor puede no ser

la fuente de un punto de vista y concordar con éste, o refutarlo si no está de acuerdo (Maingueneau, 2009: 148-149).

En síntesis, las categorías que articularán el análisis provienen de las perspectivas teóricas inscriptas en las Ciencias del lenguaje que reseñamos en este apartado. En primer lugar, la categoría ‘géneros discursivos’ propuesta por el lingüista ruso Bajtín. De la teoría de la enunciación de Benveniste aplicaremos las categorías ‘locutor’, ‘subjektividad’, ‘deícticos’ y ‘enunciado’. Por su parte, de Kerbrat-Orecchioni se retomarán los conceptos de ‘deícticos’, ‘subjektivemas’, ‘discurso objetivo’, ‘discurso subjetivo’, y “subjektividad axiológica”. Ducrot y Maingueneau confirman la conceptualización de Benveniste acerca de la categoría ‘locutor’ como quien organiza el discurso y asume la responsabilidad de lo enunciado.



4.0 LAS CRÓNICAS: ORGANIZACIÓN DEL CORPUS

El estudio se centra en las siguientes series de crónicas:

Carsten Jensen: *En Afganistán*

1. “Bienvenido a Afganistán”.
2. “La historia sobre un señor de guerra”.
3. “Los Talibanes también pueden tener miedo”.
4. “Las mujeres más valientes del mundo viven en Kandahar”.
5. “No hay paz en mi corazón”.
6. “El dios invisible de la guerra guerrillera”.

Martín Caparrós: *Proyecto Hambre*

7. “Dacca, Bangladesh”.
8. “Calcuta y su madre”.
9. “Un pueblo indio”.
10. “Sudán del sur”.
11. “Madaua, Níger”.

5.0 EL CRONISTA DEÍCTICO

A continuación, vamos a describir las marcas de subjetividad en las crónicas de Carsten Jensen y Martín Caparrós en base a los conceptos teóricos sobre los indicadores deícticos en la enunciación.

Como señalamos anteriormente, “yo” / “ahora” / “aquí” son marcas lingüísticas que necesitan del contexto (es decir, de la situación enunciativa) para ser descifradas. Los deícticos indican que el enunciado tiene un anclaje en relación con la situación enunciativa; vale decir, los enunciados toman como punto de referencia el acontecimiento enunciativo mismo del cual son el producto.

Así, gran parte de los enunciados suelen poseer marcas que los anclan directamente en la situación de enunciación: el pronombre “yo” y los adverbios “aquí” y “ahora” no son interpretables a menos que se sepa quién, cuándo y dónde se dice el enunciado.

Por último, el contexto situacional (Maingueneau, 2009) refiere al entorno físico (no-textual) de la situación enunciativa. En base del contexto es posible interpretar las unidades como por ejemplo: yo, lugar y el presente del verbo. Por otro lado, se define el contexto lingüístico o el cotexto como el contexto del entorno no-textual. El cotexto se refiere al entorno textual y son las secuencias verbales que se encuentran ubicadas antes o después de la unidad que se debe interpretar. Este recurso pone una unidad en relación con otra dentro del mismo texto (Maingueneau, 2009: 15-16).

A continuación, plantearemos una estructura que respeta un orden lógico de los indicadores deícticos “yo” (la deixis personal) / “ahora” / “aquí”, en las crónicas de Jensen y Caparrós. Posteriormente, daremos cuenta de los marcadores deícticos contextuales a través de una serie de ejemplos representativos que caracterizan la función lingüística de las marcas

subjetivas. Los ítems subrayados en las referencias textuales de las crónicas, que se citan a continuación, marcan los aspectos conceptuales que serán analizados en el capítulo siguiente.

5.1 La deixis personal

Observamos a lo largo de las crónicas de Carsten Jensen y Martín Caparrós distintas maneras de representar la deixis personal. A continuación, describiremos los principales dos modos de introducción del locutor en las once crónicas. Luego, daremos algunos ejemplos representativos de los marcadores deícticos más significativos: los pronombres personales (singular “yo” y plural “nosotros”), los posesivos (singular “mi” y plural “nuestro”) y sus correspondientes formas en acusativo / dativo / reflexivo (singular “me” y plural “nos”). Cabe mencionar que en las crónicas de Jensen, “nosotros” / “nuestro” / “nos” no representan una redacción colectiva sino que responden al plural del enunciado. Así pues, de acuerdo con lo postulado por Kerbrat-Orecchioni (1997: 52-54), aplicaremos el deíctico “nosotros retórico” para referirnos al nosotros “inclusivo”.⁹

5.1.1 La introducción

En la crónica de Jensen, “Bienvenido a Afganistán”, el locutor es introducido inmediatamente como eje enunciativo. El pronombre posesivo de primera persona singular “mi” constituye la primera palabra del primer párrafo para definir al sujeto hablante en el presente del enunciado. Al mismo tiempo, el primer párrafo finaliza con la forma preposicional del pronombre personal “conmigo” para confirmar el papel predominante del locutor:

⁹ Todas menos una de las crónicas de Carsten Jensen llevan la doble firma: Carsten Jensen & Anders Sømme Hammer. Esto no significa, sin embargo, que las crónicas hayan sido escritas colectivamente sino que el viaje de reportaje por Afganistán fue compartido por los dos firmantes siendo Jensen el autor-periodista y Sømme Hammer el fotógrafo.

Mi primer encuentro con un afgano es en la fila 6 del vuelo
núm. 714 de Estambul a Kabul. [...], mi compañero afgano
inicia una conversación conmigo. [...] (2013: 1).¹⁰

Este procedimiento discursivo de introducir al locutor en el primer párrafo se repite solamente en otras dos crónicas –(1) “Las mujeres más valientes del mundo viven en Kandahar” y (2) “No hay paz en mi corazón”– utilizando (1) el pronombre acusativo “te” y (2) el verbo “conocer” conjugado en primera persona plural. Sin embargo, el pronombre acusativo “te” puede tener distintas representaciones hablantes: (A) el locutor o (B) el “nosotros”, que no tiene referente directo discursivo, sino que emana como un tipo de representación enunciadora global en el discurso. En la segunda crónica (2), el verbo en primera persona del plural “conocemos” funciona deícticamente al marcar el enunciador discursivo:

Hay un fondo de sonido que te persigue por todos lados en
Kandahar. [...] (2013: 18). / Las mujeres que conocemos
durante nuestra estadía en Kabul son, [...] (2013: 23).

Este modo de presentar al locutor en el primer párrafo no es un rasgo discursivo utilizado en todas las crónicas de Jensen. En los otros casos, el locutor siempre aparece en los párrafos subsiguientes. En “La historia sobre un señor de guerra”, el verbo “visitar” conjugado en primera persona plural “visitamos” emerge en el sexto párrafo para introducir al locutor referente del enunciado (2013: 7). En “El dios invisible de la guerra guerrillera” el marcador deíctico aparece recién en el primer párrafo del segundo apartado de la crónica en

¹⁰ Las crónicas de Carsten Jensen fueron publicadas exclusivamente en el diario danés *Information* y no están traducidas al español. Por lo tanto, lo que se leerá en el cuerpo del trabajo es una traducción hecha por el autor de esta tesis. Las referencias textuales que citamos provienen de la traducción para facilitar la lectura. Propusimos realizar una traducción fiel al texto original; sin embargo, en el caso de los pronombres personales (que el danés explicita siempre) hemos optado por ser fieles a las características de español que no necesariamente los expone (cf. Nota al pie, núm. 11). Todas las referencias numéricas de las páginas que figuran en las citas textuales de Jensen y Caparrós corresponden a la página de la crónica en el anexo de la tesis.

forma de la perífrasis verbal en primera persona plural “estamos yendo” (2013: 27). Del mismo modo, en “Los Talibanes también pueden tener miedo”, el indicador subjetivo “nosotros” surge en el segundo párrafo del segundo apartado. Se utiliza una doble construcción sintáctica para registrar al locutor referido:

Mira directamente a sus invitados extranjeros. No debemos pensar que es la última posición que asumiré. [...] (2013: 13).

El "nosotros" retórico funciona como objeto directo y sujeto. En la primera instancia discursiva, el locutor referido es el objeto –es mirado por alguien– y en la segunda, es el sujeto representado por el verbo conjugado en primera persona plural “debemos”.

En la primera crónica de Caparrós, “Dacca, Bangladesh”, el locutor enunciativo aparece en la primera línea del primer párrafo. El verbo “estar” conjugado en primera persona singular refiere al locutor y marca un eje enunciativo. El mismo párrafo presenta una serie de verbos y perífrasis verbales en primera persona singular “acabar de” / “llevar” / “saber” / “ir a” para destacar al locutor:

Estoy lejos de casa –y en un lío. En Dacca, Bangladesh, acabo de empezar el trabajo de campo para un libro que llevo años preparando. Todavía no sé su título pero sé que seguramente incluirá la palabra hambre [...] (2012: 34) / Para intentarlo estoy aquí; para intentarlo voy a seguir en los próximos meses por Asia, África, América Latina. [...] (2012: 34).

Las otras crónicas de Caparrós siguen un procedimiento similar de inscribir un marcador personal deíctico en el primer párrafo –con excepción de “Un pueblo indio”– para introducir el locutor:

Acabo de pasar dos días por Calcuta, [...] (2012: 38) / Sigo el Proyecto Hambre. [...] (2012: 45) / Sigo preparando el Proyecto Hambre: [...] (2012: 49).

La crónica “Un pueblo indio” es la única que no utiliza un indicador deíctico personal en el primer párrafo. Recién en el cuarto párrafo aparece la marca deíctica del locutor: la forma pronominal en primera persona “me” y una serie de verbos de primera persona singular –“hacer” / “deber” / “ser”– que refieren al locutor:

En los porches de las casas con porches hay hombres aburridos que me miran ceñudos pero me piden que les haga fotos. Debo ser el cuarto o quinto blanquito que vieron en sus vidas; soy, en cualquier caso, un acontecimiento. [...] (2012: 42).

5.1.2 Los verbos y los pronombres

Señalamos anteriormente que el locutor es introducido en diferentes instancias de las crónicas. En este apartado se darán ejemplos del uso de la primera persona singular “yo” (-o 1. pers. sing.) y de la primera persona plural “nosotros” (-amos / -emos / -imos 1. pers. plur.) de los verbos para identificar los marcadores subjetivos.¹¹ Las marcas “yo” singular y “nosotros” retórico que se articulan en los enunciados remiten al mismo locutor.

Únicamente en la primera crónica de Jensen, “Bienvenido a Afganistán”, observamos el uso del “yo” singular, por ejemplo:

¹¹ Como es sabido, en español, las personas gramaticales se pueden expresar e identificar por la desistencia verbal y no requieren necesariamente de la presencia del pronombre personal. En danés, a diferencia del español, la gramática ordena escribir el pronombre personal en todos los casos; es pues, al igual que el inglés, una lengua con sujeto explícito. En consonancia con esto, en danés la conjugación de los verbos en singular y plural no se identifica por la terminación del verbo, sino mediante el pronombre personal que indica la(s) persona(s).

Cuando contesto que soy de Dinamarca, [...] / Intento con algunas objeciones [...] / Me siento triste [...] / No veo destrucción, solamente caos [...] / Le pregunto a Felix [...] / Aquí encuentro a Harun [...] (2013: 1-6).

Después se pasa al uso del "nosotros" retórico en las crónicas, (excepto en “Las mujeres más valientes del mundo viven en Kandahar” que no tiene marcadores deícticos personales):

Cuando visitamos a Mehman Shah [...] (2013: 7) / Pasamos un puente colgante y estamos en Sabsali [...] (2013: 13) / Todas las mujeres con las que hablamos han tenido un sueño de otra vida [...] (2013: 25) / En Jalalabad, el día anterior a nuestra visita a Kunar conocimos a Haji Rohullah Wakil [...] (2013: 29).

En la mayoría de las crónicas de Caparrós, el marcador personal deíctico es introducido haciendo referencia al locutor en el primer párrafo. Se utilizan los verbos en primera persona singular para dar cuenta del pronombre personal “yo”, la marca de la deixis personal que refiere al locutor del enunciado. Predomina el uso de la primera persona a través de las formas finitas de los verbos (-o 1. pers. sing.). Sin embargo, registramos algunos casos del uso explícito del pronombre personal “yo” que marcan deícticamente al locutor en la instancia de discurso:

Nos miramos, yo no sé qué decirle. [...] (2012: 36) / Yo camino, sonrío, esquivo búfalos. [...] (2012: 42) / Y yo escucho personas que defienden la medida y, [...] (2012: 46) / [...] yo me sentí

como un felpudo, y seguimos hablando de sus alimentos y la falta de ellos y yo, tilingo de mí, [...] (2012: 49).

Sin embargo, el uso de la primera persona singular de los verbos es el que prevalece en las crónicas. A continuación, solamente se expondrán algunos ejemplos representativos de la deixis personal:

Le pregunto qué es lo bueno de trabajar un *rickshaw*. [...] (2012: 36) / [...] y que quiere saber de dónde vengo. Le digo al chico que le diga Argentina; [...] (2012: 43) / Creo que este proyecto empezó acá. [...] (2012: 49).

La marca finita -o de los verbos en primera persona singular “preguntar” / “venir” / “decir” / “creer” funciona como referente deíctico para indicar la presencia del locutor en la instancia discursiva.

Otro indicador de la subjetividad menos utilizado son los pronombres posesivos “mi” y “nuestro”. En Jensen, el posesivo en primera persona “mi” expresa una referencia al locutor del enunciado y sólo aparece en la primera crónica “Bienvenido a Afganistán”, por ejemplo:

Mi compañero afgano, [...] / Para mi alivio, mi compañero de viaje ahora dirige su furia hacia el aeropuerto de Estambul, [...] / Y ahora mi interlocutor afgano [...] / Mi viaje ha comenzado [...] (2013: 1-3).

Del mismo modo, el pronombre posesivo “nuestro” aparece pocas veces a lo largo de las crónicas como referencia al “nosotros” retórico. Es utilizado en concordancias numérica / masculina-femenina con el sustantivo:

Hemos llegado a nuestro hotel [...] (2013: 6) / Aquí acaba nuestro paseo en Kunar [...] (2013: 30) / [...] para levantarnos de nuestros asientos [...] (2013: 2) / Suponemos que nuestros planes [...] (2013: 30).

De la misma manera, en Caparrós, el pronombre posesivo “mi” (el posesivo “nuestro” no es utilizado) es otro indicador de la subjetividad en el enunciado. Aparece pocas veces en referencia al locutor:

[...] –y puedo incluirlo en mi trabajo. [...] (2012: 38) / Me pregunta mi edad, [...] (2012: 43) / Aquí dalit, me dice mi nuevo cicerone, el comerciante chico: [...] (2012: 43).

Vemos el uso del pronombre posesivo “mi” solamente en una de las crónicas de Caparrós: “Calcuta y su madre”. Concuera siempre en número con el sustantivo que al mismo tiempo marca una referencia al locutor.

Por último, en Jensen, las formas pronominales acusativa / dativa / reflexiva en singular “me” y plural “nos” que refieren al locutor, aparecen con frecuencia en el enunciado como objetos directo / indirecto / reflejo del locutor:

Ahora me ha invitado a un viaje que durará 14 días y que nos llevará a lo largo y a lo ancho de Afganistán [...] (2013: 2) / Al comienzo, tengo la sensación de encontrarme en el tren fantasma de una feria sádica [...] (2013: 5) / Los hombres de Mehman Shah nos esperan cuando dejamos la carretera y nos

llevan por una rodera al paisaje fértil y verde [...] (2013: 13) / Y nos encontramos en un Toyota Corolla blanco [...] (2013: 28).

Estos fragmentos textuales muestran el uso de las distintas formas pronominales. Solamente la primera crónica (“Bienvenido a Afganistán”) utiliza el pronombre personal (acusativo / dativo) en primera persona singular “me” como referente al locutor, mientras que las restantes emplean la forma pronominal en primera persona plural “nos” para referirse al “nosotros” retórico. Por último, el pronombre reflexivo en primera persona plural “nos” aparece en la forma del verbo reflexivo “encontrarse”, donde el sujeto y el pronombre del verbo expresan la misma persona.

En Caparrós, las formas pronominales en acusativo / dativo / reflexivo en singular “me” y plural “nos” se utilizan en las crónicas para marcar el locutor, por ejemplo:

(A) [...] una tentativa de pensar sobre los trucos que nos permiten vivir [...] (2012: 34) / En Dacca me recibe Médicos sin Fronteras [...] (2012: 35) / (B) Nos miramos, yo no sé qué decirle. [...] (2012: 36) / Momtaz me mira como si la pregunta fuera demasiado difícil [...] (2012: 37) / [...] y se me agrava la molestia: al rato, me pongo más rojo [...] (2012: 39) / [...] hay hombres aburridos que me miran ceñudos pero me piden que les haga fotos. [...] (2012: 42) / Hussena me dedica una sonrisa dulce, [...] (2012: 51).

Observamos que hay varios ejemplos del uso de las formas pronominales para hacer referencia al locutor enunciativo, sobre todo, la forma singular en acusativo / dativo / reflexivo “me” predomina haciendo hincapié en la individualidad locataria. Existen solamente

dos ejemplos en todas las crónicas de Caparrós del uso de la forma pronominal plural “nos”, el primero (A) refiere a un nosotros “exclusivo” que representa un tipo de enunciador global dentro del discurso, y el segundo (B) utiliza la forma reflexiva del verbo “mirarse” para marcar al locutor + otro dentro de la instancia de discurso.

5.2 La deixis temporal

En el apartado anterior, desplegamos el uso de las distintas formas del marcador de persona en las crónicas de Jensen y Caparrós. A continuación, describiremos algunos ejemplos de los deícticos temporales que en el enunciado funcionan en relación directa con el locutor. Son las formas temporales que explotan el sistema de localización deíctica y que le posibilitan al hablante poner en funcionamiento la marca subjetiva (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 59-61). La selección de los marcadores temporales y su vinculación con la subjetividad lingüística responde a los objetivos del locutor; se caracterizan por definirse sólo en relación con la instancia de discurso en la que se producen, lo que significa que dependen del “yo” que enuncia en aquella instancia de discurso (Benveniste, 1979: 183).

En primer lugar, enfatizaremos las formas temporales de los verbos cuyo sistema deíctico pasado / presente / futuro remite a la subjetividad lingüística. En segundo lugar, daremos cuenta del adverbio “ahora” como el localizador temporal más significativo del enunciado.

5.2.1 El tiempo y los verbos

Precisamos anteriormente, siguiendo a Kerbrat-Orecchioni (1997), que las formas temporales de los verbos en pasado / presente / futuro definen un acontecimiento sobre el eje antes / después de un momento T como referencia. Se caracteriza la referencia deíctica T como la instancia enunciativa. Los ejemplos de las formas temporales de los verbos coinciden

con el momento T como el tiempo presente del procedimiento discursivo definiendo el pasado y el futuro como referencias anteriores y posteriores a la instancia de discurso.

En Jensen, los verbos utilizados en la forma temporal presente predominan en el enunciado y realizan la cronología enunciativa. El primer párrafo de la primera crónica “Bienvenido a Afganistán” da cuenta del inicio del presente enunciativo:

Mi primer encuentro con un afgano es en la fila 6 [...]
Despegamos [...] mi compañero afgano inicia una conversación
conmigo [...] (2013: 1).

Aquí, los verbos “ser” / “despegar” / “iniciar” aparecen en presente del modo indicativo conjugados en tercera persona singular y primera persona plural, y describen las primeras instancias enunciativas de la(s) crónica(s). Los verbos “ser” / “iniciar” se relacionan con el locutor mediante los pronombres posesivos “mi” y la forma preposicional del pronombre personal “conmigo”. De la misma manera, vemos que el primer párrafo de todas las crónicas de Jensen comienza con los verbos en la forma temporal presente:

La historia sobre Mir Alam se puede contar de diferentes
maneras. [...] (2013: 7) / Mehman Shah es un hombre oso
tibetano, de cuerpo rechoncho y pequeño y una barba marrón
que enmarca su cabeza redonda. [...] (2013: 13) / Hay un fondo
de sonido que te persigue por todos lados en Kandahar. [...]
(2013: 18) / Las mujeres que conocemos durante nuestra estadía
en Kandahar son, en los primeros días, todas personas públicas
con educación y un perfil alto. [...] (2013: 23).

La forma temporal presente indicativo de los verbos “poder” / “ser” / “enmarcar” / “haber” / “perseguir” / “conocer” / “ser” determina el eje temporal sobre el cual operarán los otros tiempos verbales del enunciado. El presente temporal de los verbos se mantiene a lo largo de la crónicas como eje presente y línea narrativa del locutor. Cabe señalar que también se utilizan las perífrasis verbales para enunciar una acción anterior respecto del presente enunciativo:

He llegado a Kabul [...] (2013: 2) / Hemos llegado a nuestro hotel [...] (2013: 6) / Ahora, hemos recorrido una hora y media por el interior de Kunar. [...] (2013: 29) / [...] nos hemos sentado en los sofás profundos. [...] (2013: 31).

Arriba, los verbos “llegar” / “recorrer” / “sentarse” están conjugados en pretérito perfecto (tiempo compuesto formado por el verbo auxiliar “haber” y el participio del verbo conjugado).

De la misma manera, en las crónicas de Caparrós, se utiliza el tiempo presente de los verbos para determinar la cronología enunciativa a partir del primer párrafo de la primera crónica, “Dacca, Bangladesh”, en que los verbos “estar” / “acabar” / “llevar” / “saber” en primera persona singular hacen referencia al locutor:

Estoy lejos de casa –y en un lío. En Dacca, Bangladesh, acabo de empezar el trabajo de campo para un libro que llevo años preparando. Todavía no sé su título pero sé que seguramente incluirá la palabra hambre [...] (2012: 34).

Aquí, el presente temporal de los verbos da inicio a la(s) crónica(s) y, de la misma manera, las otras crónicas también aplican el presente verbal para describir las primeras instancias de discurso:

Acabo de pasar dos días por Calcuta, rumbo al estado indio de Bihar: [...] (2012: 38). / [...] que me miran ceñudos pero me piden que les haga fotos [...] (2012: 42) / Sigo el Proyecto Hambre. [...] (2012: 45) / Sigo preparando el Proyecto Hambre: [...] (2012: 49).

Todas las crónicas utilizan el verbo en primera persona singular en presente indicativo “estar” / “acabar” / “seguir” como marcadores deícticos de tiempo para referir al locutor en el primer párrafo, con la excepción de la tercera crónica “Un pueblo indio”. Recién en el cuarto párrafo aparecen los verbos “mirar” / “pedir” en presente indicativo y el objeto “me” seguido por el verbo finito “hacer” en presente subjuntivo para hacer referencia al locutor.

En Jensen, los tiempos pasado de los verbos –pretérito perfecto simple / imperfecto / pretérito pluscuamperfecto– son utilizados para narrar los tiempos anteriores al presente enunciativo. Hacen referencia a los hechos, datos y experiencias anteriores (que no necesariamente incluyen al locutor) al presente enunciativo:

Entré a la ciudad desde Kandahar en el sur, [...] (2013: 3) / Llegaron a la noche, [...] y pusieron un anillo de hierro alrededor de Kanam Kalan mientras esperaban el amanecer. El día anterior habían encontrado muerto a uno de los suyos [...]. (2013: 10) / Fue la presión de los vecinos que hizo a su familia sacarle de la escuela. Hubo un ataque a alumnas, les habían

echado ácido en la cara y muchas chicas fueron retiradas de la escuela. Y también una ola de ataques suicidas atravesó Kandahar. El miedo de los padres era masivo. [...] (2013: 24).

Los verbos de pasado temporal pretérito perfecto simple “entrar” / “llegar” / “poner” / “hacer” / “haber” / “ser” / “atravesar” forman una secuencia narrativa que da cuenta de las instancias temporales específicas del enunciado, mientras que las formas verbales del imperfecto “esperar” / “ser” describen el fondo escénico enunciativo sobre el cual las acciones discursivas en tiempo pretérito se asientan. Los verbos compuestos de pretérito pluscuamperfecto “haber encontrado” / “haber echado” / “ser retirado” indican que las acciones discursivas anteriores han finalizado antes que las otras acciones discursivas del pasado del enunciado.

Del mismo modo, en Caparrós, las formas verbales en pretérito perfecto simple / imperfecto / pretérito pluscuamperfecto son utilizadas para referirse a los tiempos anteriores al presente enunciativo. Algunas hacen referencia al locutor y otras refieren a los hechos y los datos que sirven para contextualizar y explicar el presente enunciativo, por ejemplo:

En 1980 tenía 2.800 habitantes; ahora quizá medio millón. [...] (2012: 34) / Mohamed Masum llegó de su pueblo hace tres meses, [...] (2012: 35) / Hace 18 años estuve en este lugar. Escribía un libro de viajes por la India, [...] (2012: 38) / Richard me contó, aquella vez, sobre uno que había entrado un mes antes [...] (2012: 39) / Creo que este proyecto empezó acá. Fue hace unos años, un día, [...] (2012: 49).

Notamos aquí que los verbos en pretérito perfecto simple “llegar” / “estar” / “contar” / “empezar” / “ser” describen momentos específicos del contexto discursivo anteriores al presente enunciativo. Los verbos “llegar” / “estar” / “contar” / “ser” se relacionan con el presente enunciativo mediante el tiempo verbal y las locuciones adverbiales. La marca finita -o del verbo “estar” es una representación deíctica del locutor y la forma pronominal “me” refiere al locutor mediante el verbo “contar”. Los verbos del pasado imperfecto “tener” / “escribir” describen los fondos escénicos anteriores al presente instancia de discurso. La perífrasis verbal de pluscuamperfecto “haber entrado” refiere a un hecho anterior en el enunciado que ha finalizado antes de que empezaran las otras acciones discursivas del pasado.

Las formas verbales de futuro sirven para anunciar y anticipar las acciones discursivas del enunciado; en Jensen son utilizadas en escasas ocasiones:

Ahora me ha invitado a un viaje que durará 14 días y que nos llevará a lo largo y a lo ancho de Afganistán. [...] (2013: 2) / Los tres se miran [...], declaran que nos darán una escolta policial al volver a Asadabad. [...] (2013: 33).

El futuro de los verbos “durar” / “llevar” / “dar” relaciona el presente discursivo del locutor con el futuro del mismo en el enunciado. Cabe notar que los verbos en futuro están vinculados aquí con otros marcadores temporales: “ahora” / “14 días” / “pronto” / “de pronto”.

También en las crónicas de Caparrós, se utiliza pocas veces el futuro temporal de los verbos para anunciar y anticipar las acciones discursivas dentro del enunciado:

Todavía no sé su título pero sé que seguramente incluirá la palabra hambre, [...]. [...] para intentarlo voy a seguir en los próximos meses por Asia, África, América Latina. Y a veces este

blog mostrará momentos de esa búsqueda: [...] (2012: 34) / Y después dirá que a su amiga Tombek [...] (2012: 47).

En estos ejemplos, los verbos en tiempo futuro “incluir” / “mostrar” y la perífrasis verbal “voy a seguir” vinculan el presente discursivo del locutor con lo que sucederá en la acción discursiva. El verbo “decir” en futuro relacionado con el marcador deíctico “después” anuncia otra instancia de discurso futura.

5.2.2 Ahora

De acuerdo con Kerbrat-Orecchioni (1997: 61-62), los adverbios pueden ser deícticos, y refieren a cuatro instancias del enunciado: simultaneidad / anterioridad / posterioridad / neutros, siempre tomando el acontecimiento T como eje.

En Jensen, las referencias deícticas de la simultaneidad responden al momento enunciativo del locutor. Se utiliza el marcador deíctico “ahora” para establecer una referencia discursiva de tiempo:

Para mi alivio, mi compañero de viaje ahora dirige su furia hacia el aeropuerto de Estambul [...] (2013: 1) / Y ahora mi interlocutor afgano levanta [...] (2013: 1) / Finalmente, hay una luz al final del túnel y nunca antes he comprendido tan fuerte la verdad del cliché como ahora. [...] (2013: 5) / Ahora, hemos recorrido una hora y media por el interior de Kunar. [...] (2013: 29).

Existen pocos marcadores temporales en el enunciado con referencia al locutor. El “ahora” es utilizado en relación con el pronombre posesivo “mi” y con el locutor en forma de los verbos conjugados en primera persona plural.

Del mismo modo, en las crónicas de Caparrós, la instancia de simultaneidad refiere al momento enunciativo del locutor, y se utiliza a menudo el indicador deíctico “ahora” como referencia temporal del discurso, por ejemplo:

El chico comerciante, que ahora me acompaña, habla un poco de inglés: [...] (2012: 42) / Sigo el Proyecto Hambre. Ahora en Sudán del Sur, [...] (2012: 45) / Sigo preparando el Proyecto Hambre: ahora en Níger, [...] (2012: 49) / [...] y le pregunto si son más fáciles ahora o al principio. [...] (2012: 51).

Se encuentra el marcador deíctico de simultaneidad “ahora” con referencia a la instancia de discurso del locutor. Aquí, se relaciona mediante los verbos conjugados en primera persona y el pronombre posesivo “me” con el locutor.

5.3 La deixis espacial

En la sección anterior, expusimos las distintas formas deícticas del marcador temporal en las crónicas de Jensen y Caparrós. A continuación, vamos a mostrar una serie de ejemplos representativos de los deícticos espaciales que refieren a la posición del locutor en el espacio enunciativo y que explotan el sistema de localización deíctica para poner en función la marca subjetiva del locutor. De esta manera, se dará cuenta del adverbio de lugar “aquí” que articula el eje proximidad / alejamiento en referencia a la localización espacial del locutor (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 58).

5.3.1 Aquí

En Jensen, el adverbio de lugar “aquí (acá)” es un referente deíctico que delimita la instancia espacial en torno al locutor y es producido por un acontecimiento individual. Depende del locutor enunciativo y se define en relación con la instancia de discurso:

Es aquí que le hacemos una visita. [...] (2013: 8) / Pero solamente podemos parar acá unos pocos minutos para sacar fotos. [...] (2013: 17) / No es por eso que estamos aquí. Estamos aquí por un evento [...] (2013: 29) / Aquí acaba nuestro paseo en Kunar. [...] (2013: 30) / Estamos aquí nomás por una promesa, [...] (2013: 31).

El adverbio de lugar “aquí (acá)” aparece en relación con los verbos en primera persona para indicar una referencia espacial del locutor. El “aquí (acá)” marca un espacio puntual de la instancia de discurso que depende del locutor para enunciarlo y que por lo tanto es referencial a la situación de comunicación. Cabe señalar que además implica una referencia externa y contextual que marca un lugar físico –que aquí puede ser Afganistán, la ciudad de Kunar, etc.– contemporáneo de la instancia de discurso que contiene al locutor.

En Caparrós, del mismo modo, el adverbio “aquí (acá)” es un referente deíctico que es producido por un acontecimiento personal y marca la instancia de espacio en torno al locutor. Responde al locutor enunciativo y se relaciona con éste en la instancia de discurso:

Para intentarlo estoy aquí; [...] (2012: 34) / Acá es su pieza de dos por tres [...] (2012: 35) / Creo que este proyecto empezó acá. [...] (2012: 49) / Aquí en Níger es *soudure*: [...] (2012: 50) / Aquí, en el hospital distrital de Madaua, [...] (2012: 50).

El adverbio de lugar “aquí (acá)” se relaciona con la posición espacial del locutor a través de las referencias con la instancia de discurso: los verbos en primera persona singular que identifican al locutor que enuncia el discurso. “Aquí (acá)” hace referencia mediante los lugares externos contemporáneos a la instancia de discurso que contiene al locutor.

5.4 Los deícticos del corpus: un análisis comparativo

En el apartado anterior presentamos el uso de los indicadores deícticos en el corpus de crónicas de Carsten Jensen y Martín Caparrós. A continuación, volveremos sobre ellos a fin de identificar algunas similitudes y diferencias entre ambos autores.

En ambas series de crónicas, los deícticos (“los individuos lingüísticos” en términos de Benveniste) son las marcas lingüísticas más visibles de la subjetividad que, de acuerdo con Kerbrat-Orecchioni (1997), revelan al hablante en el interior del enunciado y que surgen en la situación de enunciación como la consecuencia de un acto individual de comunicación. Remiten a individuos lingüísticos (personas / lugares / momentos) de la realidad extralingüística fijando el punto de anclaje en la situación enunciativa (Benveniste, 1985). De esta manera, los marcadores deícticos en las crónicas de Jensen y Caparrós revelan en ambos casos la emergencia de la subjetividad del locutor.

Consideramos que el locutor se apropia de las formas vacías del lenguaje en el “ejercicio de discurso” (Benveniste, 1979) y hace referencia a su persona como eje enunciativo al definirse como “yo”. Es justamente el “yo” el que remite al locutor en las crónicas y el que da testimonio de la subjetividad en ellas de acuerdo con lo que articula Benveniste: “yo se refiere al acto de discurso individual en que es pronunciado, y cuyo locutor designa” (1979: 182). Señalamos de esta manera, en consonancia con las prescripciones del género, que la marca subjetiva deíctica evidencia al inicio del enunciado al “yo” como (1) productor (el sujeto que produce el enunciado; la instancia de “yo” como

referente; Benveniste, 1979: 182) y como (2) enunciador (el “yo” lingüístico) que, en palabras de Benveniste, “es el individuo que enuncia la presente instancia de discurso que contiene a la instancia lingüística *yo*” (1979: 173). Resulta decisivo introducir el locutor de manera inmediata en las crónicas (en Jensen, mediante el pronombre posesivo “mi” y, en Caparrós, mediante el verbo “estar” conjugado en primera persona singular) para que éste pueda organizar el discurso (Kerbrat-Orecchioni, 1997), y poner en juego las voces y los puntos de vista (propio o ajenos) en el enunciado (Maingueneau, 2009: 148).

Según vimos en el comienzo de las crónicas analizadas se define no sólo el locutor sino también el lugar. El locutor (la voz que se hace responsable del enunciado), según Ducrot (1984) refiere siempre al mismo sujeto hablante (quien efectivamente produce el discurso, Ducrot, 1984); en todas las crónicas de Caparrós existen referencias a diferentes lugares (la localización espacial) y, por lo tanto, se precisa insertar el locutor en el contexto físico correspondiente de cada crónica teniendo en cuenta que se escribe (se enuncia) desde el lugar de los hechos:

Estoy lejos de casa – y en un lío. En Dacca, Bangladesh, [...] (Caparrós, 2012: 34) / Acabo de pasar dos días por Calcuta, rumbo al estado indio de Bihar: [...] (Caparrós, 2012: 38) / Sigo el Proyecto Hambre. Ahora en Sudán del Sur, [...] (Caparrós, 2012: 45) / Sigo preparando el Proyecto Hambre: ahora en Níger, [...] (Caparrós, 2012: 49).

Sabemos que la marca de la deixis personal se relaciona con los indicadores deícticos de espacio (lugar) y tiempo; por eso, al dar inicio a las crónicas se detalla el lugar físico (por ejemplo, la ciudad de Dacca y el país de Bangladesh, etc.) y el momento “ahora” que (siempre) responde al presente enunciativo del locutor. Para nosotros, este procedimiento

inicial enunciativo fija la persona en el lugar y en el tiempo en la instancia de discurso, y permite al locutor organizar (*cf.* el sujeto organizador del decir, Benveniste, 1979: 182) su propio discurso alrededor de los tres aspectos referenciales de la subjetividad deíctica: personal / espacial / temporal.

En Jensen, observamos un procedimiento similar, en tanto se interrelacionan las deixis personal / espacial / temporal en el inicio de sus crónicas. El primer párrafo de la crónica “Bienvenido a Afganistán” explota el sistema de los deícticos subjetivos al definir el lugar y el tiempo en torno al locutor:

Mi primer encuentro con un afgano es en la fila 6 del vuelo
núm. 714 de Estambul a Kabul. Despegamos a las 3 de la
mañana hora turca, y ahora, [...], mi compañero afgano inicia
una conversación conmigo. (Jensen, 2013: 1)

Por lo tanto, el comienzo de esta crónica se estructura discursivamente alrededor del locutor y de los ejes espacial y temporal (en la instancia contextual, “despegar” es comenzar el viaje; viajar a Kabul / Afganistán es indicar el lugar de destino; es dar comienzo a la crónica) y, de esta manera, se introducen los señaldadores deícticos como referencias de la subjetividad del locutor. Es decir, los marcadores deícticos sirven aquí para ubicar el locutor en el espacio (un avión) y en el tiempo (ahora, a las 7 de la mañana) de la instancia de discurso.

En resumen, consideramos que Jensen y Caparrós inician las crónicas aplicando los indicadores deícticos de persona / espacio / tiempo como referencias de la subjetividad en la instancia de discurso. Así, responden a las normas genéricas de la crónica que habilitan la instancia de enunciación subjetiva.

Del mismo modo, entendemos que relacionar el locutor, el espacio y el tiempo posibilita trazar las líneas incipientes de las crónicas y delimitar las referencias co- y contextuales: así, identifican el sujeto hablante (empírico) y el locutor enunciativo, determinan las posiciones espaciales y definen las instancias temporales. De esta manera, se establecen las pautas enunciativas de las crónicas; es decir, los marcadores deícticos de la subjetividad se inscriben en el enunciado para delinear las futuras referencias personal / espacial / temporal. Son introducidos y utilizados como los ejes enunciativos que van a llevar adelante la narración.

Pese a que en ambas series de crónicas, la deixis personal refiere al locutor y acentúa la subjetividad discursiva, se diferencian porque utilizan distintos marcadores deícticos. En todas las crónicas de Caparrós registramos el uso de la primera persona singular en la forma del pronombre personal “yo” o en la forma finita del verbo “-o”. En las crónicas de Jensen, en cambio, este marcador deíctico sólo se utiliza en la crónica “Bienvenido a Afganistán”, en el resto se prefiere el “nosotros” retórico para referir al locutor.

Sin embargo, pensamos que el uso de indicadores deícticos “yo” y “nosotros” para referir al locutor en las series de crónicas de Jensen y Caparrós no compromete la subjetividad discursiva propia del género. En ambas instancias discursivas, las marcas deícticas de persona remiten a un locutor único que, al mismo tiempo, refiere a un productor empírico también único. En Caparrós, el uso exclusivo de la marca deíctica “yo” afirma al locutor como (1) productor discursivo y (2) como la única voz que toma la responsabilidad del enunciado. Del mismo modo, señalamos que en Jensen, el empleo del marcador deíctico “nosotros” como referente del locutor no implica un productor colectivo de discurso. El productor empírico del enunciado, como el locutor enunciativo, utiliza el plural “nosotros” como recurso lingüístico de inclusión (después del encuentro físico en el aeropuerto de Kabul) para hacer referencia a la dupla autor - periodista y fotógrafo acompañante.

En relación con los indicadores deícticos de tiempo, consideramos que los más representativos son las formas temporales de los verbos y el adverbio “ahora”. En ambas series de crónicas vemos que las marcas deícticas de tiempo articulan la subjetividad del locutor debido a que responden a los objetivos de éste (locutor) en la instancia de discurso en la que se producen. Acordamos que la instancia discursiva remite al momento T de las crónicas que representa el eje enunciativo presente en torno al cual se determinan las instancias “antes (pasado) / después (futuro)” (Kerbrat-Orecchioni, 1997).

En las crónicas analizadas, la instancia de discurso coincide con el momento T que es el presente enunciativo del locutor; el tiempo en que se está es “el tiempo en que se habla”. Creemos (en sintonía con Benveniste) que el presente de las crónicas es un presente discursivo, atemporal, que atrapa al locutor en un momento enunciativo constante, eternamente “presente”. Esto significa que el locutor de las crónicas define el presente como la instancia de discurso dado que este tiempo verbal solamente tiene un dato lingüístico como referencia temporal: “la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe” (Benveniste, 1979: 183). Este aspecto deíctico temporal se concretiza mediante los tiempos verbales de presente que predominan en las crónicas analizadas.

En todas las crónicas del corpus, notamos que la acción enunciativa que corresponde al momento T se ejecuta en el tiempo presente de los verbos. La instancia de discurso es siempre actual y la realidad a la que refiere es la realidad del discurso (Benveniste, 1979: 182). Por lo tanto, el uso de los verbos en tiempo presente como marcador deíctico se debe a la característica genérica de la crónica que impone escribir desde el presente de los hechos; es una manera de escribir el momento, o sea, de convertir el momento T en instancia de discurso para relatar los acontecimientos: descripciones, conversaciones, observaciones, entrevistas, etc. Es decir, todas las crónicas examinadas utilizan los verbos en tiempo presente para ejecutar las instancias discursivas del momento presente. De este modo, se afirma el presente

como la línea enunciativa temporal que define la cronología enunciativa; esto significa que los otros tiempos verbales, a saber, pasado (pretérito perfecto simple / imperfecto / pretérito pluscuamperfecto) / futuro, se realizan en relación con el presente enunciativo.

Como hemos precisado, los tiempos verbales que corresponden al pasado responden a la anterioridad y sirven discursivamente como referentes contextuales de persona, lugar y tiempo. La forma del pasado vincula el pasado con la actividad del presente enunciativo; esto es, describe y explica (es decir, contextualiza) el presente al asentar las acciones enunciativas de este tiempo verbal sobre un fondo escénico formado por datos, hechos, incidentes, experiencias, etc. anteriores:

Llegaron a la noche, 300 hombres de seis o siete milicias diferentes y pusieron un anillo de hierro alrededor de Kanam Kalan mientras que esperaban el amanecer. [...] A veces disparaban rodamientos rígidos que iluminaban la oscuridad. A las seis horas entraron al pueblo disparando a todo lo que se movía. [...] (Jensen, 2013: 10).

En este fragmento, en el cual los tiempos verbales de pasado no son déicticos que hacen referencia a la subjetividad del locutor, se utilizan los tiempos de pasado de los verbos para describir una escena real, un acontecimiento ocurrido del entorno contextual para relacionar el pasado con el presente enunciativo del locutor:

El mismo día nos encontramos con los habitantes de Kanam Kalan, [...]. No podemos acercarnos a ellos, no porque el pueblo sea inaccesible sino porque el Talibán tiene actividades en la zona. [...] (Jensen, 2013: 9).

En este ejemplo, observamos que los tiempos verbales del presente remiten al presente enunciativo del locutor y representan la instancia de discurso. Sin embargo, para entender el presente se vuelve al pasado (*cf.* el uso del pasado verbal del texto citado anteriormente) para narrar los acontecimientos sobre los que se asienta el presente enunciativo. Este recurso estilístico de inscribir el pasado en el presente enunciativo mediante los tiempos verbales de pasado se utiliza en todas las crónicas de Jensen y Caparrós de manera similar, con el objetivo de otorgar perspectiva y explicar (para entender) los sucesos del presente discursivo del locutor.

De la misma manera, los verbos de tiempo futuro (que son menos utilizados en ambas series de crónicas) se vinculan con el presente enunciativo del locutor. Sirven para anunciar y anticipar las acciones discursivas del enunciado. En la instancia introductoria de las crónicas de Jensen y Caparrós, el uso del tiempo verbal de futuro es similar en ambos casos: inicia las crónicas anticipando futuras acciones pero siempre bajo la égida del presente:

Ahora me ha invitado a un viaje que durará 14 días y que nos llevará a lo largo y a lo ancho de Afganistán. [...] (Jensen, 2013: 2) / [...] para intentarlo voy a seguir en los próximos meses por Asia, África, [...] (Caparrós, 2012: 34).

Advertimos que los verbos de futuro (“durará” / “llevará” / “voy a seguir”) funcionan en ambas instancias para adelantar procedimientos discursivos de referencias contextuales. Trazan las futuras líneas de los viajes (concretos) por Afganistán / Asia / África sobre las que el presente enunciativo se afirma; el locutor se revela por el empleo de los marcadores deícticos “me” y “estoy (yo)”, tiempo (“ahora”) y lugar (“aquí”). De este modo, los verbos de tiempo futuro informan en el momento de la instancia de discurso sobre los acontecimientos que todavía no han sido enunciados.

El otro indicador deíctico de tiempo que es significativo en las crónicas es el adverbio “ahora” que funciona como punto de referencia temporal del discurso. Esta marca adverbial responde (de la misma manera que los verbos en presente) al momento enunciativo; por eso, depende del “yo” que enuncia en aquella instancia de discurso (Benveniste, 1979: 183); es decir, el adverbio “ahora” indica simultaneidad discursiva (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 61).

En ambas series de crónicas, vemos que el uso de la marca deíctica “ahora” aparece en distintas instancias de discurso. Este procedimiento sirve para anclar el momento enunciativo del locutor en el presente discursivo de modo que se relaciona con los otros indicadores deícticos de persona, como los pronombres, y de tiempo, como los verbos.

Y ahora mi interlocutor afgano levanta ilustrativamente su dedo índice [...] (Jensen, 2013: 1) / Si alguna vez habíamos dudado de qué significa la palabra señor de guerra, ahora lo sabemos. [...] (Jensen, 2013: 8) / Sigo el Proyecto Hambre. Ahora en Sudán del Sur, [...] (Caparrós, 2012: 45) / Sigo preparando el Proyecto Hambre: ahora en Níger, [...] (Caparrós, 2012: 49).

De esta manera, entendemos que el uso del marcador adverbial de la subjetividad “ahora” hace referencia a la instancia de discurso del locutor, aunque nunca es la misma instancia de discurso. Evidencia el desarrollo discursivo que permite al locutor enunciar continuamente su presente mediante el adverbio temporal “ahora”; es decir, el presente del locutor coincide con el presente enunciativo. Reiteramos que enunciar “ahora” es enunciar un acto de simultaneidad. El concepto de la simultaneidad enunciativa se comprende mejor si examinamos las referencias contextuales en las cuales se inscribe el discurso.

El texto de Caparrós anteriormente citado resulta ilustrativo, en tanto utiliza el adverbio de tiempo “ahora” para fijar al locutor en el momento de la enunciación. Al revelar el entorno contextual del enunciado, comprobamos que el adverbio “ahora” refiere a dos instancias de discurso diferentes: la primera se realiza en Sudán del Sur, y la segunda se efectúa en Níger. Son las diferencias geográficas del contexto discursivo las que nos permiten distinguir entre dos instancias enunciativas diferentes, a pesar de la aplicación de la misma marca deíctica de la subjetividad “ahora”.

Por último, consideramos que el marcador deíctico de espacio más significativo en las series de crónicas de Jensen y Caparrós es el adverbio de lugar “aquí”. Este deíctico se utiliza para indicar la posición del locutor en el espacio enunciativo al delimitar la instancia espacial coextensiva y contemporánea de la instancia de discurso que contiene al “yo” (Benveniste, 1979: 174). Las marcas de la deixis espacial remiten a la situación de comunicación y, por ende, toman el momento de enunciación como punto de referencia; constituyen una referencia contextual (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 58).

El adverbio de lugar “aquí” articula la instancia espacial alrededor del locutor en la instancia de la enunciación. En las crónicas de Jensen y Caparrós, concebimos que el adverbio “aquí” funciona de la misma manera que la marca deíctica temporal “ahora”; pero en lugar de fijar al locutor en un momento de tiempo, lo ancla en un lugar físico en la instancia enunciativa. Sin embargo, creemos que a diferencia del marcador temporal, el indicador deíctico de lugar remite al entorno de la situación comunicacional de modo que, para que comprendamos la posición de locutor en la misma instancia enunciativa, debemos tener en cuenta el lugar desde el cual enuncia; es decir, se tiene que vincular el locutor con el lugar material del momento enunciativo mediante el contexto espacial.

En este sentido, observamos que en las crónicas de Jensen y Caparrós, en las que continuamente se relacionan el locutor y el espacio, se utiliza la localización deíctica,

mediante el adverbio “aquí”, para insertar al locutor en el espacio y, de esta manera, dar cuenta desde dónde se relatan los acontecimientos. Este recurso discursivo se ejemplifica en las siguientes citas textuales:

Aquí encuentro a Harun que trabaja como traductor para la policía alemana. [...] (Jensen, 2013: 6).

Para intentarlo estoy aquí [...] (Caparrós, 2012: 34).

Entendemos que dar cuenta del lugar desde el cual se enuncia es dar cuenta de la subjetividad de quien enuncia. La subjetividad, en este caso, proviene del adverbio espacial. Por eso, el locutor relata desde el lugar “aquí”, el cual remite al contexto en que se inscribe el discurso. En la cita textual de Jensen, vemos que el lugar “aquí” del locutor (identificable por el verbo en primera persona singular “encuentro”) se refiere a lugares del contexto discursivo: (1) la ciudad / la provincia de Kunduz (“Entramos a la ciudad. Hay un salto de varios siglos de los pueblos de afuera a una capital provincial como Kunduz [...]”; Jensen, 2013: 6); (2) Afganistán (“[...] nos tenemos que levantar temprano para viajar hacia Kunduz en la noreste de Afganistán, [...]”; Jensen, 2013: 4).

Del mismo modo, registramos en la cita textual de Caparrós que el adverbio “aquí” refiere al lugar de enunciación en el cual se inscribe el locutor (reconocible por la marca verbal “estoy”): en la ciudad de Dacca, en Bangladesh (“En Dacca, Bangladesh, acabo de empezar el trabajo de campo [...]”; Caparrós, 2012: 34). La información geográfica nos permite identificar el lugar e insertar el locutor en un espacio definido en el momento enunciativo; es decir, la subjetividad discursiva emerge de la situación de comunicación mediante el adverbio deíctico espacial “aquí”.

6.0 EL CRONISTA SUBJETIVO

A continuación, identificaremos los subjetivemas como marcas de subjetividad del locutor en las crónicas de Carsten Jensen y Martín Caparrós en base a las categorías teóricas de Kerbrat-Orecchioni (1997).

Como hemos señalado anteriormente, las marcas lingüísticas de la subjetividad del locutor en los discursos son múltiples; existen, entre otros, indicadores deícticos y subjetivemas. La noción de subjetividad es diferente en ambos casos. Los deícticos “yo” / “ahora” / “aquí” son marcas lingüísticas que necesitan de la situación enunciativa para ser descifradas. En el caso de los subjetivemas, se trata de la toma de posición por parte del locutor, quien manifiesta sus valoraciones positivas o negativas en sus enunciados.

Kerbrat-Orecchioni organiza los subjetivemas a partir de las distintas unidades léxicas: sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios. La autora admite como subjetivos los rasgos semánticos (1) [afectivo] y (2) [evaluativo] que distribuye como axiológicos y modalizadores. Los primeros son portadores del rasgo evaluativo bueno/malo; los segundos del rasgo verdadero/falso (1997: 156).

En esta tesis circunscribiremos el análisis a las unidades subjetivas axiológicas cuya fuente evaluativa es el locutor, quien evalúa como bueno/malo un objeto del proceso. Nos interesa analizar los valores axiológicos de las unidades léxicas que funcionan como mecanismos de articulación subjetiva de la percepción evaluativa y reflexiva del locutor debido a que los subjetivemas axiológicos ponen en escena el sistema de evaluación del sujeto de la enunciación; marcan la posición del locutor respecto del objeto denotado y dan cuenta de un juicio de valor positivo o negativo.

De este modo, estudiar los elementos axiológicos permite hacer una caracterización de las evaluaciones positivas o negativas por parte de los autores, y del grado de intensidad

con qué se expresan éstas. Realizaremos primero un inventario comparativo de los términos axiológicos que operan en las crónicas de Jensen y Caparrós y, posteriormente, daremos cuenta de las semejanzas y diferencias en ambas series de crónicas.

Por otro lado, en el comentario crítico de cada crónica se hace alusión a la intervención por selección que la autora francesa incluye como punto de inscripción de la subjetividad lingüística (Kerbrat-Orecchioni, 1997: 168). Es decir, tendremos en cuenta no sólo qué información es enunciada o callada, sino también a qué personas se les da o no la palabra.

6.1 Las crónicas revisitadas

Jensen y Caparrós escriben sus crónicas desde el lugar de los hechos, es decir, son periodistas que viajan para narrar desde el lugar de los acontecimientos que quieren contar. La importancia del lugar se evidencia tanto en los títulos de varias de las crónicas que conforman el corpus analizado, como en las descripciones que constituyen un recurso presente en todos los textos. Por lo tanto, analizaremos los subjetivemas que dan cuenta de la evaluación que el cronista realiza de los lugares que visita.

El género crónica, además de caracterizarse por contar desde un lugar, se distingue por darle la palabra a personas marginales de la sociedad. De este modo, relevaremos los subjetivemas que comprometen la mirada del cronista respecto de las personas que entrevista y cita en estilo directo e indirecto en sus crónicas.

A continuación, presentamos en forma de cuadros una selección de los subjetivemas más representativos referidos a los lugares y a las personas en cada una de las crónicas:

Carsten Jensen	Bienvenido a Afganistán	Bienvenido a Afganistán	La historia sobre un señor de guerra	La historia sobre un señor de guerra
	Referente persona	Referente lugar	Referente persona	Referente lugar
Sustantivos axiológicos	Odiador, un triste (afgano)	Caos, ruina (Kabul) palacios de cemento (casa), cementerio de imperio Afganistán), intestinos (de la tierra)	Criminal, señor de guerra (Mir Alam), ley (Mir Alam es), víctima (población)	Masacre, represalia
Verbos axiológicos	Azotar	–	Masacrar (a los habitantes), perder (a un hijo)	–
Adjetivos axiológicos	Mal (comienzo), encendida / desagradable (mirada del afgano), militante, solitario (afgano), loca (esperanza voz afgano), desafortunados (padres afganos)	Deforme (caos), primitivas (viviendas), feliz (palacios de cemento), sádica (feria)	Bien arreglado (Mir Alam), pequeño (Mir Alam), tranquila (voz), perfecto (anfitrión), nervudos, huesudos (ancianos), hipócritas (condolencias), despiadado (régimen), desesperanzada (minoría), insólito (vestimiento)	Abismo (Afganistán), violenta/ sangrienta (guerra civil), sangrienta (zona rural), sangriento (futuro 2), peligrosa (provincia), terrible (represalia), preocupante (informe), agachada (invisibilidad), infinita (guerra), frágiles (instituciones)

Carsten Jensen	Bienvenido a Afganistán	Bienvenido a Afganistán	La historia sobre un señor de guerra	La historia sobre un señor de guerra
Adverbios axiológicos	–	Peligrosamente (caminar), claustrofóbicamente (apretar), temerosamente (áridas montañas)	Aparentemente (vivir), escépticamente (decir), desarmantemente (negar), fijamente (mirar)	–

Carsten Jensen	Los Talibanes también pueden tener miedo	Los Talibanes también pueden tener miedo	Las mujeres más valientes viven en Kandahar	Las mujeres más valientes viven en Kandahar
	Referente persona	Referente lugar	Referente persona	Referente lugar
Sustantivos axiológicos	Analfabeto (Shah), maestro (Shah), ciaboga (táctica, Shah), inquietud (cuerpo de Shah)	–	Guerra (de los sexos), señores de guerra/ barones de la droga (gobierno)	Fortaleza (Kandahar)
Verbos axiológicos	–	–	–	–
Adjetivos axiológicos	Oso (hombre), escaso (entrenamiento), encorvado (Ahmad), rojo ardiente (pelo)	–	Más valientes (mujeres), coraje (Durani), directa (mirada), suave/ inconclusa (cara), intransigente (hombre), cínica/pesimista (mujer), amargo (sabor)	Informal (capital), oscuro (hilo de guerra), aterrorizada (ciudad), desvergonzada (corrupción)
Adverbios axiológicos	Cariñosamente (traducir), orgullosamente (mostrar)	Asombrosamente (moderna, la escuela)	Francamente (decir), milagrosamente (salvarse)	–

Carsten Jensen	‘No hay paz en mi corazón’	‘No hay paz en mi corazón’	El dios invisible de la guerra guerrillera	El dios invisible de la guerra guerrillera
	Referente persona	Referente lugar	Referente persona	Referente lugar
Sustantivos axiológicos	Pena/dolor (escultor)	Oscuridad (de Kandahar), caos (tránsito de Kandahar), infierno de metal (calles), torres de vigilancia (vehículos americanos militares), abismo	Dios, envenenamiento	Corazón (de la provincia), campo de fuerza magnética (montañas),
Verbos axiológicos	–	–	–	Sembrar (miedo), bambolearse (los puentes), flotar/esfumarse (montañas)

Universidad de
San Andrés

Carsten Jensen	‘No hay paz en mi corazón’	‘No hay paz en mi corazón’	El dios invisible de la guerra guerrillera	El dios invisible de la guerra guerrillera
Adjetivos axiológicos	Invisibles (mujeres), clara (piel), penetrante (mirada), delicada (cara), insistente (mirada), fatal (expresión), sucio/andrajoso (burka), delgada (mano)	Miserable (campo de refugiados), inesperado (Irán), privilegiado (EEUU), paternalista (Occidente), alocado (tránsito), infinita (guerra de mujeres), profunda (misoginia)	Tímida (sonrisa), larguiruchos (hombres), atenta (mirada), creciente (enojo)	Dorado, aterciopelado (campos de trigo), reluciente (río), pulido (cúpula), sonriente/indiferente (paisaje), sangriento (oficio de guerra), inextirpable (mitología), notoria (provincia), asombrosa (conclusión), violento (bombardeo), oscura (predicción)
Adverbios axiológicos	–	–	Febrilmente (manos trabajan), cuidadosamente (planes trazados), lacónicamente (decir), negativamente / encoger los hombros), demostrativamente (quedarse sentado)	Ingrávidamente (flotar/ montañas)

Martín Caparrós	Dacca, Bangladesh	Dacca, Bangladesh	Calcuta y su madre	Calcuta y su madre
	Referente persona	Referente lugar	Referente persona	Referente lugar
Sustantivos axiológicos	Lío (Caparrós), personas que lo intentan (migrantes), (cara de) guerrero bengalí, tigrecillo de Sandokán, formas de la tristeza (Momtaz)	Zozobra, choza, conventillo (casas)	Cabreo (le da un gran), la buena (Madre Teresa), bueno/sumiso/resignado, señorita (Madre Teresa), Todopoderoso, colaboracionismo	Moritorio, guarangadas (sociales)
Verbos axiológicos	–	Buscarse la vida	Me gustaría (que vivan mejor), servía (la religiosa)	–
Adjetivos axiológicos	Sola (lágrima), disminuidas (vidas), poquito (vivir), sonrisa amable, plácida (Asma), indignada (Momtaz), horror/vergüenza (cara), bruta (emoción), bruta / barata (mano de obra), difícil/brutal/superflua (pregunta), violenta (apartar)	Precario (equilibrio), negra / hedionda (agua / vida)	Rojo (Caparrós), desnutridos (moribundos), clásica (beneficiencia)	Arregladita (muerte), extraordinario (lugar)
Adverbios axiológicos	–	–	Limpitos (morir)	–

Martín Caparrós	Un pueblo indio	Un pueblo indio	Sudán del sur	Sudán del sur
	Referente persona	Referente lugar	Referente persona	Referente lugar
Sustantivos axiológicos	Blanquito (Caparrós), cicerone (chico)	Choza (casa), moscas, bestias (animales), bosta (excremento)	–	Mar de petróleo (lugar), tukul/choza (casa)
Verbos axiológicos	–	Serpentean (calles)	–	–
Adjetivos axiológicos	Incesantes (moscas), aburridos/ceñudos (hombres), perdido (hombre), jovencitas (madres), bajitos/no inteligentes (niños), peor (efecto), cochambrosas (chozas), silenciosa (malnutrición, enfermedad), sobria (vida de voluntarios)	Perdido (pueblo), de perros (calor)	Inflamadas, (nacionalistas), bajita (voz de mujer), cansada (mirada), flaca (cara), nerviosa	Joven (país), perdido (pueblo), sangrienta (pelea), coqueta (puntita de techo), nerviosa (mujer), negro/pegajoso (petróleo), naciente (patria)
Adverbios axiológicos	Tristeza (mirar con)	–	–	–

Martín Caparrós	Madaua, Níger			
	Referente persona	Referente lugar		
Sustantivos axiológicos	Tilingo (Caparrós), torrente (de chicos), marabú (sabio), compasión (mujer), zozobra	Sufrido (país), choza (casa)		
Verbos axiológicos	Quebrarse (Caparrós)	–		
Adjetivos axiológicos	Rara (cara), extrañada, incrédula, tímida (mujer), flaco (ganado), dulce/leve (sonrisa)	Sufridos (cultivos)		
Adverbios axiológicos	–	–		

6.2 Jensen

Carsten Jensen vive un mal comienzo. En la primera de sus crónicas, “Bienvenido a Afganistán”, narra el encuentro con un afgano, cuya mirada sobre Afganistán y la religión musulmana no se corresponde con los prejuicios de Jensen sobre los afganos, quien relata su primer encuentro con un afgano en términos personales (occidentales). El afgano representa una imagen más compleja de Afganistán que la que Jensen conoce. El cronista se introduce en una realidad compleja en la cual diferenciar entre el (lo) bueno y el (lo) malo no es una tarea sencilla; Jensen revela que lo que se percibe desde afuera no coincide con lo que se percibe desde el lugar de los acontecimientos. La mirada (subjetiva) del cronista danés se tiñe con un color. Y el color del afgano es otro.

En este sentido, en el encuentro introductorio, Jensen se pone a prueba, desafía su propio conocimiento y es vencido. El afgano lo desenmascara: Jensen no conoce y lo expone. Por eso para escribir sobre Afganistán, tiene que estar en Afganistán.

A través de esta secuencia introductoria, Jensen se inserta como eje narrativo en las crónicas. Transforma un diálogo en una representación de su propio desconocimiento y de su propia visión. Expone su mirada (subjetiva) ante una evaluación externa que resulta desastrosa, por eso, el mal comienzo. Para revertir este mal comienzo y recuperar lo que podríamos denominar su autoridad como narrador, Jensen intenta descalificar la opinión del afgano y lo nombra (lo define) como un “odiador militante”. Jensen recurre a su propio sistema evaluativo y aplica un léxico subjetivo (“encendida”, “desagradable”, “odiador”) para enjuiciar y descalificar al afgano. Sin embargo, sorprendentemente el afgano responde en términos que coinciden con los pensamientos de Jensen. El autor danés parece comprender la complejidad (propia y ajena) y ofrece la siguiente descripción del afgano: “De pronto, puedo ver cuán solitario es. Él es uno de los tristes que es azotado por el sueño de lo perfecto” (2013: 2). Para Jensen, caracterizarlo es expresar la desesperación del afgano frente a lo absurdo: el hombre solitario y triste frente a la imposibilidad de lo perfecto. De este modo, el afgano llega a retratar la desesperación que tiene que narrar. Jensen personifica la complejidad temática de su crónica; el afgano es Afganistán, el país triste y solitario (abandonado) que sueña con un futuro mejor. La secuencia finaliza con una separación abrupta, en una despedida sin despedida, en la incompatibilidad, con el arribo a Kabul en cuyo aeropuerto Jensen se encuentra con su par, otro occidental, un noruego.

La crónica es descriptiva. A primera vista, parecen descripciones sobrias de una mirada atenta que retrata lo observado. Pero si revelamos el léxico subjetivo (es decir, los subjetivemas) que Jensen aplica para describir lo que observa, descubrimos una descripción con muchas referencias evaluativas desfavorables. Con su mirada distante y atenta, Jensen

caracteriza a Kabul como un “caos deforme” de viviendas “primitivas”, de “ruinas” en las que vive la gente. Y al atravesar el túnel hacia Kunduz, Jensen se siente pasar por los “intestinos de la tierra”.

Consideramos que las descripciones responden a las percepciones (que al mismo tiempo son interpretaciones) de Jensen. Utiliza las representaciones lingüísticas subjetivas para poner lo visto y lo percibido sobre la mesa y evidenciar la degradación de Afganistán y, por ende, de la vida humana. De este modo, describir es un modo de sentir y de evaluar lo observado y así narrar los acontecimientos que, en última instancia, representan la condición humana de la inhumanidad.

Jensen delinea una crónica descriptiva (evaluativa) que apenas transmite la voz del otro después del diálogo inicial. Las otras voces representadas (en discurso indirecto) son las de un académico alemán que sirve discursivamente de referencia histórica y factual, y de un traductor afgano que encarna el abuso y abandono. Jensen toma en consideración el punto de vista del alemán sobre el conflicto afgano como válido; representa la visión occidental crítica que emana de un extranjero radicado en Afganistán, con la cual Jensen simpatiza. Es ésta la secuencia discursiva que Jensen utiliza para introducir y marcar uno de los objetivos principales de la crónica: criticar al poder. Aplica el mismo procedimiento discursivo al ceder la palabra al traductor afgano a quien Jensen escucha y retoma para narrar las consecuencias negativas de una invasión militar ciega sin comprensión situacional y sin procedimientos claros. De la misma manera, Jensen introduce en su crónica la historia de un individuo como representación colectiva. Da espacio al individuo invisible para personificar los efectos del conflicto armado. Muestra que el sufrimiento de todos es realmente el sufrimiento de cada individuo. De este modo, la primera crónica de Jensen no es un texto de índole periodístico informativo clásico; presenta al cronista que evalúa y critica desde el lugar de los hechos.

En su segunda crónica, “La historia sobre un señor de guerra”, Jensen retoma el diálogo en forma de entrevista. El primer párrafo lista distintos comienzos que ofrecen retratos también distintos del entrevistado para mostrar la complejidad de una persona. Sin embargo, todas las posibles caras funcionan solamente como recursos estilísticos; Jensen ya identificó y clasificó al entrevistado como un “señor de guerra”. Aplica el eufemismo decalificativo para definirlo como criminal. Y, al mismo tiempo, lo califica en términos positivos como “bien arreglado”, “pequeño”, “anfitrión perfecto”, con una voz “tranquila”.

Vemos aquí como Jensen trabaja con la figura retórica de la oposición (*cf.* hombre pequeño / poder grande - anfitrión perfecto / señor de guerra) como medio de evaluación en su crónica: contrasta lo malo con lo bueno para señalar la complejidad del entrevistado. Jensen puede darse cuenta de y describir la dualidad de su interlocutor porque puede observar y sentir lo que describe en el momento. El cronista enuncia el momento presente, lo que le permite calificar y descalificar, evaluar la mirada del otro, preguntar y responder en el instante de discurso.

El diálogo no provee información nueva ni valiosa. El entrevistado se absuelve de toda responsabilidad por los asesinatos e injusticias cometidos en su nombre; estimamos que el autor tampoco está en busca de dar con la noticia. Jensen busca el encuentro que le permite acercarse al entrevistado (y al mismo tiempo atestiguar su apariencia física, su mirada y sus gestos que muestran afecto o que intimidan) para presentar los informes que lo acusan de asesinatos y otras atrocidades. De este modo, el cronista enfrenta al poder (cara a cara) y lo denuncia. La entrevista representa una situación de acusación en que Jensen asume el papel de periodista comprometido que revela y denuncia los crímenes del poder.

La misma crónica presenta la otra historia, incluye otros testimonios con los cuales Jensen intenta desmentir los dichos del “señor de guerra” quien literalmente queda “indiferente ante las acusaciones”. Las víctimas del poder, descritos como “ancianos nervudos

y huesudos”, representan para Jensen el contra discurso que desnuda las atrocidades del poder. Les cede la palabra, evidencia su debilidad frente al poder y su imposibilidad de lograr más que “condolencias hipócritas” por parte de los responsables. Jensen toma la palabra del marginado para elevarla a una denuncia sobre una “masacre”.

Jensen establece en su crónica una clara distinción entre el responsable (“el señor de guerra”) y la víctima (“los ancianos”); evidencia su aversión hacia el criminal quien asesina y su simpatía hacia el anciano, quien pierde. Del mismo modo, introduce un tercer actor: los soldados alemanes. Son los extranjeros que, se suponía, iban a destrabar el conflicto armado pero que quedaron encerrados en su “agachada invisibilidad”. Aquí, Jensen define el punto central de su crítica: el fracaso de las tropas internacionales que no logran poner fin a la guerra civil. Afganistán para Jensen es reducida a un “abismo”, representa un conflicto sin fin. Sus evaluaciones son de carácter desesperante y fatal, y en ellas sobresalen los adjetivos “peligroso” / “violento” / “sangriento” para describir el presente y el futuro de Afganistán.

La paradoja para Jensen es que los soldados internacionales, que deberían solucionar el conflicto armado y garantizar la seguridad de los civiles, nunca estaban en condiciones de resolver la disputa porque llegaron mal preparados. Y ahora son las fuerzas extranjeras las que se encierran. Quedan en la escena los actores afganos de siempre en medio de la tormenta de la guerra civil: el gobierno, los Talibanes, los señores de guerra y las víctimas: la población. Es un Afganistán abandonado aún con la presencia de las tropas internacionales.

Jensen utiliza la crónica para predecir (denunciar) un futuro sangriento para Afganistán. El “abismo” (Afganistán) de la guerra “infinita” se profundiza. Su crónica transcribe esa desilusión; Jensen descrea y traza una crítica hacia los responsables. Sabe que su presencia es una manera de legitimar su argumentación; y sus argumentos emanan de las representaciones narradas: “el señor de guerra”, “los ancianos” y “los soldados alemanes” son los argumentos de Jensen. Transcribe sus historias para que articulen sus argumentos acerca

del presente y futuro conflicto sangriento; para eso está en Afganistán, no solamente escribe desde el lugar, sus argumentos son el lugar y las personas.

En su tercera crónica, “Los Talibanes también pueden tener miedo”, Jensen se concentra en narrar la vida de un talibán que personifica las idas y vueltas de Afganistán. De este modo, traza un perfil de la idiosincrasia afgana a través de las descripciones de las acciones de Mehman Shah.

Describe un encuentro envuelto en posibles peligros; el arma toma una posición central y concreta en su crónica a través de la omnipresencia del Kalashnikov. Quizás la ametralladora rusa es el símbolo más representativo de las guerras en Afganistán: expresa la invasión rusa, la guerra civil. Pero además representa la posibilidad del hombre de armarse para defenderse; y para que Mehman Shah puede expresar su poder. En Afganistán “el fusil es más poderoso que la palabra”, como ironiza tristemente Jensen.

La historia de Mehman Shah es el eje de la crónica. Jensen le cede la palabra, sabe que su relato articula el relato de los oprimidos de Afganistán. Son los que tienen que redefinir su lugar constantemente para sobrevivir. Afiliarse a un lado es vivir, afiliarse a otro lado es sobrevivir; es un círculo que encierra a los frágiles en una jaula perversa y que les quita la posibilidad de vivir y progresar en un ambiente pacífico y estable. Jensen conoce bien este mecanismo, por eso le permite a Mehman Shah narrarlo.

Para Jensen, Mehman Shah tiene además otra función narrativa y argumentativa. Lo utiliza para responder y contradecir los informes oficiales (Occidentales) sobre las milicias talibanes, que son calificadas en términos negativos. Mehman Shah es la cabeza de una milicia y Jensen lo usa para desmontar el estigma sobre las milicias y ofrecer un testimonio directo de cómo también pueden actuar: como protectores, en este caso de una escuela que permite la educación de chicos y chicas.

Jensen utiliza en esta instancia su crónica para desvelar la información incorrecta y parcial de los informes oficiales que normalmente sirven como fuentes para la redacción de la “verdad” sobre Afganistán. Sabe que el panorama es más amplio y complejo que el que describen los informes autorizados. Sabe que existen milicias de todo índole, que algunas cumplen la función de proteger a los más vulnerables como la hija de tres años y la escuela en el caso de Mehman Shah. Su crónica contrasta la versión oficial, describe desde el lugar de los hechos el lado invisible que no está incluido en los reportes formales. Pone en evidencia la complejidad social, la misma complejidad que el Occidente no entiende y frente a la que no hace nada para entender. Jensen escribe sus crónicas también para entender y, sobre todo, para hacer entender.

La cuarta y quinta crónica, “Las mujeres más valientes viven en Kandahar” y “No hay paz en mi corazón”, examinan un tema no contemplado por la agenda oficial sobre la guerra civil: la situación de las mujeres en Afganistán. Jensen vuelve sobre el problemática de los más expuestos, en este caso las mujeres, para dejarlas hablar en un mundo que no les da la palabra.

Se encuentra en Kandahar, a la que describe como una ciudad militarizada en que se siente la guerra armada, la guerra caracterizada como el sonido que le "persigue por todos lados". Es una guerra palpable. Para escribir sobre las mujeres, Jensen toma el recurso de la oposición: hombre / mujer. Define la relación como otra guerra: la guerra entre los sexos en la que las mujeres siempre son las víctimas. Es una guerra injusta que la mujer no puede ganar. El enemigo a vencer no es un vehículo militar sino un rasgo idiosincrásico, cultural. En sus crónicas, Jensen hace hablar a la mujer, a la víctima. Les da voz en un lugar donde no tienen voz, donde hablar significa morir. Rompe el paradigma social de la silenciada y legitima su voz.

Jensen habla con y entrevista a diferentes mujeres, de diferentes clases y posiciones sociales. Por un lado, dialoga con mujeres que desafían las normas y hablan; por otro, habla con mujeres que sucumben a las normas y callan. Son las mujeres “públicas con educación y un perfil alto” que conocen el exterior y que han recibido premios por su compromiso social y la defensa de sus derechos; y son las mujeres “sin educación” las que no conocen el exterior y que no reciben premios por ser amas de casa. Tienen en común sufrir la misma discriminación y abuso; pero no hablan desde el mismo lugar. Algunas hablan, en términos de Jensen, con “coraje” y “mirada directa” mientras que otras acceden a las entrevistas en “lugares secretos” bajo nombres “ficticios”.

En su crónica “Las mujeres más valientes viven en Kandahar”, Jensen cede la palabra a dos mujeres que están acostumbradas a hacer uso de la palabra. Hablan sobre las condiciones de la mujer desde un lugar privilegiado que les permite expresarse y argumentar. No sin consecuencias personales, como señala Jensen. Cuentan sus historias de exilio, de amenazas y de muertes. Son relatos de frustraciones e impotencia ante una situación que está lejos de resolverse. Es un relato sobre la desesperación ante el retiro de las tropas internacionales; el retiro es para ellas al mismo tiempo el retiro de todas sus esperanzas como mujeres.

Jensen se limita a transcribir sus historias. Las acoge sin la necesidad de interpelar u organizar sus argumentos que solos desnudan una realidad en la que la gran mayoría de las mujeres son víctimas invisibles de una guerra entre los sexos. Finaliza su crónica con una reflexión lacónica que hace hincapié en el subjetivismo “más valientes” que transmite la evaluación de Jensen sobre las mujeres: “Las mujeres más valientes viven en Kandahar. Pero no tienen influencia.” Revela la paradoja de las mujeres: son las más valientes, como escribe, pero no tienen influencia; viven con el “sabor amargo de impotencia” en su boca.

En su crónica “No hay paz en mi corazón”, Jensen vuelve a hablar de y con las mujeres para transmitir los testimonios que esta vez son recogidos durante encuentros clandestinos debido a que no se les permite a las mujeres hablar con un hombre desconocido. Viven invisibilizadas por la *burka* que les quita toda personalidad individual y las uniforma, obedecen la ley dictatorial de la familia. Jensen logra rescatar la voz de esas mujeres que no tienen derecho a expresarse. Les han quitado su voz. Son las marginadas de las marginadas. Narra sus historias sobre violencia, violaciones, ventas y casamientos forzados; son las normas de la violencia genérica sistematizada.

Es la guerra ignorada dentro de la guerra. La mujer es un tema olvidado que Jensen revive y expresa en sus crónicas. Las mujeres entrevistadas hablan solas, no hay casi preguntas. Son relatos desnudos, crueles, verdaderos. No hace falta agregar más palabras. El respeto y la empatía que demuestra Jensen por estas mujeres se expresa en el hecho de dejarlas hablar, expresarse. Hablar es un acto liberador en un encierro determinado por su condición de mujer. Sin embargo, hablar no es una esperanza de un futuro mejor. Es la imposibilidad que enfrenta Jensen en su escritura.

De todos modos, Jensen considera que es mejor enfrentar una imposibilidad mediante la palabra que intentar quitarles la *burka* a las mujeres con una ametralladora como pretende Occidente (el “Occidente paternalista”), un intento que para el autor danés es un acto de ingenuidad y desconocimiento: las armas no desarman la idiosincrasia. Las armas arman el fracaso: los vehículos militares, descritos como “torres de vigilancia rodantes”, ni siquiera son capaces de organizar el “caos” del tránsito. ¿Cómo, entonces, van a organizar un país las armas? Jensen interpreta que el hecho de que las mujeres extiendan sus manos “delgadas” en la calle para pedir monedas representa lo que no se puede arreglar: justamente, nadie agarra las manos extendidas.

Esa es la “profunda” degradación de las mujeres de Kandahar que Jensen retrata en la siguiente cita: “Entre un deseo de muerte y un grito de socorro, están sentadas ahí. Nos gritan desde el fondo del abismo que es a donde una guerra infinita y una misoginia profunda las han empujado, y de donde, a pesar de todas las promesas, no las hemos arrancado” (2013: 26). Su representación (descriptiva y evaluativa) de las mujeres que mendigan en la calle, revela la incapacidad del Occidente, es el relato de las promesas incumplidas.

En la última de sus crónicas, “El dios invisible de la guerra guerrillera”, Jensen analiza el concepto teórico de la “guerra asimétrica” desde la pragmática afgana. Es la guerra entre el ejército regular y los movimientos clandestinos que operan en la sombra. Es por naturaleza una guerra entre desiguales. Está la guerrilla sin cara, sin uniformes que ataca, “siembra miedo” y desaparece. Es una táctica militar estratégica aplicada en un Afganistán de desigualdades. Jensen se refiere al concepto para dar una explicación de la guerra en Afganistán, de la inutilidad de luchar contra un enemigo que no tiene cara. Es una guerra absurda y continuada, es un empate permanente porque nadie se puede declarar ganador o perdedor. Solamente existen las víctimas.

En la crónica, Jensen viaja hacia el corazón (de las tinieblas) de la provincia de Kunar. Describe el trayecto en una secuencia envuelta de peligro latente y belleza externa. La presencia militar y las armas le recuerdan permanentemente la guerra en un momento donde la belleza del paisaje inocente lo impacta y el cronista lo describe con adjetivos positivos: los campos “dorados”, el río “reluciente” y las montañas con sus cumbres nevadas que representan un paisaje “sonriente” e “indiferente”. Pero es un paisaje engañoso que esconde las amenazas de un enemigo “invisible pero real”. De nuevo, Jensen trabaja de manera evaluativa la oposición para describir las características de su viaje; el paisaje que sonríe y las armas que amenazan, la inocente belleza del valle de Kunar cuyo pasado y presente es “sangriento”.

La provincia es la cuna de la guerra guerrillera. Así lo determinan varias fuentes que Jensen cita como confiables. Son libros, informes y películas que hacen referencia a Kunar; la guerra se narra en diferentes formatos. En Kunar, Jensen conoce un afgano que sufrió la tortura de los americanos en las bases militares de Bagram y Guantánamo. Otra paradoja de la guerra, otra contradicción del Occidente; los americanos torturan en el supuesto nombre de la democracia. Hablar con la víctima es personificar la violencia, es encarnar el sufrimiento y demostrar que las tropas internacionales no se retiran de Afganistán sin dejar sus marcas de sangre y de crueldad. Son, a los ojos de Jensen, el hombre torturado cuyas “manos trabajan febrilmente con el rosario”, mientras cuenta su historia, y los “los cadáveres de 12 niños muertos”, las víctimas inocentes de los bombardeos “violentos” aéreos americanos.

Esta es la historia que Jensen quiere escribir; retratar las crueldades y denunciar que el Occidente asesina. Esto implica escribir desde el lugar de los hechos, superar los peligros y moverse entre los juegos perversos del poder, aceptar los caprichos de los gobernantes, confiar su vida en las palabras de honor; todo esto para que el cronista vea y sienta, para que pueda hacer una entrevista; todo esto para evaluar los hechos y convertirlos en hechos narrados; todo esto para escuchar las historias de los familiares de las víctimas que le permiten al cronista desacreditar la versión oficial; todo esto para dar testimonio, para denunciar injusticias. Es en todo sentido, un viaje que termina en el corazón de las tinieblas. En Kunar. En Afganistán.

Jensen vive lo que narra. Es cronista. Se permite reflexiones, se permite dudar de sus reflexiones. Puede cuestionar las fuentes, cuestionar lo que escucha, ve y siente y, sobre todo, cuestionar lo que escribe. No percibimos certezas en la escritura de Jensen y no debería haberlas. Escribir es un acto subjetivo. La crónica es su testimonio y su denuncia, es su verdad. Si al cronista no le queda la posibilidad de enunciar su verdad sobre Afganistán en sus crónicas, lo que queda es la verdad que expresan las balas en “su propio idioma”.

6.3 Caparrós

Martín Caparrós está en un lío. En su primera crónica del Proyecto Hambre, “Dacca, Bangladesh”, se encuentra lejos de su casa, de lo conocido, en la capital de Bangladesh, Dacca. De este modo, Caparrós introduce su serie de crónicas y delinea los marcos de su proyecto de escritura que tiene como objetivo contar sobre la problemática del hambre, o mejor dicho, narrar el hambre. El lío es su crónica, el lío es estar en Dacca, el lío es escribir sobre un tema sensible, el hambre, desde el lugar del hambre, el lío es ver y sentir el hambre (de otros), el lío es la desesperanza del hambre, el lío es todo lo que viene por delante.

Y el lío comienza en una villa miseria de Dacca. El lugar del hambre estructural donde, sobre todo, los niños no comen lo suficiente y no se alimentan correctamente (porque no pueden, porque no tienen cómo alimentarse correctamente). Por ende, no resisten las enfermedades del hambre, provocadas por la desnutrición. Los niños mueren. Para Caparrós escribir sobre el hambre es contar la muerte, es contar las historias, sobre todo, de las mujeres cuyos hijos van a morir. No mueren de hambre, mueren por los efectos del hambre. Mueren porque nadie los ayuda a vivir.

Para Caparrós, el hambre es un signo visible y palpable que anuncia la muerte. Escribir las crónicas es ver y tocar el hambre. Describir el lugar y hablar con las personas es una manera de intentar transmitir el hambre: la desesperación y la frustración por no comer y por no poder dar de comer. Caparrós está en Dacca para tratar de entender ese sentimiento de desesperación y frustración y para narrarlo, para transmitirlo a los que tampoco lo entienden (porque no saben cómo entenderlo). Está en el lugar: el lugar es el hambre.

Caparrós estructura sus crónicas en torno a su presencia en el lugar. Va al lugar, elimina la distancia y la convierte en presencia; se mete en la miseria (se mete en el hambre) para hablar con las personas. En las crónicas, su presencia articula la percepción subjetiva. En Caparrós, la percepción se vuelve más subjetiva, más sensorial, más horrible con el avance de

sus crónicas. Se compromete con las personas y con los lugares. Caparrós pone su compromiso en palabras: las descripciones, las entrevistas y las reflexiones son expresiones de desesperación y frustración; las expresiones transmiten su compromiso. No hay otra manera para expresarlo.

En su primera crónica, Caparrós entrevista a personas que viven (que han venido a vivir) en la villa miseria más grande de Dacca. Les cede la palabra para que cuenten sus historias de vida, para que hablen de lo bueno (si existe) y de lo malo (que existe), de sus trabajos (ocasionales o inexistentes), de su tiempo libre (que no existe), de su comida (de su falta de comida). Durante las entrevistas, Caparrós intenta que sus interlocutores cuenten con el objetivo de reflexionar sobre sus vidas. Intenta que razonen sobre su condición, que den posibles explicaciones sobre por qué viven como viven. Quiere utilizar estas reflexiones para que sus interlocutores señalen al culpable de su situación. Caparrós los quiere liberar de su culpa, sabe que son víctimas. Sin embargo, sus interlocutores responden de otra manera: no señalan a ningún culpable exterior, aceptan (se resignan a) las condiciones de su vida como la normalidad. Sus respuestas no son reflexivas; al contrario, son básicas y concretas y refieren a lo cotidiano, lo único que conocen. Su relación con el hambre es constante, piensan en la comida que se tiene (si tienen plata) y que no se tiene (si no tienen plata). Caparrós caracteriza su situación en los siguientes términos evaluativos, pragmáticos: “La ecuación es muy simple: no hay reservas. Si hoy consigue plata, su familia y él comen; si no, no. La famosa seguridad no existe: hay que salir y ver, y puede ser y puede no ser” (2012: 36).

Al final, sus respuestas son para Caparrós los mejores argumentos; la normalidad del hambre crónico es lo horrible. Lo normal es lo más cruel que existe porque representa una manera de entregarse y aceptar las normas como son porque así son. Por ejemplo: el arroz es sinónimo de comida. Si no hay arroz, aceptan que no van a comer. Es la norma. No hay margen para cuestionar la norma, de abstraerse de la normalidad. La crueldad es un hecho; es

la desnutrición, la enfermedad, el hambre crónico; es la muerte. Es la argumentación desnuda. En su crónica, Caparrós entrega la palabra para exponer las miserias del hambre.

En la segunda crónica, “Calcuta y su madre”, Caparrós abandona por un instante el hambre como eje temático para volver sobre una aversión suya de larga data: la figura de la Madre Teresa. Aprovecha un día libre para visitar el moratorio, el lugar de la Madre Teresa donde llevaban a los enfermos para ayudarlos a “morirse mejor”. Caparrós utiliza el presente (enunciativo) para volver al pasado y contar su última visita. Vuelve al pasado para recuperar los recuerdos que le sirven para escribir sobre la Madre Teresa (ya muerta) en el presente.

Sus recuerdos sirven como disparadores para revivir su indignación acerca de lo absurdo de ofrecer un lugar para que la gente muera en vez de ayudarles a vivir mejor. Caparrós camina alrededor del moratorio, piensa y se pone rojo (de izquierda, en su sentido político). Su crónica se convierte en una crítica directa a la Madre Teresa y a las jerarquías católicas. Apunta a sus ideas absurdas de que vivir en la miseria es una condición noble que lleva a una muerte mejor. Caparrós ironiza sobre la Madre Teresa con el uso de términos calificadores: ocupaba el lugar de “la buena universal” y “es mejor y más cómodo seguir pensando que era más buena que Lassie” (2012: 40-41); es decir, la Madre Teresa era tan buena que ni siquiera el animal más inocente y cariñoso le pisa el talón. Expresa su sentimiento de aversión y revela lo que para él es una imagen engañosa. Se enoja: le “da cabreo” que ella en esencia no haya querido cambios sino que usó el dinero de las donaciones para proponer una muerte limpia en lugar de brindar servicios médicos.

Su recuerdo del pasado transforma la crónica en una denuncia del presente. Para Caparrós, ver para recordar es actualizar su mirada crítica. Al mismo tiempo, muestra su voluntad de no aceptar los hechos y utilizar sus crónicas para perseguir un objetivo; el de criticar y responsabilizar a la Madre Teresa por disfrazar la crueldad de la vida. Caparrós muestra su clara posición con una salpicadura de sarcasmo acerca de lo bello en aceptar el

sufrimiento: “lo que la señorita anduvo vendiendo por el orbe es que el sufrimiento de los pobres es un don del Todopoderoso” (2012: 41). La acusa de embellecer lo horrible; de dejar a los marginados aceptar su suerte de vida a cambio de una muerte digna.

En su tercera crónica, “Un pueblo indio”, Caparrós vuelve a escribir sobre el hambre. Como indica el título, se encuentra en un pueblo indio, Mahmuda, al cual caracteriza como un lugar “perdido”; al mismo tiempo, es un lugar representativo que resume y condensa todos los problemas que el hambre y la desnutrición fomentan.

Caparrós se encuentra en un ambiente que observa con una combinación de fascinación y desprecio. La primera parte de su crónica es una larga descripción y clasificación del pueblo y de sus habitantes: los hombres y los animales. Da protagonismo al lugar en su escritura. Narra con los sentidos, transmite los olores. Describe calles de tierra, barro y polvo, y casas de ladrillo, de adobe y de caña. Implementa un sistema clasificatorio que evalúa las personas de acuerdo con su clase social: los ricos van en moto y viven en casas de ladrillo, los menos ricos van en bicicleta y viven en casas de adobe, y los pobres caminan y viven en casas de caña. Así, organiza y caracteriza las estructuras sociales del pueblo de acuerdo con su medio de transporte y vivienda. Cuenta al lector lo desconocido mediante medios reconocibles y, de este modo, define una jerarquía social de un lugar extranjero a partir de sus observaciones directas.

Al mismo tiempo, pone mucha atención en los animales del pueblo. Las moscas “incesantes” que lo persiguen por todos lados y, especialmente, las vacas (sagradas) y los búfalos que en muchos casos viven mejor que los hombres. Caparrós observa y describe las relaciones de los animales con los hombres. Cuenta cómo el hombre cede su espacio al animal; lo baña, lo deja dormir en su casa. El animal es importante, hasta resulta ser más importante que el hombre. Caparrós no comparte esta visión, que probablemente no entiende: diferencia el hombre del animal y califica secamente al animal como “la bestia”.

El mismo Caparrós cobra protagonismo en la crónica. Además de ser el cronista que observa y evalúa, él mismo es observado y evaluado. Es un acontecimiento en el pueblo. Es el “blanquito” rodeado de “hombres aburridos”, mujeres, niños y animales.

Sus retratos de las personas articulan una fuerte oposición entre el hombre y la mujer. Percibe, ve y traza mediante una precisa descripción suya cómo se reparten los trabajos en los campos: “Alrededor hay campos de trigo y de maíz: mujeres los trabajan, y algún hombre perdido; los hombres aran con los bueyes, las mujeres suelen hacer el resto” (2012: 42). Es una clara distinción evaluativa de Caparrós: los hombres son calificados de inútiles mientras que las mujeres son fuertes; son las mujeres las que dan y llevan adelante la vida, son ellas las que trabajan los campos y que se ocupan de las casas.

Las descripciones que realiza Caparrós vuelven constantemente sobre el animal. Escribe sobre la significación de sus excrementos para los hombres del pueblo: es la bosta que observa en todas partes. Observa que la bosta cobra una importancia esencial para los habitantes, representa la posibilidad de vivir: la utilizan como protección de las casas y para armar los fuegos para cocinar. La bosta que para muchos es un residuo, aquí tiene otro significado práctico y vital que Caparrós puede ver y así entender para describir su valor.

En la segunda parte de su crónica, Caparrós pasa de las secuencias meramente descriptivas al diálogo con las mujeres. Vuelve a introducir los temas del hambre y de la desnutrición. Les da la palabra para que cuenten sobre sí mismas, sobre sus hijos y sobre la muerte. Personifican el horror y la desesperación. Caparrós pregunta y responden. Sus respuestas revelan desánimo, articulan la resignación ante un orden natural de hambre y muerte que no saben desarmar. Desean lo mejor para sus hijos pero parece que sus deseos dependen de la voluntad de un dios que regula la vida y la muerte.

Caparrós inserta descripciones subjetivas entre los diálogos: “Sadadi aprieta a Amida, le arregla la blusita verde. Amida tiene los ojos pintados con una especie de tizne

renegrido. Amida está flaca, ...” (2012: 44). Sus preguntas concretas versan sobre la comida y la plata, y sus preguntas más abstractas sobre la culpa. Registra y anota las respuestas secas. Así, muestra su manera de razonar, revela su lógica y la acepta porque es la manera que tienen de explicarle sus vidas: si no comen es porque no tienen dinero para comprar comida. Enfrenta otro modo de percibir e interpretar (y definir) la vida. Entiende, por las respuestas, cómo es su manera de comprender y aceptar el mundo. Les cede la palabra porque ellos expresan mejor que nadie (mejor que Caparrós) los sufrimientos que causan el hambre y la desnutrición. Muestran una realidad, que es cruel, injusta y difícil de entender para ellos: por ejemplo, Saadi le “mira con tristeza” a Caparrós cuando se refiere al bajo peso de su hija que “no entiende qué le pasó, que ella siempre le da su arroz o su pan con verduras, por lo menos una vez por día”. Sus respuestas son las denuncias que Caparrós transcribe al papel para llevarlas al mundo. De este modo, la respuesta de una mujer en un pueblo perdido se transforma en una voz que representa la de otras mujeres. Es lo que les permite la crónica, es lo que Caparrós le permite a sus crónicas: difundir la palabra de los que no tienen voz y articular su denuncia.

En su penúltima crónica, “Sudán del sur”, Caparrós se encuentra en uno de los países “más pobres del mundo”, Sudán del sur. Es “el país más joven de la tierra” que “apenas existe”, hecho de sangre, pobreza y hambre. Está y escribe desde otro pueblo “perdido”, desde un pueblo en un “mar de petróleo”. Escribe: captura imágenes de luces y palabras. Continúa enunciando, echa luz sobre lo olvidado y pone un lugar perdido sobre el mapa. Hace que su crónica revele lo ignorado y que dé a conocer sus revelaciones. Escribir desde Sudán del sur es mostrar que existe y contar que se vive mal.

Caparrós deja a Nyankuma que cuente su historia. Una mujer (otra mujer; otra vez la ausencia del hombre en la crónica es significativa: es el hombre ausente, es el hombre inútil) que apenas sobrevive. La retrata al relatar sus rutinas diarias: levantarse “cada día a las

cinco de la mañana", buscar leña, comer "sentados en el suelo", lavar ropa, buscar agua e irse a dormir cuando "cae la oscuridad"; al describir su vivienda: su "tukul", un tipo de "choza" que es "de piso de tierra, paredes de adobe o de ramas unidas con barro, el techo de paja..." (2012: 45). Caparrós concentra el diálogo en la comida. No come apenas otra cosa que el puré "walwal" del sorgo. Le pregunta por otras comidas, por la posibilidad de comer carne. Es la posibilidad imposible; la nutrición es uniforme, comen, si comen, lo mismo. La nutrición es aquí la desnutrición en la sombra del hambre.

Caparrós relata las rutinas diarias para acercarnos, para convertir la distancia en presencia. Su presencia es al mismo tiempo nuestra presencia. Tenemos que estar presentes para entender. Relatar es ponernos en el lugar de los hechos. Es hacernos ver y sentir. Es hacernos partícipes en la denuncia que formula su crónica (el hambre mata). La denuncia de Caparrós se transforma en la denuncia de todos. Nyankuma no es una sola mujer, ella representa muchas mujeres que viven en condiciones similares, que pasan hambre y que ven a sus hijos morir. La injusticia afecta a todos. Caparrós no escribe su denuncia en la crónica, la denuncia es su crónica.

Después retoma la enumeración de las características de Sudán del sur; información referencial que dibuja una imagen de un país rico en petróleo y en "peleas sangrientas" acerca de cómo y quién tiene derecho a administrar el petróleo. La contextualización histórica y social le permite a Caparrós insinuar que es un país recién nacido (una "patria naciente") condenado al fracaso. Es un país que no produce bienes para cubrir las necesidades básicas de su población. Y en este país condenado, los habitantes son condenados. Abandonados por su gobierno / Estado y abandonados por el mundo que les rodea.

Son condenados al hambre.

Angelina es otra mujer que vive condenada. Pasa hambre, sus hijos pasan hambre. Su hijo muere. Nació condenado. Angelina se había escapado de la pobreza en Khartum,

solamente para encontrarse otra vez envuelta en la pobreza. Sola y cansada, con una mirada que Caparrós caracteriza como una “mirada cansada de quien no quiere mirar más”. Su relato es callado, muestra desesperación y resignación. Su hambre pasó a ser una normalidad, una costumbre como cualquier otra.

Se naturaliza el hambre. Comer pasa a ser un deseo, una esperanza mínima del futuro. El hambre es la muerte que la medicina occidental no puede prevenir. Sólo dios, que obra de acuerdo con su propias razones. Caparrós evidencia con su crónica cómo se naturaliza el hambre. Evidencia la posibilidad de morir de hambre, muestra cómo lo que es incomprendible para muchos, realmente es posible y comprensible. Él narra el hambre, su crónica da testimonio del hambre que quita la vida. Él hace conocer lo que no queremos conocer: que la realidad es cruel. Él saca a la luz un problema y acusa al Occidente de preferir ignorarlo y olvidarlo. Nyankuma y Angelina son para Caparrós las historias del hambre que Occidente no puede ignorar u olvidar. Este es el mensaje que enuncia en sus crónicas.

En su última crónica, “Madaua, Níger”, Caparrós cuenta como en una situación no pudo contenerse ante el horror de la realidad. Sentía el horror real y admite su propia descomposición: “me quebré”. Observa y describe un ritual diario de una madre y la tía que preparan a un niño para salir. Es una rutina a primera vista inocente hasta que se da cuenta que el niño está muerto. Lo que parece una rutina ordinaria, es en realidad un acto de despedida; han preparado el niño para su último viaje.

Sus palabras se convierten aquí en transmisoras de sus emociones, dan el golpe final que expone la verdadera crueldad. Caparrós utiliza una situación aparentemente normal y cotidiana para narrar lo horrible: los niños que mueren de hambre. El horror de la normalidad sorprende al receptor; es un recurso estilístico efectivo que aplica Caparrós como un punto de inflexión revertido: sus crónicas (el *Proyecto Hambre*) empiezan con la muerte del niño. Las

idea desde ese momento. Esa injusticia ignorada formula la necesidad de escribir sobre el hambre. Quebrarse es su mayor denuncia. Se quiebra para dar inicio a sus crónicas.

Caparrós demuestra de este modo que no solamente escribe sus crónicas desde el lugar de los hechos; sus crónicas surgen desde el lugar de los hechos.

En su crónica “Madaua, Níger”, Caparrós combina datos contextuales con observaciones descriptivas y diálogos. Está en Níger, otro país africano que denomina de “sufrido” por el hambre. El hambre es estructural, el 23% de los niños son desnutridos en el distrito de Madaua. Caparrós escribe desde un hospital donde conoce a Hussena con una “sonrisa dulce, leve”. Sus mellizas se habían quedado internadas por estar desnutridas; ahora una está muerta. Hussena es otra historia de tantas mujeres que pelean y pierden. Es víctima de las circunstancias que no puede controlar. Caparrós lo sabe; Hussena es la crónica. La crónica que puede preguntar para intentar comprender lo incomprendible (la muerte de una niña), la que puede desafiar su razonamiento y hacerle reevaluar su pensamiento lógico sobre la vida y la muerte. Caparrós busca a Hussena para contar. Ella condensa la denuncia de sus crónicas: el hambre produce muerte. Comer es vivir, es dar vida. No comer (aunque suena elemental) significa morir. Parir no es la seguridad de dar la vida; es para muchas mujeres dar una vida que les será quitada. La melliza muerta de Hussena murió sin apenas alcanzar a vivir, la melliza viva de Hussena llora “bajito”. ¿Vivirá? Caparrós no responde. Elige finalizar su crónica. Quizás esa es su respuesta.

6.4 Los subjetivemas del corpus: un análisis comparativo

En este apartado analizaremos comparativamente los datos relevados en el apartado

6.1. De los datos cuantitativos propondremos un análisis cualitativo.

En primer lugar, identificamos que los subjetivemas más utilizados por ambos autores son los adjetivos (138 en total) y los sustantivos (66 en total) y, en menor medida, los adverbios (20 en total) y los verbos (12 en total).

En relación con el grado de inscripción del locutor en sus enunciados, según los subjetivemas analizados, Jensen incluye más subjetivemas de las unidades léxicas adjetivos (81 y 57) y adverbios (18 y 2), que Caparrós; a diferencia de la incorporación de sustantivos (32 y 34) y verbos (7 y 5), que se presenta más pareja.

Del análisis preliminar de los datos cuantitativos queremos destacar, en primer lugar, que la subjetividad no se reduce a la elección de la primera persona gramatical ‘yo’ ni al uso de un verbo de opinión (*yo creo*), sino que se lleva a cabo a través de la selección de las unidades léxicas que nombran o tematizan el mundo y lo describen, esto es, los sustantivos y adjetivos.

Los verbos subjetivos que fueron identificados en las crónicas revelan que esta clase de subjetivema presenta un uso casi nulo. En este sentido, entendemos que la perspectiva subjetiva que se construye en ambas series de crónicas consiste en una mirada que narra desde el lugar de los hechos ‘que no son noticia’, pero no en los juicios escritos en primera persona cuyo foco sería entonces el cronista. La autoreferencialidad del género crónica se basa en un punto de vista involucrado en aquello que se ve, se escucha y se narra; pero no es sinónimo de una opinión escenificada en la primera persona que dice “yo temo, deseo, aprecio, odio, sufro”.

Por el contrario, la inclusión de adverbios subjetivos de valor axiológico (bueno/malo) distingue las crónicas de Jensen de las de Caparrós debido a que el periodista danés incorpora adverbios en casi todas sus crónicas (excepto una) a través de los cuales el locutor valora tanto el mundo (“escuela *asombrosamente* moderna”), como las personas con las cuales interactúa (“mira *fijamente*”). Sin embargo, a los fines de arribar a una caracterización

unificada de ambas series de crónicas, reservaremos para la interpretación el uso de los sustantivos y adjetivos. Por otro lado, los adverbios que se registran en las crónicas de Jensen son principalmente deadjetivales (“milagrosamente”, “peligrosamente”, “claustrofobicamente”, “febrilmente”, entre otros), de modo que se podrían relacionar con la capacidad de valoración propia de los adjetivos, con la diferencia de que en el caso de los adverbios identificados permiten modificar, por la clase de palabra, a verbos principalmente.

Los adjetivos evaluativos axiológicos constituyen valoraciones; por eso, el rol del adjetivo calificativo en las crónicas es claramente subjetivo y permite evidenciar algunas características de los sistemas de evaluación ética y estética de sus autores en relación tanto con los diferentes lugares como personas. Esto significa que la adjetivación articula un valor evaluativo del objeto referido. En este sentido, los adjetivos axiológicos no son elementos lingüísticos inocentes con un único significado denotativo sino que expresan un juicio de valor sobre su referente. Esa es su característica como clase de palabra.

En cambio, del sustantivo se supone que nombra el mundo objetivamente. Sin embargo, algunos sustantivos lo valoran. De este modo, los sustantivos axiológicos no son unidades léxicas neutras sino que pueden expresar, como los adjetivos, juicios evaluativos. A través de los sustantivos considerados subjetivemas, el locutor denomina el mundo, en este caso concreto los lugares que visita, en términos desvalorizantes o elogiosos.

En ambas series de crónicas, las evaluaciones, no sólo de los lugares, sino también de las personas, son llevadas a cabo a través de los sustantivos que las nombran y de los adjetivos que las califican. Entonces, si la marca deíctica instauro al locutor en un lugar y un tiempo desde el cual se narra, estos subjetivemas permiten expresar la situación de la mirada que caracteriza al género. Una mirada que se refleja en los nombres que designan los lugares que se visitan como las personas que se entrevistan y los adjetivos que las evalúan. Una mirada que habilita la denuncia.

De este modo, en las crónicas de Jensen y Caparrós analizadas se explicita lo que en otros géneros periodísticos se oculta, que el lenguaje nunca describe el mundo, sino que lo valora aunque adopte formas aparentemente objetivas. El lenguaje no refleja el mundo que nombra sino que lo construye a partir de él. Y son precisamente estas construcciones las que ofrecen otras versiones del mundo.

Una diferencia a destacar entre las series de crónicas analizadas en el presente trabajo radica en que la valoración sobre las personas se presenta de forma más homogénea en Caparrós que en Jensen. En efecto, este último expresa la complejidad de la realidad de la cual es testigo a partir de la caracterización heterogénea de las personas con las cuales interactúa en una gradación negativo/compasiva, desde su llegada a Afganistán, hasta la última crónica analizada, en la cual no hay ningún “odiador”. La mirada del locutor va cambiando, se deja atravesar por la duda (este “pasaje” o “transformación” del locutor se puede analizar en los títulos de las crónicas, que van expresando otros matices).

En el caso de Caparrós, en cambio, la mirada sobre las personas con las cuales interactúa y a quienes entrevista no es negativa. Esto se explica porque no está tratando con políticos o líderes de una guerra, sino con sus víctimas directas. La única crónica en la que el locutor valora negativamente a una persona es en la que se refiere a la Madre Teresa de Calcuta, evaluación que se refleja en el título, a diferencia del resto de las crónicas que sitúan los relatos en un lugar.

Caparrós está narrando una masacre silenciosa y para hacerlo les da la voz a las víctimas directas. Es el primer paso de una denuncia: mostrar lo que no se ve. El cambio que se observa en el locutor no se da tanto en la relación que entabla con las personas que va conociendo, como en el caso de las crónicas de Jensen, sino en la exhibición del desasosiego que se va apoderando de él y que culmina en la última crónica, cuando finalmente se quiebra.

Jensen, por su parte, introduce las voces silenciadas de una guerra ruidosa. Mezcla las voces de los actores; muchos de ellos son víctimas directas, como los ancianos y las mujeres, y otros (pocos) hablan desde el lugar del poder como el “señor de guerra” y el gobernador. No hay representaciones gubernamentales afganas ni internacionales en sus crónicas (cuando cita a los extranjeros es para compartir su punto de vista); nunca habla con, ni enfrenta al poder institucional. Su objetivo consiste en enfrentar indirectamente el poder institucional al transmitir las voces afganas que hablan desde el lugar, desde el sufrimiento.

En ambas series de crónicas se devela una realidad compleja que ha sido silenciada. Lo que se ha silenciado es diferente en cada caso, en las crónicas de Caparrós es una masacre que ocurre sin que nos demos cuenta, sin que nos importe. En Jensen se apunta a mostrar un aspecto de la guerra y de la intervención de Afganistán que no se conoce por las noticias. Sin embargo, ambos cronistas coinciden en señalar quiénes son los héroes invisibles de las realidades que reseñan: las mujeres, las más valientes.

Para ambos autores, transformar las expresiones de los otros en escritura es una manera de convertir sus puntos de vista en argumentos que articulan la complejidad de lo narrado. Cuando el locutor presta su voz a los silenciados, les da al mismo tiempo una posibilidad de denunciar las injusticias que provocan la guerra y el hambre. Se elige escuchar y transcribir las voces de los marginados porque se quiere transmitir un mensaje crítico hacia el poder.

Tanto para Jensen como para Caparrós, es importante escribir desde el lugar de los acontecimientos. Los lugares brindan mucha información que emana en forma de sensaciones, impresiones y representaciones evaluativas en la voz del locutor. Muchos de los subjetivismos que refieren al lugar tienen fuertes connotaciones negativas como “caos”, “ruina”, “abismo”, “sangriento” y “perdido”; las descripciones intrínsecamente subjetivas revelan una mirada evaluativa sobre el lugar de los hechos. En este caso, se denuncia el estado de situación de ese

otro lado del mundo, el cual se expresa en valoraciones negativas: son lugares en conflicto (por la guerra, por el hambre).

Esta manera de inscribir la subjetividad atraviesa todas las crónicas como un componente lingüístico que expresa, a veces más explícitamente que otras, la apreciación o depreciación de los locutores sobre un hecho, lugar o persona. La escritura, que transmite lo visto como interpretado, permite de esta manera al receptor / al lector de la crónica advertir / darse cuenta de una línea narrativa organizada en unidades léxicas compuestas por subjetivemas que representan un juicio evaluativo.



Universidad de
San Andrés

7.0 LA SUBJETIVIDAD EN LAS CRÓNICAS: CONCLUSIONES

La actividad de lenguaje es subjetiva. Todo acto de enunciación procede de un enunciador que inscribe su subjetividad en el enunciado a través de marcas lingüísticas más o menos visibles. De este modo, existen textos saturados de marcas de subjetividad enunciativa y otros en los que éstas tienden a ocultarse.

Las marcas lingüísticas de la subjetividad se dividen en dos campos: los deícticos cuyo referente se determina en relación con la situación de enunciación, y los subjetivemas que son expresiones que revelan valoraciones positivas o negativas.

De acuerdo con Benveniste, los indicadores deícticos son producidos por un acontecimiento individual y refieren a individuos, siendo ellos personas, momentos o lugares. Para Kerbrat-Orecchioni, los deícticos expresan la presencia del hablante en el interior del enunciado. El locutor se inscribe en el espacio y en el tiempo en los que opera mediante los indicadores deícticos.

Los subjetivemas son expresiones, frases o palabras que manifiestan valoraciones positivas o negativas por parte del locutor. De este modo, los objetos o hechos tematizados en un texto no son referentes en bruto sino que son percibidos, interpretados y evaluados por el hablante que emite un juicio de valor en referencia a éstos. El uso de expresiones subjetivas depende de las competencias cultural e ideológica de un hablante.

Kerbrat-Orecchioni admite que existen otras maneras de inscribir la subjetividad en el enunciado y amplía su grilla de análisis discursivo para incluir, entre otras, la categoría de subjetividad axiológica. Se trata de los valores axiológicos de un término. Las investiduras de este tipo, que operan dentro del discurso, son consideradas como una fuente evaluativa del objeto que recibe una evaluación positiva o negativa.

El análisis llevado a cabo en nuestra tesis permitió identificar distintas maneras de inscribir la subjetividad lingüística en las series de crónicas de Jensen y Caparrós. Consideramos que los indicadores deícticos y los subjetivemas son referencias de la subjetividad en la instancia de discurso. Responden a las normas genéricas de la crónica que reivindica la enunciación subjetiva.

Por un lado, los marcadores deícticos de persona / tiempo / espacio – “yo” / “ahora” / “aquí” – revelan la emergencia de la subjetividad del locutor en ambas series. A través de la marca personal, el locutor se apropia de las formas vacías del lenguaje designando al “yo” como eje enunciativo. En ambas series de crónicas, la deixis personal hace referencia al locutor y acentúa la subjetividad discursiva. El uso de la marca deíctica “yo” articula al locutor como la voz que organiza y que se hace responsable del enunciado. El empleo del marcador deíctico “nosotros” en Jensen no implica un productor colectivo de discurso sino que se utiliza como recurso lingüístico de inclusión.

En lo que atañe a la marca temporal en las crónicas, la instancia de discurso refiere al presente enunciativo del locutor, quien se inscribe en un momento enunciativo continuo que presenta como instancia de discurso. Consideramos que los deícticos de tiempo más representativos son las formas temporales de los verbos y el adverbio “ahora”.

En cuanto a la marca espacial, el indicador deíctico de lugar sirve para fijar al locutor en un lugar en el momento enunciativo. En las series de crónicas, se utiliza la localización deíctica mediante el adverbio “aquí” para insertar al locutor en el espacio y, de esta manera, dar cuenta desde dónde se relatan los acontecimientos.

Por otro lado, las evaluaciones positivas o negativas de los locutores se expresan a través de los subjetivemas que son unidades léxicas – sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios – que presentan valores axiológicos.

Identificamos que los subjetivemas más utilizados por ambos autores son los adjetivos y los sustantivos. Por eso, señalamos que la subjetividad no se reduce al uso de la primera persona gramatical “yo” ni al de un verbo de opinión, sino que se lleva a cabo a través de la selección de unidades léxicas que nombran o tematizan el mundo y lo describen.

Consideramos que las huellas de subjetividad de la deixis personal, espacial y temporal se corresponden con la reivindicación de un punto de vista subjetivo desde el cual se enuncia, que distingue al género crónica dentro de la esfera del periodismo. Hay un “yo” que enuncia desde un lugar y un tiempo, y permite, por lo tanto, que se instaure así una situación de mirada o, dicho de otro modo, la mirada, el punto de vista, se explicita en los deícticos: “es el periodismo que sí dice yo. Existo, estoy, yo no te engaño” (Caparrós, 2011: 11).

El “yo”, en tanto marca subjetiva por excelencia, representa un sujeto que mira y cuenta. Por tal motivo, los deícticos orientan la interpretación del resto de las marcas subjetivas, concretamente los subjetivemas que constituyen las unidades léxicas a partir de las cuales se expresan las valoraciones del locutor respecto del mundo que se narra. De este modo, si la subjetividad deíctica explicita quién es el locutor, desde dónde y cuándo enuncia, los subjetivemas introducen sus evaluaciones respecto a los distintos referentes; en el caso de las crónicas analizadas, las valoraciones se expresan fundamentalmente a través de adjetivos y sustantivos. La subjetividad deíctica es el sostén de los subjetivemas; por ende, la situación de la mirada se constituye conjuntamente.

De este modo, los deícticos inscriben el locutor en el lugar y en el tiempo, y evidencian que hay un cronista que escribe desde un lugar y un tiempo. El uso de las marcas de subjetividad explicita la mirada evaluativa (el punto de vista) del cronista sobre las personas y los hechos. El cronista “se muestra” para ser identificado por el receptor como el emisor referente de una mirada, legitimando la crónica como texto de carácter periodístico que se diferencia del ejercicio tradicional del periodismo, el cual tiende a ocultar las marcas

de subjetividad en una escritura impersonal que se supone garantía de una realidad objetivamente registrada.

De esta manera, hemos registrado que las marcas de subjetividad lingüísticas en las dos series de crónicas de Carsten Jensen y Martín Caparrós, que identifican al locutor de la crónica, expresan sus valoraciones positivas o negativas sobre el mundo percibido mediante el uso de los sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios de naturaleza axiológica. Así, son las marcas de subjetividad las que evidencian la apreciación o depreciación del locutor sobre los hechos, lugares o personas.

En el corpus de las crónicas analizadas, la subjetividad no remite a un cronista que expresa sus sentimientos y sus opiniones. La crónica no se concibe como un texto que escenifica una opinión autorreferencial; es un género en el cual el locutor se hace visible ante el lector para contar, mostrar y escuchar aquello/a aquellos que no sale/n en las noticias. Se reivindica la subjetividad, y con ella la incertidumbre, para que el lector se encuentre con lo que permanece invisible. La crónica condensa como género un modo de hacer y concebir el periodismo de resistencia ante aquella información pretendidamente objetiva, escrita en un lenguaje neutro y sin un sujeto.

En *Bienvenido a Afganistán* y en *Proyecto Hambre*, Jensen y Caparrós, pese a las diferencias relevadas, cronean de un modo semejante; es decir, adoptan el modelo genérico de forma similar. De este modo, dan cuenta del estatus relativamente estable del género crónica, uno de cuyos rasgos principales es la irrupción de la subjetividad en la figura del locutor quien ofrece una versión del mundo que se narra / se muestra desde un lugar y un tiempo.

8.0 BIBLIOGRAFÍA

ADELSTEIN, Adreina (1996): “Las marcas de la enunciación en el enunciado” en *Enunciación y crónica periodística*, Buenos Aires: Ars Editores.

AMAR SÁNCHEZ, Ana María (1992): *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

ARIAS, Hernán (2008): La narración de la mirada extrema, *Diario Perfil*, 20 abril de 2008.

ARNOUX, Elvira, DI STEFANO, Mariana y PEREIRA, Cecilia (2004). *La lectura y la escritura en la universidad*. Buenos Aires: Eudeba.

BAJTÍN, Mijail (2008). “El problema de los géneros discursivos” en *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BENVENISTE, Émile (1993). *Problemas de lingüística general I & II*, Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

BERNABÉ, Mónica (2010): *Sobre márgenes, crónica y mercancía*, Rosario, Boletín/15, Universidad Nacional de Rosario.

<http://celarg.org/boletines/index.php>

CHILLÓN, Albert (1999): *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

COMBA, Julia (2012): *Crónicas latinoamericanas. Las herramientas discursivas que utilizan los cronistas para construir su lugar en las crónicas finalistas y ganadoras del Premio Nuevo Periodismo CEMEX+FNPI*, Universidad Nacional de Rosario.

<http://www.fcpolit.unr.edu.ar/wp-content/uploads/Tesina-Julia-Comba.pdf>

CAPARRÓS, Martín (2012): *Proyecto hambre*, en el weblog Pamplinas, *Diario El País*, Madrid. <http://www.http://blogs.elpais.com/pamplinas/>

CAPARRÓS, Martín (2007): *Por la crónica*, Congreso de la Lengua, Cartagena. <http://>

congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm

CAPARRÓS, Martín (2014): *El Hambre*, Buenos Aires: Planeta.

CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique (2004). *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu.

DUCROT, Oswald (1984): *El decir y lo dicho*, Buenos Aires: Librería Hachette S.A.

DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan (2003). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

FALBO, Graciela (ed). (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito: La crónica contemporánea en América Latina*, La Plata: Al Margen

FOWLER, Alastair (1982). *Kinds of literature. An introduction to the theory of genres and modes*, Oxford, Clarendon Press.

GARCÍA NEGRONI, María Marta y TORDESILLAS Colado, Marta (2001). *La enunciación en la lengua - De la deixis a la polifonía*, Madrid: Gredos.

JENSEN, Carsten (2013). *En Afganistán*, Diario *Information*, Copenhague. <http://www.information.dk>

JENSEN, Carsten (2013). *Verdenskrigen i Tølløse*, Diario *Politiken*, Copenhague. <http://politiken.dk/debat/kroniken/ECE1855693/verdenskrigen-i-toelloese/>

JENSEN, Carsten (2013). *Hurra - Vi tabte!*, Diario *Politiken*, Copenhague. <http://politiken.dk/debat/kroniken/ECE1856213/hurra---vi-tabte/>

KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine (1997). *La enunciación - De la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires: Edicial S.A.

LAGO, María Cristina (2014): *Crónica latinoamericana: Evolución de un género proteico para narrar lo cotidiano*, RiHumSo – Revista de Investigación del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Matanza, Año 3, Número 5, pp. 3-16.

- LA NACIÓN (1997): *Manual de estilo y ética periodística*, Buenos Aires: Editora Espasa.
- MAINGUENEAU, Dominique (1989). *Introducción a los métodos de análisis del discurso - Problemas y Perspectivas*, Buenos Aires: Librería Hachette S.A.
- MAINGUENEAU, Dominique (2004). ¿“Situación de enunciación” o “situación de comunicación”? Revista electrónica *Discurso. Org*, Año 3, Nº 5.
- MAINGUENEAU, Dominique (2009). *Análisis de textos de comunicación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- MONTES, Alicia (2009): *Esto no es una pipa: la crónica urbana y el problema del género*, ACTAS del VII Congreso Internacional OrbisTertius de Teoría y Crítica Literaria. http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/17469/Documento_completo.pdf?sequence=1
- RASTIER, François (1989). “Situaciones de comunicación y tipologías de los textos”, en *Sens et textualité*. Paris: Hachette, pp. 35-53.
- Rodríguez Wangüemert, Carmen. (2007): “Crónicas periodísticas: relatos e inmigración” en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, número 13. <http://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/ESMP0707110213A/12106>
- ROTKER, Susana (1992): *La invención de la crónica*, Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- TODOROV, Tzvetan (1988). *El origen de los géneros en Teoría de los géneros literarios*, Madrid: Arco Libros.
- TOMÁS, Maximiliano (2011): “Apuntes sobre la crónica periodística” en *La Argentina Crónica*. Buenos Aires: Planeta.

9.0 ANEXO

BIENVENIDO A AFGANISTÁN

Bienvenido a Afganistán

Carsten Jensen

30 de abril de 2013

Mi primer encuentro con un afgano es en la fila 6 del vuelo núm. 714 de Estambul a Kabul. Despegamos a las 3 de la mañana hora turca, y ahora, 4 horas y muy poco de dormir más tarde, mi compañero afgano inicia una conversación conmigo.

»¿De dónde sos?,« pregunta.

Cuando contesto que soy de Dinamarca, me mira directamente.

»Sos de un país que no quiere a los musulmanes,« dice.

Intento con algunas objeciones.

»Tengo un tío en Landskrona, « me interrumpe.

»Sé de lo que hablo. No intentes desviar el tema.«

Me siento triste. En media hora aterrizamos en Kabul. Este es un mal comienzo.

Para mi alivio, mi compañero de viaje ahora dirige su furia hacia el aeropuerto de Estambul, donde ambos hemos pasado varias horas esperando nuestra partida. Las vendedoras son las que particularmente lo hacen enojar. Se presentan sin pudor con sus caras maquilladas y polleras cortas, que desnudan sus rodillas.

»Pero Turquía es un país musulmán,« le digo y no quiero disimular que lo digo con cierto triunfo malicioso en la voz.

»Turquía no es ningún país musulmán.« Me mira con una convicción en la mirada que inmediatamente me hace callar.

»Turquía es un país occidentalizado.«

Comienza con una lectura sobre el Profeta, que perdura hasta que las ruedas del avión tocan la pista de aterrizaje en Kabul.

Ya hace 1400 años Mahoma predijo que islam conquistaría Constantinopla que en aquel entonces era la capital de lo que quedaba del reino global romano, una bastión para el cristianismo. Eso sucedió.

Pero el Profeta también previó que islam de nuevo perdería la metrópoli. Eso también se cumplió, como nos acaban de demostrar las rodillas de las vendedoras en las tiendas de moda de la Terminal 1 de Estambul.

»Pero ...« Y ahora mi interlocutor afgano levanta ilustrativamente su dedo índice mientras que con su mirada encendida busca la mía, lo que resulta tan desagradable como mirar directamente a una bombilla no blindada de 100 vatios.

»El Profeta tuvo otra predicción, que igual a la anterior también se va a cumplir, dado que no viene de él, un hombre totalmente común como sí lo era, sino de Dios, que lo había elegido como su portavoz, y de acuerdo con esta predicción Estambul otra vez volverá al islam. La segunda conquista de la ciudad caída está a la puerta.«

El sueño de lo perfecto

»¿Qué pensás del Talibán?« pregunto, dándolo por sentado que ese odiador militante de rodillas femeninas desnudas está a favor de los insurgentes fundamentalistas de Afganistán, que no solamente quieren ocultar las rodillas sino que con armas en sus manos abogan por no hacer visible ni un centímetro cuadrado de la anatomía femenina.

»Talibán es una desgracia para Afganistán. Son ignorantes y bárbaros. Es la maldición de mi país. Falta gente con educación. Podría decirse que Afganistán es un país musulmán pero no verdaderamente islámico porque la versión correcta de la ley sharía no se practica.«

»Y entonces en qué país se practica,« pregunto.

»En ningún lado. En ningún país del mundo.«

No puedo interpretar su tono de voz. ¿Es desesperado, lleno de impotencia, o se esconde una advertencia, una loca esperanza de un pronto cambio magnífico en su voz? De pronto, puedo ver cuán solitario es. Él es uno de los tristes que es azotado por el sueño de lo perfecto.

Al instante siguiente, un golpe fuerte avisa que el viaje ha terminado. Mi interlocutor y yo apuramos la lucha para levantarnos de nuestros asientos y con las piernas duras acercarnos a la salida. Ni siquiera llegamos a despedirnos.

He llegado a Kabul.

En la entrada del aeropuerto me espera el periodista Anders Sømme Hammer. Es un periodista noruego que ha tenido su base en Kabul desde 2007. Ha viajado sin miedo por el país en todos estos años y es autor de varios libros y documentales.

Nunca lo he conocido pero durante años nos hemos comunicado por e-mail. Por casualidad encontré su libro “La guerra soñada” (“Drømmekrigen”) en una librería noruega y desde aquel entonces lo he seguido con creciente respeto debido a su integridad irrevocable.

Nunca ha sido un seguidor de las historias fáciles sobre el progreso y el éxito de los asociados de la OTAN en Afganistán sino, al contrario, ha asumido el complicado trabajo de investigar las cosas por su, muchas veces peligrosa, propia vista. Ahora me ha invitado a un viaje que durará 14 días y que nos llevará a lo largo y a lo ancho de Afganistán.

Lo veo desde la distancia, una figura altísima en camisa de leñador roja con la coronilla rapada y una barba negra y recortada. Está parado en la entrada del aeropuerto, y aunque es la

parte civil, hay un modelo de un avión de combate con pintura camuflaje que sobresale detrás de él como una señal de que estamos en un país que se identifica más con la guerra que con la paz.

Nos saludamos.

Mi viaje ha comenzado.

Kabul – un caos deforme

Vuelvo a visitar Kabul después de 11 años. La última vez que estuve acá fue en enero de 2002, sólo seis semanas después de la caída del Talibán.

Entré a la ciudad desde Kandahar en el sur, y el escenario con que me encontré, no lo he olvidado nunca más. Una ciudad convertida en ruinas por los combates cuerpo a cuerpo mortíferos entre las fracciones muyahidines litigantes, calle por calle, casa por casa, cicatrizadas por las balas y granadas de mortero hasta tal grado que la semejanza original con edificios habitados por humanos había desaparecido, un trabajo de destrucción a la vez tan salvaje y sistemático que pareciera continuar directamente en el cuerpo y atacar el instinto de conservación de uno mismo. Ese fue el escenario que tentaba a uno sólo tirarse al piso y renunciar, en nombre de uno mismo y de la humanidad.

El camino del aeropuerto no me lleva por los mismos barrios, así que no puedo comparar.

No veo destrucción, solamente caos. Viviendas primitivas, donde un hombre adulto no podría estar parado, juntadas de madera flotante, madera recogida al azar, cartón, lona y lona alquitranada, tambores de hojalata desabollados.

Aquí, las familias se alabean entre sí bajo un frío de invierno que alcanza los 20 grados bajo cero. Complejos de departamentos caros, semi-vacíos. Los llamados *poppy-palaces* de los traficantes de drogas, palacios de cemento feliz de color ciclamen financiados por el opio, con una arquitectura que recuerda a tortas de helado derritiéndose en que las capas de torta representan las separaciones de piso.

No menos ostentosos, los llamados palacios de casamiento con fachadas de vidrio de color esmeralda y azul marino, donde los padres que han sido tan desafortunados de tener una hija, la casan a la fuerza acompañada de una dote que los arruinará durante muchos años futuros.

Un millón y medio de personas vivía ahí cuando yo visité la ciudad hace 12 años. Ahora, la población se ha triplicado a cuatro millones y medio de los cuales tres millones viven ilegalmente en ruinas o villas levantadas por mano propia en uno de los varios terrenos.

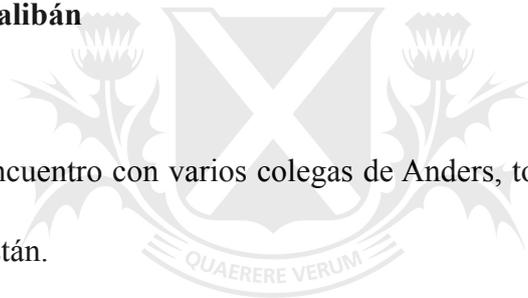
El sistema de agua y cloaca ha sido calculado para un tiempo olvidado en que solamente 150.000 personas vivían en Kabul. Mil millones de dólares han afluído al país en forma de subsidios pero la ciudad repleta todavía está al borde del colapso.

Taimani, donde vivimos en una casa de huéspedes, es un barrio de clase media. De todos modos, la mayoría de las calles no asfaltadas son escombros de ripio solidificados que al comparar hacen el paisaje lunar parecer un tablero de mesa liso.

En todos lados, hay excavaciones como si la ciudad haya sido objeto de un bombardeo que no apunta a las casas sino a las calles y veredas. En algunos lugares, parece que ha sido derribada una hormigonera pero qué función cumplen las formaciones de cemento solidificadas es imposible de adivinar, al menos que sean el comienzo de un inalcanzable plan urbano que ya ha sido abandonado. Sea caminando o en auto, se hace navegando peligrosamente entre agujeros de metros de profundidad donde vigas de acero muchas veces sobresalen de tal manera que si te caés no solamente terminás lastimado gravemente sino también perforado.

Cerca del y hacia el Talibán

Estamos yendo a un encuentro con varios colegas de Anders, todos veteranos de la cobertura de la guerra en Afganistán.



Universidad de

San Andrés

Uno de ellos se diferencia de los otros. Su cara está encuadrada por una barba corrida y lentes gruesos y, a pesar de su apariencia introvertida y una timidez que no puede ocultar, y que le hace contemplar sus propias manos todo el tiempo, se convierte rápidamente en el centro del grupo. Es su historia notable que hace juntar a los interesados en el rincón del sofá donde intenta ocultarse.

Felix Kuehn es un joven académico alemán que hace unos años junto con su amigo y colega holandés, Alex Strick van Linschoten, arribaron a la ciudad más asolada de Afganistán, Kandahar, que en aquel entonces era dirigida con mano de fierro por el Talibán que una y otra vez realizaba asesinatos a los hombres más prominentes de la ciudad.

Ahí, los dos jóvenes eligieron establecerse. Durante cuatro años compartieron una habitación diminutiva. Felix abre los brazos para mostrar que apenas habrían entrado el sofá y la mesita del living donde estamos. Lograron armar una red entre los talibanes de Kandahar. Terminó en una biografía de una de las figuras más prominentes del movimiento y, más tarde, en un libro con poemas desde el campo de batalla escrito por los guerreros talibanes. Pero su esfuerzo más grande es el libro *An Enemy We Created* que posiblemente sea el análisis más profundo y exhaustivo del movimiento talibán que jamás sea escrito.

Le pregunto a Felix cómo ve la situación una vez que las fuerzas de la OTAN hayan dejado Afganistán en 2014. Él no cree que habrán cambios drásticos durante los primeros años, además de un empeoramiento gradual de la situación. El Talibán no considera al ejército afgano como un adversario que tenga que temer. No, son los poderosos señores de guerra quienes van a ser su enemigo verdadero.

Se han encontrado antes en el campo de batalla. El Talibán derrotó a la llamada Alianza del norte de los señores de guerra en los 1990's pero hoy los señores de guerra tienen más recursos a su disposición y la prueba de fuerza entre el Talibán y los señores de guerra puede envolver a Afganistán en una nueva espiral de violencia que superará al caos sangriento de los años 90.

Son las perspectivas que preocupan profundamente a la generación más vieja de los líderes talibanes.

Las palabras despiertan cierta resonancia en mí porque a la mañana siguiente nos tenemos que levantar temprano para viajar hacia Kunduz en la noreste de Afganistán, una provincia donde

los señores de guerra son poderosos y donde un sinfín de milicias sin ningún control en estos años crecen, estimuladas también por el ejército norteamericano que las apoya activamente con armas, dinero y entrenamiento. Es la estrategia de salida de los norteamericanos, su último intento desesperado para debilitar el Talibán, aun a pesar de que solamente pueda suceder abriendo la caja de Pandora y liberar un torbellino de desgracias sobre Afganistán.

El túnel hacia los intestinos de la Tierra

El camino a Kunduz atraviesa la cordillera nevada de Hindu Kush a través del túnel Salang, ubicado a 3.400 metros de altura.

El túnel fue terminado por los rusos en 1964, un trabajo de ingeniería grandioso, que literalmente señalaría que se acercaban nuevos tiempos en Afganistán. Así fue. 15 años más tarde, fue a través del túnel Salang que los tanques rusos entraban a Afganistán.

En los últimos 35 años, el túnel y el camino de montaña torcido que conduce hasta allí, no han sido mantenidos. Ya hace mucho que el sistema de ventilación ha sido reventado por los tiros de los enfrentamientos internos por el paso estratégicamente importante a través de la cordillera intransitable. El asfalto de los túneles se ha desmoronado y ha dejado una pista de barro negra, brillante.

Salang ha sido contruido para que pasen 1000 autos por día. Ahora vienen 10.000 y tengo la sensación de que los he visto a todos mientras que subimos por la montaña. Ya a una distancia de 10-15 kilómetros empiezan las colas de camiones pesados y manchados de barro que todavía llevan los nombres de sus dueños originales en Europa, en Hamburgo, Bremerhafen

(sic), Eisenberger y aquí viene Morten C. Henriksen de Tuse Næs y Agencia de Turismo Højmark a cargo de Bruno Bjørnskov Jensen. Afganistán ha sido llamado el cementerio de imperios en referencia a las naciones invasores que han sufrido derrotas pero también son los camiones y buses de turismo de Europa que encuentran su cementerio aquí. Durante días hacen cola en la falda o las laderas de la cordillera mientras que esperan el señal para seguir navegando a través del angosto túnel de dos kilómetros y medio donde los embotellamientos pueden durar días medios y enteros mientras el oxígeno simplemente va desminuyendose.

Muchas veces, antes de que comience el túnel actual, el camino de montaña se convierte en corredores incrustados de cemento que se aferran a la ladera de la montaña. Los pasás con el barro pintando los lados del auto, una semi-luz extraña atraviesa el paso de cemento donde los ingenieros por un lado han dejado pequeñas aperturas hacia el cielo cubierto, cargado de nieve.

El efecto es como la nave de una iglesia gótica de kilómetros de largo. En el túnel mismo reina una oscuridad casi total. Los faros se ciegan por el barro mientras que las limpiaparabrisas dificultosamente barren una sopa borrosa, amarilla-marrón. Al comienzo, tengo la sensación de encontrarme en el tren fantasma de una feria sádica que aprieta claustrofobicamente la garganta, y creo que estamos descendiendo a los intestinos de la tierra. Finalmente, hay una luz al fin del túnel y nunca antes he comprendido tan fuerte la verdad del cliché como ahora.

Las montañas plegables al norte de Hindu Kush son temerosamente áridas. Los pueblos dispersos con sus casas de color ripio parecen apenas gemaciones de piedras como si sus habitantes hayan visto las montañas y continuado los pliegues en diseños un poco más

complicados. Las mismas casas no parecen ser más que muros engrosados como si los huecos de las puertas y el techo, que arriba los concluye, solamente sean una reflexión y la necesidad de protegerse contra los enemigos que una necesidad de asilo contra el clima salvaje de las montañas.

Tampoco las cañadas verdes donde los árboles, que han requerido atención y cuidado como un bebé, se levantan cambia la arquitectura. Por todos lados, la austeridad es la misma. Nos acercamos a Kunduz. Hay un hueco en el camino donde un tanque alemán ha sido blanco de una bomba carretera. Es la zona de las fuerzas alemanas de la OTAN. Su campamento está en una loma no muy lejos. Un enorme globo de vigilancia blanco, que hace recordar de un zeppelin, revela a cien metros de altura la presencia del campamento.

Armas por todos lados

Entramos a la ciudad. Hay un salto de varios siglos de los pueblos de afuera a una capital provincial como Kunduz pero no es seguro en qué siglo aterrizás. La gran cantidad de armas que hay por todos lados, en los hombros de los soldados uniformados y montadas en la parte trasera de los pick-up's azul-grises de la fuerza policial, apuntan en su propia manera trágica al siglo 21. Las mujeres en burkas y los hombres con barbas largas en túnicas apuntan hacia otro lado.

Kunduz no es un lugar donde los extranjeros deben desplazarse por las calles, ni aun cuando ambos nos hemos vestido con un *shalwar kamez* de sastre, la túnica afgana tradicional con pantalones plegados correspondientes. Pero en un campo deportivo en las afueras de la ciudad podemos salir del auto y caminar por un rato. Aquí encuentro a Harun que trabaja como

traductor para la policía alemana. Toda su familia vive de la presencia de las fuerzas extranjeras. Su padre es chofer para una ONG, su hermano mayor trabaja para el ejército americano. Es una familia en la clandestinidad que nunca revela ante los vecinos de qué vive porque nadie sabe quién pueda tener contacto con los Talibán. Ahora, todos los hombres de la familia están por perder su trabajo cuando las fuerzas extranjeras se retiren.

Por su amarga experiencia, Harun no tiene confianza en el gobierno afgano. Una y otra vez le han pasado por encima al entregar becas, no porque no aprobaba las pruebas, sino porque siempre había un hombre poderoso cuyo hijo le cerraba el paso. «Somos una generación de jóvenes bien educados,» dice, «pero nos gobiernan hombres educados e ignorantes, y nunca permiten que ejerzamos influencia.» Nubes pesadas se han acumulado sobre nosotros y una tormenta de arena se levanta de pronto como un presagio del mal tiempo que se está acercando. Como un anticipo de la oscuridad que en un instante cae sobre nosotros, desaparece todo en una tormenta de polvo mientras que vamos por las calles volviendo a nuestro hotel. Cuando pasamos por la plaza central de la ciudad, unos oscuros hombres barbudos nos miran desde unos carteles grandes. Es una galería antepasada de los jefes de policía de la ciudad y la provincia que en los últimos dos-tres años han sido asesinados, todos ellos señores de guerra poderosos que habían comprado sus cargos. Kunduz es una ciudad feliz, dice un viejo guía de turismo de los años 60. La ciudad ya no lo es. Una guardia uniformada con un Kalashnikov sobre el hombro nos abre la puerta de rejas. Hemos llegado a nuestro hotel.

La historia sobre un señor de guerra

Mir Alam no es sólo un criminal. Representa el futuro sangriento, que la guerra ha preparado para Afganistán.

Carsten Jensen

Anders Sømme Hammer

3 de mayo de 2013

La historia sobre Mir Alam se puede contar de diferentes maneras.

Puede comenzar con 300 hombres armados que una noche de septiembre de 2012 rodean el pueblo de Kanam Kalan en la provincia de Kunduz, Afganistán, y se ponen a esperar el amanecer antes de marchar por las calles del pueblo y comenzar un masacre.

Puede comenzar con un hombre bien arreglado, sin barba de unos 55 años que está sentado sobre un almohadón suave en una habitación cubierta de alfombras tejidas a mano y un televisor plasma de 50 pulgadas tapa la pared final. Puede comenzar con su mirada cuando mira a sus invitados y con una voz tranquila dice «Si no fuera porque son periodistas extranjeros, los haría matar.»

Puede comenzar también así: en Afganistán, la guerra ha entrado en una fase nueva que hace inevitable el impulso hacia el abismo de una guerra civil aún más violenta, sangrienta.

O puede comenzar de manera completamente no dramática con una foto en una pared de pinceladas calizas.

Cuando visitamos a Mehman Shah, un líder milicia en el fondo de la peligrosa provincia de Kunduz, donde el Talibán y los milicias locales luchan por el control, vimos una foto en la pared de su casa, a pesar de que las habitaciones desnudas no tengan decoración. La foto muestra al líder milicia de 30 años con un hombre entrecano mucho mayor que vistiendo su *shalwar kameez* almidonado parece pertenecer a otro mundo que al campo de batalla sangrienta, al que se han convertido las zonas rurales de la provincia Kunduz durante los últimos años.

»Él es mi benefactor,« dice Mehman Shah que hace unos años dio el salto del Talibán al gobierno de Karzai. Fue el hombre de la foto que le insistió para apuntar sus fusiles en la otra dirección.

Mir Alam es la ley

En Kunduz, todos los caminos llevan a Mir Alam. Una vez ese hombre afeitado era un miembro prominente de la Alianza del norte, un señor de guerra con miles de hombres bajo su comando. Hoy aparentemente vive una vida retirada como un hombre privado en la capital de la provincia. Pero de acuerdo con un informe preocupante de la Humans Rights Watch, todavía es él quien mueve todos los hilos.

En el informe del 2011, titulado *Just don't call it a milita*, todo un capítulo es dedicado al señor de guerra de Kunduz. Hay entrevistas con los hombres más ancianos de los pueblos de

varias zonas de la provincia que describen cómo sus milicias, las llamadas arbaki, sistemáticamente roban los pueblos que caen bajo su control. Las milicias denominan su extorsión como impuestos, ushr, pero en realidad, se trata de dinero de protección y las represalias son terribles si los habitantes se niegan a pagar: violación, mutilación corporal, asesinato y verdaderas masacres. En un filtrado de Wikileaks de la embajada americana, se describe las milicias de Mir Alam «como establecidas en evidente desprecio a la ley».

Si uno examina atentamente el informe de la Humans Right Watch, uno tiene la impresión de que la relación de Mir Alam con la ley lleva más que solamente desprecio. El desprecio supone una cierta distancia. Pero la relación de Mir Alam con la ley no podría ser más cercana. Una llamada al jefe de policía y un sospechoso es liberado. La agencia de seguridad y el gobernador local son menores en comparación con él. Mir Alam no desprecia la ley. En Kunduz, él es la ley.

En la capital de la provincia, la calle donde tiene su recinto lleva su nombre. Es aquí que le hacemos una visita. Hemos venido para preguntarle sobre las acusaciones que ha recibido.

Frente a la puerta de la casa de Mir Alam, hay un hombre con un Kalashnikov y una canana sobre el hombro. Adentro, una pequeña multitud espera ser atendida. Mir Alam les explica que van a tener que esperar más tiempo. Nos señala: invitados extranjeros han venido de visita. Un hombre grande y corpulento con un turbante de seda alto y barba, quizás el comandante de una de sus muchas milicias, se inclina mientras que una expresión sumisa se extiende por su cara áspera.

La grandeza en la pared

Hemos sido invitados para subir al primer piso y nos hacen pasar a una habitación alargada cubierta por alfombras. Un televisor plasma grande tapa la pared final, como si estuviéramos en un cine. Pronto se verá que el televisor plasma en realidad es el protagonista de la entrevista. Mir Alam ha contratado a un camarógrafo que lo sigue por todos lados y que todo el tiempo añade nuevas tiras de película al mito de la vida del señor de guerra. La película sobre Mir Alam es un telón de fondo obligatorio en la conversación con él. Físicamente es apenas un hombre pequeño. Pero en la pantalla, crece a proporciones gigantes.

Miramos la ceremonia de 2005 cuando desmovilizó su milicia de 5.000 hombres y entregó sus armas al gobierno. 4.000 fusiles de asalto, incontables lanzagranadas, morteros, artillería pesada. La cámara hace una panorámica infinita sobre la armería enorme que pertenecía a un solo hombre. Si alguna vez habríamos dudado de qué significa la palabra señor de guerra, ahora lo sabemos. Y luego viene el punto fulminante. Los 60 tanques de Mir Alam. Están ordenados en filas y el ángulo de la cámara crea el efecto de un gabinete de espejo. La cantidad de tubos del cañón parece infinita.

»¡60 tanques!« dice uno de nosotros escépticamente.

»Por supuesto.« Hay un pequeño rastro de ofensa en la voz del señor de guerra como si por un momento nos hubiéramos permitido dudarlo. »Soy un gran hombre.«

Un sirviente trae grandes bandejas con frutas, té en termos y latas de bebidas energizantes como Red Bull y Ginseng Energy. Le entregan la ración diaria de pastillas a Mir Alam que las

clasifica con una mirada concentrada en la alfombra delante de él para después tragarlas una por una. Es nítido y afeitado y viste un *shalwar kameez* almidonado que a pesar de los pliegues sueltos de la túnica amplia no oculta que el señor de guerra de 55 años está gordo.

Nos mira de manera evaluativa y como si hubiera adivinado la intención de nuestra visita, dice: »Se puede decir todo en mi cara. Pero no me gusta que escriban algo malo de mí a mi espalda.«

Mencionamos lo que dice la Human Rights Watch de él.

Mir Alam niega desarmantemente con la cabeza. No recuerda las acusaciones. Se escribe tanto sobre él.

Mencionamos el filtrado de Wikileaks de la embajada americana en que se habla de su desprecio por la ley.

»Solamente han hablado con mis enemigos. Tengo enemigos por todos lados.« Comienza con una larga enumeración de sus enemigos que va desde los atacantes suicidas hasta los ‘comunistas’ del gobierno. »Soy un hombre común. No poseo otra cosa que la casa en que estamos. Eso es todo. Y además tengo seis hombres para protegerme. Las milicias quieren dinero y sueldo. ¿Cómo los iba a pagar yo?«

Mencionamos los testimonios de los pueblos sólo unos kilómetros de Kunduz donde sus milicias han masacrado a los habitantes.

Hay una larga pausa durante la cual nos mira fijamente. Entonces, dice despacio y acentuando cada palabra para que no sea malinterpretado el sentido. »Si no fuera porque son periodistas extranjeros, los haría matar.«

Decimos que las acusaciones no vienen de nosotros. Vienen de los medios independientes y como figura pública no puede ignorar las acusaciones sino tiene que tenerlas en consideración. Es por eso que preguntamos. Para darle la oportunidad de responder.

»Entonces, voy a responder. No me importan las acusaciones. Soy un hombre inocente. Pregunten a la policía, pregunten al gobernador. Si me piden matar a alguien, siempre pregunto antes: ¿dónde está la prueba? Eso es lo que hago ahora. ¿Dónde están las pruebas en mi contra?

Indiferente ante las acusaciones

Cuando le preguntamos sobre la seguridad en Kunduz, contesta que no necesita las fuerzas extranjeras. Puede crear la seguridad él mismo. No es ningún problema. El gobierno en Kabul es débil, »de rodillas en el barro«, como él lo dice. Como ministro en un gobierno nuevo quiere a Gulbuddin Hekmatyar, el líder muyahidín fundamental que en la guerra civil de los años 90 redujo a Kabul a escombros y mató a decenas de miles de personas.

Mir Alam nos acompaña abajo y se despide en la puerta que da a la calle que lleva su nombre. De nuevo, es el anfitrión perfecto. »Siempre son bienvenidos,« dice sonriente y da la mano. La guardia de la puerta ha sido reemplazada por otra: un gigante de dos metros con una barba crecida cuyas puntas le llegan hasta los ojos.

El mismo día nos encontramos con los habitantes de Kanam Kalan, un pueblo solamente unos seis-siete kilómetros de Kunduz. No podemos acercarnos a ellos, no porque el pueblo es inaccesible sino porque el Talibán tiene actividades en la zona. Hace sólo cinco días, un invitado fue arrancado de su auto y asesinado. Así que los habitantes de Kanam Kalan se acercan a nosotros, en un lugar acordado de Kunduz.

Son los ancianos del pueblo que aparecen, de piel oscura, cuerpos nervudos, huesudos acostumbrados al trabajo, duros como madera petrificada. Todos visten turbantes de diferentes tonos de gris y con barbas blancas que han sido recortadas sobre el labio superior. Es Dorst Muhammed que perdió dos hijos. Es Faisal Rahman que perdió uno. Es Abdul Wali que perdió un hermano. Es Samandar que perdió dos hermanos y tres sobrinos. Es un chico que se aferra a una muleta mientras que una pierna inútil cuelga por encima del piso. Perdió la fuerza en el ataque. También perdió a su mamá y papá.

Llegaron a la noche, 300 hombres de seis o siete milicias diferentes y pusieron un anillo de hierro alrededor de Kanam Kalan mientras que esperaban el amanecer. El día anterior habían encontrado muerto a uno de los suyos justo afuera del pueblo. Ya era la hora de la venganza. A veces disparaban rodamientos rígidos que iluminaban la oscuridad. A las seis horas entraron al pueblo disparando a todo lo que se movía. Algunos de los ancianos del pueblo se escondieron en las casas, otros huyeron en pánico por las calles angostas. Cuando se retiraron las milicias una hora y media después dejaron un saldo de 12 muertos y 26 heridos. Todavía faltarían 3 horas para que apareciera la policía.

Entretanto, los habitantes juntaron los muertos y los llevaron como protesta a Kunduz donde los pusieron en una fila en el estadio local mientras que los heridos fueron llevados al hospital. Los muertos permanecieron una hora y media en el césped. Entonces, los trajeron de nuevo al pueblo y los enterraron. Políticos afganos prominentes corrieron a Kunduz para, como se dice en la jerga política afgana, resolver los problemas como si con sus discursos y condolencias hipócritas pudieran revivir a los muertos. Cinco hombres fueron detenidos. Los cuatro eran inocentes, el quinto compró su libertad a un juez corrupto. No pasó nada más.

Hoy, los habitantes se han armado y patrullan su pueblo. Tienen cinco fusiles de asalto y cinco escopetas. Todavía son una minoría desesperanzada, si vendría otro ataque. Ninguno de ellos dudan de quién sea el instigador. Es el señor de guerra con el televisor plasma y el camarógrafo contratado que casi seguro no estaba presente esa mañana de septiembre a las seis horas cuando 300 hombres comenzaron su matanza: Mir Alam.

»Mir Alam es su jefe,« dicen uno después del otro.

Quedaron las familias destruidas. Dost Muhammed no sólo perdió a sus dos hijos. Hace una semana también perdió a su esposa. »No dejaba de llorar,« dice. »Se murió de pena.«

Y Kanam Kalam no es el único lugar. Hace 10 meses, el pueblo de Kobei vivió una matanza aún más grande. Esa vez 18 personas fueron asesinadas.

La impotencia de los soldados

4.000 soldados alemanes han sido enviados a Kunduz sin poder solucionar ninguno de los problemas que se habían propuesto a resolver, atados como estaban por las reglas caseras de guerra que los obligaban a una invisibilidad agachada.

Fuera de los muros del campamento alemán, hechos de las llamadas balas-HESCO que están compuestas por ripio comprimido rodeado de una malla de acero, la guerra continúa. Por un lado, están las milicias locales, lideradas por los señores de guerra y los comandantes cuyos orígenes remiten a la guerra civil caótica que azotaba a Afganistán en los 90. Por el otro lado, está el movimiento Talibán fundamentalista que una vez logró poner fin a la guerra.

Ahora, la han retomado, los enemigos mortales de los 90 azotados. En un punto particular, los señores de guerra y el Talibán se parecen: ninguno de ellos respetan las reglas de guerra pero intentan superar al otro en brutalidad y crueldad en una guerra donde valen todos los medios y la población civil es la víctima inevitable.

Pero hay una diferencia esencial entre aquella vez y hoy. La guerra civil de los 90 se desarrollaba en el vacío que surgió cuando la Unión Soviética después de una guerra invasora de 10 años se retiró de Afganistán, y el mundo perdió el interés en un país que estaba lleno de jóvenes analfabetos desocupados que nunca conocieron otra lengua que la de los cañones de arma. Al final, los señores de guerra tenían solamente a sí mismos y su arsenal de armas pero ya no tenían ningún apoyo del exterior y por eso, fue fácil para el movimiento Talibán que fue apoyado por el servicio de inteligencia paquistaní, acabar con la Alianza del norte sin recursos. Cuando los americanos llegaron en 2001, los señores de guerra de la Alianza del

norte se aferraron a los últimos metros cuadrados de tierra afgana a lo largo de la frontera norteña. Pero 12 años más tarde, tienen el apoyo de las tropas especiales americanas que los proveen con dinero, armas y entrenamiento. Y como siempre, Talibán tiene el apoyo de Pakistán.

En Kunduz, la guerra infinita de Afganistán entró en una fase nueva y aunque la provincia solamente representa un rincón del extenso país, es muy probable que en Kunduz se esté ensayando el futuro que espera cuando las fuerzas extranjeras hayan sido retiradas. Un Afganistán donde las instituciones frágiles que constituirían el fundamento de la democracia, han colapsado y la lucha es entre el Talibán y un sinfín de milicias bien armadas fuera de todo control.

En Kunduz, el gobierno ya hace mucho no juega ningún papel. Tiene un sustituto y el nombre del sustituto es Mir Alam. Puede ser que la cantidad de ataques talibanes se disminuyan temporalmente y las tropas OTAN regresen a sus casas con la ilusión de haber creado seguridad. Pero la realidad es otra. Lo que es seguridad para los ojos del Occidente, es arbitrariedad, violencia y abusos diarios para una población que ha sido entregada al régimen despiadado de los señores de guerra.

En el último día en la provincia de Kunduz nos vamos al campamento alemán. En ambos lados de la puerta bien custodiada se extiende el muro masivo de balas-HESCO por cientos de metros en ambas direcciones. Detrás del muro están los soldados alemanes y cuidan bien a si mismos en lugar de cuidar a la población por cuya causa ellos, como las otras decenas de miles de tropas de la OTAN, han venido.

El temor de los traductores

Frente a la puerta hay 15 hombres jóvenes, la mayoría de ellos afeitados, en una fila larga. Visten pantalones y camisas angostos de estilo occidental, un vestimento insólito en una provincia muy conservadora donde el tradicional traje masculino afgano, el shalwar kameez, domina. Son los jóvenes de la élite bien educada de Kunduz que a lo largo de los años han trabajado como traductores para los soldados alemanes porque creían en las promesas del Occidente: Que los soldados vinieran para crear un Afganistán donde habría un lugar para los hombres jóvenes como ellos. Ahora los dejan plantados y sus caras revelan que conocen demasiado bien el destino que les espera cuando sus protectores les den la espalda. En el futuro sangriento que le espera a Kunduz, no hay lugar para ellos.

Están ahí con hojas A4 en las cuales han escrito con bolígrafo sus protestas tímidas contra el abandono y sus protestas son igualmente una petición por la supervivencia: *»Why Germans don't understand our problem?«* dice uno de los carteles. *»We don't want to die by insurgents,«* dice otro. Y además está el grito simple, conmovedor por ayuda que uno no creería posible ignorar: *»We want to be alive.«*

Pero el Occidente rico no puede permitirse cumplir esa petición.

Los Talibanes también pueden tener miedo

Mehman Shah ha cambiado de lado muchas veces durante el conflicto afgano. No porque sea oportunista o de poca confianza sino porque su tarea más importante es cuidar a su pueblo. No puede confiarlo ni al gobierno de Kabul ni al Talibán.

Carsten Jensen

Anders Sømme Hammer

4 de mayo de 2013

Mehman Shah es un hombre oso tibetano, de cuerpo rechoncho y pequeño y una barba marrón que enmarca su cabeza redonda. La coronilla con el pelo fino y semi-largo es tapada por un solideo de lana, un *pakol*, que es un cubrecabezas típica del norte de Afganistán.

Aunque nunca ha ido a la escuela, Mehman Shah de 30 años ha cruzado muchas fronteras en su vida. La primera vez, tenía sólo 14 años cuando él, el analfabeto que nunca había conocido otra cosa que el trabajo en el campo, tuvo su primer kalashnikov. La próxima vez fue cuando él con su arma en la mano se unió al Talibán. La tercera vez fue cuando él personalmente entregó el fusil al nuevo gobierno de Afganistán como parte del proceso de desarme y reconciliación.

¿Y la cuarta vez? Cuando cogió su kalashnikov de nuevo y volvió al Talibán.

¿Quedan más fronteras para cruzar? Sí, en un país donde los frentes de la guerra cambian constantemente siempre hay una más. Ahora, Mehman Shah es el líder de una milicia aldeana,

una llamada *arkabi*, que recibió una semana de entrenamiento y un puñado de rifles de asalto de las fuerzas especiales americanas. Mehman Shah le ha dado la espalda al Talibán por la segunda vez.

Al lado del pueblo

¿En qué lado está ahora? Su propio como no vacila en subrayar. O mejor dicho: al lado de su pueblo. Porque su abuelo era el jefe del pueblo y es una posición que también compromete al nieto. Una responsabilidad que ha sido heredada. Mehman Shah tiene que proteger su pueblo, y en una lucha de poderes que es más peligrosa que un campo de minas, ha adquirido una maniobrabilidad que convierte al ex analfabeto en un maestro de hacer ciabogas tácticas.

Mira directamente a sus invitados extranjeros. No debemos pensar que es la última posición que asumirá. También su alianza con los americanos y el gobierno afgano es temporal. Todo depende de la situación. Y nunca es la misma.

Estamos en el nordeste de Afganistán, en el pueblo de Sabsali en el distrito de Aliabad, unos kilómetros de Kunduz en la provincia que lleva el mismo nombre que su capital. Los hombres de Mehman Shah nos esperan cuando dejamos la carretera y nos llevan por una rodera al paisaje fértil y verde. Muestran el camino arriba de sus motocicletas todo terreno con el kalashnikov atado al tórax y los cargadores colgados del cinturón en estuches de cuero adornados con roblones de acero brillantes.

Pasamos un puente colgante y estamos en Sabsali. Mehman Shah tiene 30 hombres bajo su comando. »Mis fieles,« los llama. La mayoría de ellos lo han seguido durante todos los

cambios. Nos hacen entrar en una habitación con paredes desnudas, encaladas y almohadones en el piso. Una barra de cortina dorada sin cortinas atestigua que la habitación conoció mejores días. Lo mismo hace un papel pintado floreado que por causas inescrutables ha sido pegado al techo. Ahora se utiliza la habitación para almacenar lanzagranadas y kalashnikovs.

Hay una razón muy sencilla para los muchos cambios de Mehman Shah. Siempre se une al más fuerte. Así suena su razonamiento cuando explica porque se unió al Talibán por la segunda vez. «El gobierno era débil. Talibán era fuerte.»

Entre los talibanes, que hace siete-ocho años invadieron la provincia de Kunduz, había muchos pakistaníes y pastunes de Kandahar del sur de Afganistán, y Mehman Shah tenía miedo al destino de su pueblo durante el mando caprichoso de los extranjeros. Entonces, era mejor unirse a ellos. Si lo hacía, el pueblo seguía en sus manos. Él tenía el control, no los extranjeros. Y, entonces, lo hizo así.

La vida como talibán era dura. Nunca dormía, recuerda. Había noches enteras en las que quedaba despierto prestando oído al sonido de los helicópteros de combate americanos. Nunca visitaba a su pueblo, siempre en movimiento y tenía que dormir cada noche en un lugar nuevo. Durante meses luchó contra los americanos en el distrito vecino de Char Dara donde el Talibán era muy activo. «En combate nunca tenía miedo porque mi sangre estaba ardiente,» dice pero esta prueba de su coraje resulta ser sólo un prelude a una confesión que es inusual para un comandante con muchos hombres bajo su comando: Mehman Shah también conoce el miedo. Tiene miedo a los helicópteros de combate y sus ametralladoras de tiro rápido que disparan cientos de proyectiles por segundo. «Una vez que te ven, no te escapás. He visto morir a muchos de mis amigos.»

Y, entonces, tuvo suficiente.

Un miedo colectivo

»Era demasiado,« dice delante de sus hombres, y cuando puede confesar esto sin perder las apariencias o la autoridad como comandante, solamente puede ser porque él también habla por su parte.

Mehman Shah quería volver a su casa, al pueblo que tenía que proteger.

Y, entonces, tuvo que cruzar otra vez la frontera.

Esta vez fue la oferta de reconciliación del presidente de Afganistán, Hamid Karzai, que aceptó. Le niega al Talibán. No abandona su kalashnikov. Solamente jura dirigir el cañon del rifle en la dirección contraria. En cambio, recibe promesas. Muchas promesas. De caminos asfaltados en lugar de las roderas, de bombas en lugar de los pozos, de una clínica de salud en lugar de las mujeres que mueren durante el parto, y los niños que sucumben antes de cumplir los 5 años, de mejores herramientas para cultivar la tierra en lugar de una pala y un arado movido por bueyes.

»¿Y qué me dio el gobierno?« pregunta exaltado. »¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡No han cumplido con una sola promesa!«

Difícil servir a dos gobiernos

Este gobierno que se encuentra nadando en dinero de ayuda extranjero para el desarrollo, no le dio otra cosa que una ametralladora rusa PK que sus hombres exhiben en medio del piso. Siete de sus hombres, él incluido, han recibido 15 días de entrenamiento y una instrucción para no extorsionar a los locales. Los mismos siete reciben cada uno un sueldo mensual de 9.700 afganis, unos 170 dólares. Pero Mehman Shah tiene 30 hombres bajo su comando. ¿Cómo va a pagarlos? Así que ahí está, solo en el medio de tierra talibán, con 30 hombres mal pagados, armados.

Es por eso que su lealtad ante el gobierno es relativa. Es por eso que está en una posición de espera. O en el medio como él mismo lo llama. No lo dice en voz alta. Pero bien podría haberlo dicho: No cuenten conmigo.

Mehman Shah se levanta. Hay una inquietud en su cuerpo. Hay dos cosas que nos quiere mostrar. Una es su hija de tres años que tiene una raya a un lado en su pelo que ha sido teñida de un rojo ardiente. La otra es la escuela del pueblo.

La escuela fue construida hace cinco años y se ve asombrosamente moderna con un techo inclinado y un frontis grande y recién pintado en un pueblo cuyos muros y casas han sido hechos de barro y paja de acuerdo con una receta milenaria. Fueron las tropas alemanas que construyeron la escuela hace cinco años. Desde entonces, ha tenido una vida cambiante.

En la oficina del director de la escuela, Mulla Gul, hay un gabinete de vidrio con un esqueleto de tamaño mini y un torso anatómico que muestra los órganos del cuerpo humano. En su

escritorio, hay un florero de vidrio con azucenas artificiales y un kalashnikov. El kalashnikov no pertenece a Mulla Gul. Pertenece a Mehman Shah. Él es el protector de la escuela y durante la entrevista con Mulla Gul, está sentado al lado del director de la escuela.

Los 560 alumnos de la escuela vienen de los cinco pueblos que controla Mehman Shah. En total, viven unas 3.500 personas en los pueblos, así que el número de alumnos es más bien escaso pero algunas familias mantienen sus hijos en casa porque tienen que trabajar en el campo. Los cursos son mezclados, chicas y chicos entre sí, y reciben cada día entre dos y tres horas de clase. En dos turnos porque hay pocas aulas. El primer turno empieza a las siete, el segundo a las diez. Van allí durante seis años.

Además, está el tema de la vida cambiante de la escuela.

»No es fácil servirles a dos gobiernos que quieren cosas distintas,« lamenta Mulla Gul. Con los dos gobiernos se refiere al Talibán y el gobierno de Kabul.

Las tropas alemanas apenas habían entregado la nueva escuela cuando el Talibán tomó el poder en el distrito, y los alemanes desaparecieron a toda prisa. El Talibán aceptó el programa de la escuela. No les importaba que se enseñaba matemática, física o inglés. Solamente no querían que hubieran chicas en las aulas. Mulla Gul se adaptó. Tenía que adaptarse. Ahora, el Talibán no está más, y las chicas pueden ir otra vez a la escuela, y tanto ellas como él están contentos.

Es recién cuando nos estamos yendo de la escuela que recordamos que el Talibán – también era Mehman Shah. El Talibán no desapareció. Era solamente Mehman Shah que cambió de

opinión. Sin importar quien gobierna el pueblo, el Talibán o el gobierno en Kabul, es Mehman Shah que encarna el poder del lugar. Siempre es su kalashnikov que está en el escritorio de Mulla Gul como una advertencia de que el fusil es más poderoso que la palabra.

»¿Cuando estabas con el Talibán, por qué no quemaste la escuela y disparaste a los profesores como tiene de costumbre el Talibán?«

»Me unía al Talibán para proteger mi pueblo. Por eso también protejo nuestra escuela.«

Mehman Shah señala los campos fértiles y las montañas que no están muy lejos. »El Talibán está ahí afuera. No se pueden quedar más. Tienen que irse.«

Hay una jerarquía entre las milicias. Más abajo están las llamadas arbaki como la de Mehman Shah. Son consideradas indisciplinadas y demasiadas inseguras como para recibir otra cosa que el apoyo más simbólico del gobierno en Kabul. Un paso más arriba están los grupos de milicias que tienen el permiso de utilizar la denominación 'policía'. Policía local se llama, Afgan Local Police, o traducido cariñosamente al español policía comunitaria. Todos los miembros de esa milicia reciben un sueldo y armas, tres semanas de escaso entrenamiento y una lectura sobre los derechos humanos.

Un funcionario crítico del Ministerio del Interior afgano utilizó un proverbio afgano, cuando en un informe de la Humans Rights Watch tenía que describir la presunta policía comunitaria:

»Un niño enfermo no se cura solamente porque le dan un nombre nuevo.« Y la enfermedad de Afganistán son las muchas armas en las manos de las milicias que están fuera de todo control,

y la nueva disposición de la policía comunitaria no reduce el número de milicias sino lo aumenta.

En un filtrado de Wikileaks de la embajada americana, también citado en el informe de Humans Rights Watch, se menciona el apoyo a las milicias aldeanas como «una estrategia de alto riesgo», que puede terminar por apoyar las peores tendencias de la sociedad afgana, «un arreglo rápido con consecuencias peligrosas». El rearme de las milicias representa un pensamiento a corto plazo. Las victorias rápidas de las milicias sobre el Talibán pueden verse como una ganancia táctica. Pero, a largo plazo, van a producir una destabilización adicional del Afganistán ya caótico, advierte la Humans Rights Watch en su informe.

La noche es de los insurgentes

En el distrito vecino de Char Dara, donde Mehman Shah se escapaba de los helicópteros de asalto americanos, el Talibán ha sido rechazado, sostiene el comandante de la policía comunitaria. Gul Ahmad es un hombre alto, algo encorvado con un bigote y barba de dos o tres días en lugar de la barba cerrada tradicional de los hombres afganos. Como Mehman Shah nunca fue a la escuela. Hace un año había 300-400 talibanes activos en el distrito. Ahora, de acuerdo con Gul Ahmad, quedan a lo sumo 50. Muchos han sido asesinados, otros se han unido al gobierno. Gul Ahmad sabe muy bien que las promesas que seducen a los talibanes a cambiar de lado, nunca se cumplen. «Arriesgamos que vuelven directamente al Talibán. Es una situación que puede ser muy peligrosa.»

Con un movimiento de la mano nos muestra orgullosamente los campos de trigo y la tierra grumosa, gris-negra que espera que broten los melones. »Cuando el Talibán estaba acá, crecían las adormideras por todos lados.«

Tenemos que ir por desvíos sinuosos para llegar al cuartel general de Gul Ahmad, porque las carreteras principales del distrito están embaladas de artefactos explosivos improvisados. Y no regresamos por el mismo camino en el que venimos cuando dejamos el distrito con hombres armados en el asiento trasero y una moto delante de nosotros. Una emboscada puede haber sido organizada mientras tanto.

Pasamos un campo donde se levanta un bosque de banderines colorados. Es un cementerio para los talibanes que han caído en la guerra por el control de Char Dar. »Va a ser gigante si siguen luchando,« dice con una sonrisa uno de los milicias en el asiento trasero del auto. Pero solamente podemos parar acá unos pocos minutos para sacar fotos. Los milicias salen del auto con nosotros y miran vigilantemente a su alrededor. El pueblo del otro lado del camino es un paradero del Talibán.

La noche siempre es de los insurgentes. Pero, a veces, también lo es el día, y en Kunduz sólo hay una cosa que es segura. Son las armas que gobiernan.

Las mujeres más valientes del mundo viven en Kandahar

Hay una guerra en Afganistán que ya está definida. Es la guerra de los hombres contra las mujeres. Y las mujeres han perdido.

Carsten Jensen

Anders Sømme Hammer

10 de mayo de 2013

Hay un fondo de sonido que te persigue por todos lados en Kandahar. Es como la banda sonora de una película de suspenso en la que un ritmo de bajo anuncia que, en un instante, se desatará el infierno.

Así ha sido durante once años y medio.

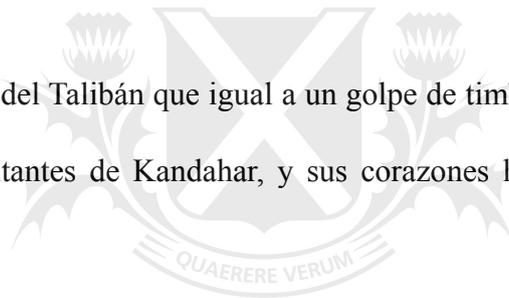
Kandahar, la ciudad de Afganistán más sureña y la segunda más grande con medio millón de habitantes, era una vez la fortaleza y la capital informal del movimiento fundamentalista Talibán. En 2001, Kandahar cayó en manos de las fuerzas invasoras americanas, y se construyó uno de los aeropuertos militares más grandes del mundo en las afueras de la ciudad. Es el sonido de los helicópteros de asalto, los que palean por los techos con las palas de rotor girantes, que escuchás. Es el chirrido profundo de los aviones de transporte verdes oscuros Hércules, que muy cargados llevan las tropas y el material de y para Afganistán. Es el sonido de los aviones de bombardeo que despegan con un estallido hueco para ir a nuevas misiones. Es el sonido del ensayo general de las fuerzas especiales americanas para el día del juicio final al realizar unos kilómetros al oeste de la ciudad sus ejercicios militares, y los estruendos

de las bombas matraquean en el horizonte como si el fondo de un silo lleno de autos descacharrados se haya roto. Es el chasquido de los bombardeos diarios del Talibán o el silbido seco de un kalashnikov que anuncia que otro enemigo de los guerreros fundamentalistas sagrados ha sido asesinado.

Los perdedores de la guerra

Es siempre el hilo musical de la guerra, y no tiene horarios de emisión definidos. Está día y noche y siempre.

Pero es la contribución del Talibán que igual a un golpe de timbal dicta el ritmo de los latidos de corazón de los habitantes de Kandahar, y sus corazones laten de miedo, día y noche y siempre.



Universidad de

San Andrés

Hay una guerra en Kandahar, y todavía está empatada. Pero una guerra ya ha sido definida hace mucho. Es la guerra de los hombres contra las mujeres, y no cabe duda del perdedor. Son las mujeres que han perdido.

Maryam Durani, una mujer joven de 28 años, entró en 2012 a la lista de Time de las 100 personas más influyentes del mundo. En la pared de su oficina hay una foto que le muestra a ella de pie entre la ex secretaria de Estado de los EEUU Hilary Clinton y la primera dama Michelle Obama. Una hoja grande y enmarcada explica el motivo de que una mujer joven y desconocida de Kandahar de repente se encuentra con compañía tan prominente en la capital informal del mundo occidental, Washington. Ha recibido el 'International Women of Courage

Award' del secretario de Estado americano por su intento de darles una voz a las mujeres afganas a pesar de los »inmensos desafíos sociales y de seguridad«.

Y Maryam Durani tiene coraje, con su mirada directa. Dos veces ha estado cerca de la muerte, cuando el Talibán atacó el Concejo provincial en que ella tiene uno de los cuatros asientos reservados para las mujeres del total de 15 asientos. Una cohebomba estalló justo afuera del edificio donde ella trabaja, y una lluvia de fragmentos de metralla cayó sobre ella. Seis personas murieron mientras que Maryam Durani se quedó con las cicatrices que todavía trazan líneas claras sobre sus manos y antebrazos.

La segunda vez, el edificio fue asaltado por atacantes suicidas. Fueron derrotados por las guardias de seguridad, pero no antes de que 13 personas hubieran muerto. También esta vez, Maryam Durani se escapó con vida. El tercer atentado no estaba dirigido a ella. Pero, sin embargo, fue ese que le dejó con la herida más grande y todavía abierta. Pocos minutos después de haberse despedido de Sitara Achikzai, una mujer de 50 años, que como ella era miembro del Concejo provincial y que por su experiencia y entusiasmo fue como un mentor y un ejemplo a seguir para una Maryam mucho más joven, su ideal fue acribillada en la calle. Ahora, tres años después, todavía se detiene para respirar profundamente antes de poder continuar su relato.

Muchos enemigos

Vive sin guardaespaldas pero lo dice francamente. »Cada mañana cuando me voy de mi casa, no sé si alguna vez volveré.« Su única protección es la burka de color verde manzana que odia vestir. Pero debajo de ella, es anónima.

Sí, es valiente Maryam Durani. ¿Pero también es una de las mujeres más influyentes del mundo?

Dirige una radio-emisora, Merman, que significa mujer, y combina la música con información para las mujeres sobre sus derechos. Tiene un salón de belleza y un taller de costura donde las mujeres producen artesanías que venden en las bases militares americanas.

Maryam Durani tiene muchos enemigos. El Talibán, que anhela quitarle la vida, no es el único. Ha perdido compañeras de trabajo y colegas cercanas. Pero no siempre es el Talibán que ha matado las mujeres. También, puede ser sus propias familias que piensan que una mujer que trabaja afuera, avergüenza a su familia.

Maryam Durani necesita financiar sus múltiples actividades. La embajada americana paga la mitad de los gastos de la radio Merman. Publicidad de celulares y computadores durante la emisión también ayuda. Pero necesita donantes.

Y aquí da con una oposición impensada. El gobierno afgano cuyo objetivo declarado es apoyar la liberación de las mujeres, la contrarresta sistemáticamente. El gobierno debe repartir el dinero de los donantes, y cuando el dinero llega a ella, el 80 por ciento ha desaparecido.

Cuando quiere contar sobre sus proyectos, las frustraciones prevalecen y se pierde en una serie infinita de ejemplos sobre cómo su trabajo es sabotado. Es evidente: la mujer más influyente de Afganistán se siente impotente.

»Al gobierno no le interesa apoyar a las mujeres,« dice enojada. »Solamente les interesa llenar sus propios bolsillos.«

Maryam Durani creció como refugiada en Irán y aunque tal vez suene raro en las orejas de un occidental, fue durante el régimen teocrático que tuvo la idea de que la vida de una mujer podría ser mucho más libre. Las mujeres no llevaban burkas. Podía caminar sola por la calle, ir al cine, sentarse en un banco en un parque, todas naturalidades que le fueron quitadas cuando llegó con su familia a Kandahar en 2002, el mismo año en que Hamid Karzai se convirtió en el líder del gobierno afgano. »En aquel entonces, había esperanza y confianza en el gobierno. Prometieron acabar con la corrupción, prometieron derechos humanos pero no suministraban nada de eso. Los poderosos tienen armas y las usan.«

Cuando las fuerzas extranjeras se vayan en 2014, desaparece también la última oportunidad para meter presión al gobierno afgano, dice. Entonces, la situación de las mujeres sólo empeorará. La mayoría de los donantes que apoyaban los proyectos de Maryam Durani, ya han dejado Kandahar. Todavía queda la radio. Y cada mañana sale de la casa, la misma que nunca sabe si la volverá a ver de nuevo, para ocupar su asiento en el estudio de la radio e incansablemente recordar a las mujeres sobre sus derechos.

El sueño de amor

Sha Kheda Hussain tiene 54 años. Tiene un mensaje. Afganistán está cansado de la guerra. Es lo que ha contado a las mujeres que incansablemente visita en las casas de sus familias en calidad de activista de la Afghan Women's Network, una organización relacionada con la ONU, que fue creada en 1995. »Les digo a las mujeres: no les dejen a sus hijos participar en

la guerra, no les dejen construir artefactos explosivos improvisados, no les dejen aprender a manejar un kalashnikov. Los jóvenes quieren paz. Denles educación.»

Sha Kheda Hussain tiene ocho hijos, cinco varones y tres chicas. También tiene un esposo 12 años mayor que ella con quién contrajo matrimonio forzado a los 14 años. Puede agradecer a su propia fuerza de voluntad por ser todavía esposa única. Hoy, el marido es viejo y débil, y ella casi no lo menciona. »Los hombres nunca renunciarán al poder sobre la familia,« dice. Pero la edad se lo puede quitar cuando la esposa es mucho más joven. Lo último no lo dice ella. Pero su tono de voz lo dice.

En una esquina de la habitación, está sentado su hijo de 19 años, Faisal, que está a sólo un mes de rendir el último examen después de 12 años de escolaridad. Su cara es suave e inconclusa. El pelo cae sobre la frente. Faisal tiene un sueño, y éste le ha hecho enfrentarse con su madre a quien por lo demás admira. Es todo su concepto de la vida que desafía. Quiere ingresar en las fuerzas especiales y luchar con armas en las manos.

Asiente cuando su madre dice que ella está en contra de los matrimonios arreglados y a favor de los matrimonios por amor, aunque sabe que con matrimonio por amor no se entiende lo mismo que en el Occidente. Todavía son los padres que tienen que buscar una pareja adecuada pero los dos jóvenes tienen que tener tiempo para conocerse y dar su consentimiento. O decir que no. Faisal asiente otra vez. Sólo el hecho de que le piden consejo, cuando se trata del matrimonio que durará toda su vida y que determinará si la felicidad o la desgracia será el tono fundamental, es una libertad nueva e inesperada.

Pero Faisal sueña con manejar un kalashnikov. Cree en lo que no cree su madre. Que las armas puedan crear paz. O simplemente es joven y necesita poner a prueba sus fuerzas con su contribución al oscuro hilo musical de la guerra que ya hace 11 años se ha pegado a Kandahar. Es la gran derrota en la vida de Sha Kheda Hussain. Su propio hijo rechaza su esperanza de paz.

A menudo, recibe amenazas de muerte por su activismo. Las recibe por el celular y admite que tiene miedo. No quiere viajar al exterior. Afganistán es su país. Pero enviaría a sus hijos si tuviera el dinero. Y no podrían volver antes de que hubiera paz. Tiene pesadillas a la noche.

Un hombre se le acerca con un kalashnikov listo para disparar en la mano.

No hace falta mencionar que Sha Kheda Hussain lleva una burka en la calle. »Matan a una mujer si no lleva una,« dice sin rodeos.

‘Los delincuentes tienen el poder’

Rangina Hamidi está rodeada de chales bordados a mano y vestidos de casamiento. Creció en dos lugares en el mundo que son tan diferentes como se puede imaginar. Era una niña en Quetta, la capital de la provincia vecina pakistaní de Kandahar, Baluchistán, y una adolescente en Virginia, EEUU. Hoy está de visita en Kandahar de donde su familia es originaria. Domina los dos idiomas, inglés y pastún, igualmente bien.

Hay un antes y un después grande y doloroso en la vida de Rangina Hamidi. La fecha es el 27 de julio de 2011.

Llegó a Kandahar en 2003 y construyó una empresa, Kandahar Treasure, que ocupa a 350 costureras, 22 de ellas en un taller de costura, las demás en sus casas. Proveen camisas, chales y vestidos de casamiento con dibujos bordados a mano provenientes de una tradición vieja islámica. Sus productos se venden en las bases americanas pero también ha empezado a exportar sus textiles bellamente manufacturados. Kandahar Treasure es auto-financiada. Rangina Hamidi no recibe ningún sueldo y, a excepción de algunos periodos cortos, no ha recibido ningún apoyo exterior. Trabaja para las mujeres de su taller de costura. Durante ocho años piensa en Kandahar como su casa.

Entonces, se hace el 27 de julio de 2011. Después, nunca más pensará en Kandahar como un lugar en que tiene futuro.

Su padre, Ghulam Hamidi, ha sido contador durante 25 años en una agencia de viajes en Virginia. En 2007, asume el cargo de intendente en la ciudad más aterrorizada del mundo. Durante sus años de exilio ha visitado Kandahar muchas veces y se ha involucrado en la política local. Tiene vínculos estrechos con la familia del presidente Karzai, y son a través de ellos que consigue el cargo. Para la sorpresa de todos, se muestra como un enemigo intransigente de la corrupción desvergonzada de la ciudad. Quería la misma orden en Kandahar que siempre tuvo en su contabilidad. El 27 de julio de 2011, en el jardín frente a su oficina, recibe una delegación de ciudadanos que protestan contra sus planes de saneamiento urbano. Uno de ellos le agarra su brazo y activa una bomba que tenía oculta en el turbante.

El año siguiente, Rangina Hamidi casi renuncia. Regresa a los EEUU y solamente hace tres visitas cortas a Kandahar. »No podés abandonarnos,« dicen sus costureras. Es su petición que le hace entender a Rangina que no puede deshacerse de su responsabilidad a pesar de sentirse

paralizada de dolor por el asesinato de su padre. Y, entonces, retoma sus visitas a Kandahar. Pero, en lo que se refiere a Afganistán, se ha vuelto cínica y pesimista.

No duda de que su padre haya sido asesinado por los que ella denomina como «elementos dentro del gobierno». «Los delincuentes, los señores de guerra, los barones de la droga, los ladrones que han destruido este país durante 35 años, y que todavía están en el poder. Eran ellos que él combatía, y eran ellos que lo amenazaban.»

Según la versión oficial, el Talibán fue el responsable del asesinato. Pero Rangina Hamida no lo cree. Su padre nunca recibió ni una amenaza del Talibán pero, en cambio, muchas de altos funcionarios del gobierno y de la administración local. En 2009, fue expuesto al primer intento de asesinato cuando una bomba remota destrozó su auto. Se salvó milagrosamente. La misma noche, nuevas amenazas hacían cola en su celular. A última hora de la noche recibió una llamada de Pakistán, de la ciudad fronteriza de Chaman, no muy lejos de Kandahar. El hablante se presentó como un comandante del Talibán. «No quiero que creas que nosotros somos los responsables,» dijo. «Tienes que saber que valoramos el trabajo que realizas como intendente.»

El padre de Rangina está enterrado en Quetta donde ella pasó su infancia. Desde entonces, la ciudad se ha convertido en el hogar de la dirección exiliada del Talibán en torno a Mullah Omar, la llamada Quetta Shura. Varios del círculo íntimo de Mullah Omar participaron en el entierro y se acercaron personalmente para darle el pésame. «¿Por qué harían eso si lo hubieran asesinado?» pregunta.

Su conclusión es amarga. Después del primer atentado, le suplicaba a su padre que se retirara como intendente. »No creía que perteneciera a ese ambiente corrupto. No podía ver que le hacía nada bueno. ‘Prefiero morir haciendo algo,’ me respondió. ¿Valió el sacrificio? No, pienso que no. Entregó su vida por un gobierno de delincuentes.«

Las mujeres más valientes del mundo viven en Kandahar. Pero no tienen influencia. Cada día, su boca se llena del sabor amargo de impotencia.



Universidad de
San Andrés

‘No hay paz en mi corazón’

Incluso en el fondo de la oscuridad de Kandahar, las mujeres afganas tienen una esperanza y un sueño de una vida mejor. La mayoría de ellas ha visto una fracción de ella – una fracción de dignidad humana, de posibilidad y de un mundo sin misoginia.

Carsten Jensen

Anders Sømme Hammer

11 de mayo de 2013

Las mujeres que conocemos durante nuestra estadía en Kandahar son, en los primeros días, todas personas públicas con educación y un perfil alto. Expuestas casi diariamente a amenazas, luchan por lo que creen, una vida mejor para las mujeres afganas. ¿Pero cómo viven esas mujeres cuya causa defienden?

Es casi imposible entrar en contacto con ellas. No sólo son invisibles bajo el burka, sino también viven detrás de un muro impenetrable de convenciones y tradiciones que prohíben cualquier tipo de relación con los hombres fuera del círculo familiar. Igualmente, conseguimos conocer a algunas de ellas. Lo conseguimos del mismo modo en que se consigue conocer a un disidente en una dictadura, a través de intermediarios o, mejor dicho, intermediarias en lugares secretos. La mujer que en Kandahar revela su cara ante un hombre desconocido o habla con él, es una disidente. La ley férrea de la dictadura que interrumpe, es la de la familia. Los nombres, que las mujeres nos dan, son ficticios. Tienen miedo de ser reconocidas, incluso en un diario de la Escandinavia lejana.

Ayesha, que tiene unos 40 años, es la mayor de las tres mujeres que están sentadas ante nosotros. Las otras dos, apenas son adultas, Raisa tiene 14 años, Muslipa es sólo una niña grande de 13 años pero el mundo de la infancia ya está acabado.

Ayesha tiene la piel clara, pómulos altos y una mirada penetrante que parece encerrar un conocimiento demasiado profundo de la vida. El escultor, cuyo cincel ha dado forma a su cara delicada, se llama pena y dolor. Su madre murió cuando tenía 7 años. Su padre, que fue adicto, las vendió a ella y sus dos hermanas a tres familias diferentes. Cuando tenía 15 años, se casó con el hijo de la casa quien sin aviso previo la maltrató por razones que ella nunca pudo entender. »Era un hombre resentido,« dice sin vacilar. »Era un canalla. Fue mi destino casarme con él.«

Ayesha es analfabeta. Nunca fue a la escuela. »Crecí en una familia que me había comprado. ¿Por qué preocuparse por mí?«

Durante 15 años vivía con su esposo y una numerosa familia en un campo de refugiados en Pakistán, y ahora ve ese tiempo como el mejor de su vida. Tenía un esposo que la protegía, aunque también le pegaba, y sus hijos comían cuando tenían hambre. Entonces, volvieron a Afganistán y esa es la decisión que más lamenta de su vida. »Afganistán robó mi honor y mi alegría,« dice. »No hay paz en mi corazón. Cada día está lleno de miedo.«

‘Les miento cada día’

Su esposo e hijo mayor han sido muertos por soldados canadienses, y en el pueblo donde vivían no había futuro para una viuda con 10 hijos. El Talibán hizo estallar la escuela y puso

artefactos explosivos improvisados por todos lados, y cuando los ancianos del pueblo no querían protegerla, se tenía que ir a la ciudad para poder mantener a sus hijos. Vivía en habitaciones alquiladas, en 10 lugares diferentes en 4 años, pero tiene un objetivo desafiante en la vida: los niños tienen que tener una educación.

»Les miento cada día,« dice. »Vuelven de la escuela y cuentan que los otros chicos tienen zapatos nuevos, una mochila nueva, y cada vez les prometo que mañana les va a tocar a ellos. Pero es una mentira. Nunca tengo dinero.«

Su sueño es tener una casa porque una casa significa protección y domicilio fijo, así que los niños no tienen que cambiar de escuela todo el tiempo.

»Mis hijos siempre me preguntan si estoy bien. Saben que están perdidos si me enfermo y no puedo trabajar más. A veces cuando no me escuchan, me resigno y sólo grito. Pero, entonces, pienso en ellos y sé que sin mí no tienen ningún futuro. Siempre tengo miedo pero tengo que decirles que no tengan miedo. Tengo que vivir para ellos.«

Ayesha está serena. Sabe que su existencia no le va a traer ningún cambio. Tiene que concentrar toda su fortaleza para ayudar a sus hijos toda la vida. »Tienen que llegar a ser algo,« dice y esa pequeña palabra 'algo' encierra todo, también un juicio sobre su propia vida.

El sueño en el nombre de los hijos, y nada más, le hace seguir adelante. Pero cuando la conversación recae sobre las tropas extranjeras, de pronto le salta la ira.

»Ustedes tienen libertad,« dice y nos mira directamente con su mirada insistente. »Ustedes no tienen ataques suicidas. No tienen que tener miedo cada día de caminar por la calle, de que cada mañana traen muertos a tus hijos a tu casa antes de que termine el día. Sus mujeres pueden caminar por las calles sin el burka. Me tengo que arrastrar al lado de las paredes, llena de vergüenza porque soy una mujer que va a trabajar. Todos me observan. Todos preguntan qué hago sola en la calle. Los canadienses son gente educada pero mataron a mi esposo y mi hijo, y mis hijos lloraron toda la noche y preguntaban una y otra vez por su padre. Si los extranjeros vinieron aquí para mejorar nuestra vida, entonces, han fracasado, y no tienen nada para hacer aquí. Prometían paz, carreteras, seguridad, una vida sin miedo. No han cumplido con una sola de sus promesas.«

Entonces, de pronto con una sonrisa inesperada dirige su acusación hacia su propio sexo. »Nosotras las mujeres somos como pájaros en una jaula. Si la puerta de repente se abriera, no sabríamos hacia dónde volar.« Otra vez le salta esa resistencia que debe de ser su fuerza diaria. »Es sólo el miedo del fusil que nos retiene.«

Raisa tiene 14 años y nació en Kandahar. Le sacaron de la escuela cuando tenía 11 años y estaba en cuarto año. Amaba la escuela y era buena en matemáticas. Quería ser profesora. »Ahora nunca voy a ser nada,« dice y mira hacia su regazo. Otra vez, esa expresión fatal »ser alguien«, tan llena de esperanza y sueños en una cultura en que uno no se convierte en nada sino sólo ocupa un papel que una tradición pesada ha prescrito. »Si hubiera ido a la escuela, tendría un futuro en que pensar. Sin la escuela, el matrimonio es mi futuro.«

Sin planes para la vida

Fue la presión de los vecinos que hizo a su familia sacarle de la escuela. Hubo un ataque a alumnas, les habían echado ácido en la cara y muchas chicas fueron retiradas de la escuela. Y también una ola de ataques suicidas atravesó Kandahar. El miedo de los padres era masivo. «Prefiero verte analfabeta que ver tu cuerpo esparcido por la calle,» decía la madre de Raisa. No es solamente el miedo de perder a su hija que hace pensar así a la madre. Si apareciera el cuerpo mutilado de Raisa con los miembros arrancados por la calle, avergonzaría a la familia.

Raisa tiene otras hermanas que casi terminaron los 12 años obligatorios de escolaridad. Pero siempre las retiraron de la escuela antes del examen final para casarse. Raisa ya no tiene planes para su vida. Pero tiene un sueño en nombre de Kandahar. Que un día, la ciudad sea un lugar donde puede hacer las compras en el bazar sin tener miedo y que las mujeres puedan caminar por la calle sin ser molestadas por los hombres.

Muslipa tiene 13 años. Nunca fue a la escuela. Una vecina le enseñó a recitar el Corán. Eso es todo. Desearía de buena gana ir a la escuela. Desearía de buena gana ser algo, otra vez esa palabra, 'algo', que revuelve en el seno de las mujeres jóvenes, como una resistencia, un sueño imposible, una esperanza rota. Pero su madre es viuda y el único deseo de Muslipa es hacer lo que dice la madre, y los mandatos de la madre son dictados por la ley férrea de necesidad. «Mi vida pertenece a mi madre,» dice con voz baja. Así que nada de escuela.

Muslipa visitó una vez a Herat donde vive una de sus hermanas. Herat es una de las ciudades más abiertas, liberales de Afganistán. Podía caminar libremente en la calle sin el burka, sólo

con un pequeño velo sobre el pelo. Puede ser que Muslipa sea analfabeta pero sabe eso: Kandahar es una cárcel y lo dice directamente.

Mendigos en el fondo

Todas las mujeres con las que hablamos han tenido un sueño de otra vida. Lo han recogido fuera de Kandahar, en un lugar tan miserable como un campo de refugiados en Pakistán, en un lugar tan inesperado como el régimen ayatolá en Irán, en un lugar privilegiado como los EEUU o sólo por abandonar la escuela. Su mundo ha sido expandido y enriquecido porque han visto un poco más de él. Han tenido una esperanza y un parámetro para el cambio.

Pero ahora lo que una vez fue una esperanza, se quedó como un dolor.

La electricidad va y viene otra vez en Kandahar. La corriente va por turno entre los barrios, así que los habitantes tienen que vivir con el suministro de electricidad que solamente funciona cada dos días. El entonces futuro presidente electo de Afganistán, Hamid Karzai, llegó de visita y prometió a los habitantes de Kandahar que dentro de seis meses tendrían electricidad durante las 24 horas del día. Eso fue hace 11 años.

También, fue aquella vez que el Occidente paternalista creía que el símbolo oficial de la falta de libertad de las mujeres afganas, el burka, podía ser abatido con una ametralladora o ser bombardeado al polvo en un ataque aéreo. Desde entonces, las mujeres de Afganistán han sido más inteligentes. No lo somos nosotros porque, convenientemente, nos hemos olvidado de nuestras promesas confiadas que, sobre todo, se basaban en desconocimiento. Las mujeres de Kandahar viven diariamente con nuestro abandono.

El tránsito en Kandahar es denso y alocado. No se respetan siempre las reglas de derecha e izquierda, y los costados rayados de los autos están con frecuencia a un centímetro o menos de una colisión. En el medio de este caos, en que vehículos militares americanos de 4-5 metros de altura que parecen torres de vigilancia rodantes, camionetas policiales verdes oscuras con ametralladoras 7,62 milímetros montadas sobre la plataforma y Toyota Corolla's blancos en todos los estados de decadencia, se maniobran imprudentemente uno sobre el otro, en este infierno de metal cortante y gases de escape, a menudo hay mujeres sentadas en el medio del carril, ocultas debajo de los burkas sucios y andrajosos. Mendigan. Mendigando, extienden una mano delgada.

Más profunda no podrá ser la degradación de las mujeres de Kandahar.

Entre un deseo de muerte y un grito de socorro, están sentadas ahí. Nos gritan desde el fondo del abismo que es a donde una guerra infinita y una misoginia profunda las han empujado, y de donde, a pesar de todas las promesas, no las hemos arrancado.

El dios invisible de la guerra guerrillera

En la guerra asimétrica, hay dos versiones de todo. Pero las balas y las bombas hablan su propio idioma. Lo mismo hace el miedo. Y los cadáveres de 12 niños muertos puestos en una fila larga.

Carsten Jensen

Anders Sømme Hammer

17 de mayo de 2013

Así se ve la guerra asimétrica de cerca.

La guerra asimétrica es la denominación a la forma de guerra en que unidades militares masivamente equipadas enfrentan un movimiento guerrillero que por su falta de armas compensa haciendo operaciones de precisión, emboscadas repentinas, apariencias imprevisibles y una desaparición igualmente imprevisible. Mientras que una de las partes de la guerra asimétrica está muy presente con las caravanas de suministro, tanques blindados, una artillería que retumba, y aviones de combate que pasan a baja altura sobre el paisaje, la otra parte ha desaparecido en el mismo paisaje en el que se mezcla con la población de la cual muchas veces nace.

Las guerrillas son campeones en salir corriendo del campo de batalla, dijo una vez un general americano con un sarcasmo desesperado que revela el sentimiento de impotencia.

»*Schock and awe*,« fueron las palabras que el ministro de defensa americano Donald Rumsfeld utilizaba en 2003 para describir el efecto que tenían que causar los bombardeos aéreos de Bagdad al régimen: horror y veneración, como si fuera un Dios del antiguo Testamento cuyo rostro aparecía en el cielo sobre la capital de Irak.

Sin embargo, el dios tan enojado de la guerra guerrillera oculta su cara. Siempre es incógnito, sin uniforme y si lleva armas, las esconde bajo la túnica de donde las saca en el último momento cuando la metralleta ya suena o el cinturón suicida explota. Es invisible hasta visibilizarse por un breve segundo y desaparece de nuevo. No inspira veneración a nadie. Siembra un temor progresivo que viaja dentro del cuerpo como un envenenamiento.

El enemigo vive en las montañas

Estamos yendo al corazón de la provincia de Kunar por la carretera principal que conduce a la capital provincial de Asadabad. Por todos lados, hay un despliegue masivo de militares. Están las milicias locales con y sin uniformes. Está la policía nacional que en una larga columna de 14 vehículos se abre camino por el tránsito mientras que un oficial policial, parado en la plataforma de carga de la primera camioneta verde Ford, grita en un megáfono para obligar al tráfico opuesto irse al costado. Están los Humvees camuflados del ejército afgano y de las fuerzas de seguridad debajo de los cedros a lo largo de la carretera. Están los enormes tanques de color arena de las fuerzas americanas con las torretas girantes en el techo. Y todos tienen su potencia de fuego masiva apuntando hacia el mismo lugar, como si un invisible campo de fuerza magnético arrastrara los cañones de fusil. Hacia la montaña que la carretera bordea, y de donde un ataque puede desatarse en cualquier momento.

O no desatarse.

En la valle fértil, están los campos de trigo maduros con un brillo dorado, aterciopelado esperando ser cosechados. Sobre el río Kunar reluciente por el sol se bambolean los puentes colgantes que solamente son transitables de pie. Montañas lejanas se esfuman en matices de azul. Sus cumbres nevadas flotan ingravidamente en una línea zigzag a través del cielo. Están las mujeres en vestidos coloridos con un sólo velo arrojado sobre el pelo. Están los chicos y las chicas trabajando en los campos o caminando por la carretera con grandes haces de arroz sobre las cabezas. Están los hombres viejos que desde el borde de la carretera acercan una canasta tejida para pedir limosnas para la mezquita local cuya cúpula pulida ilumina entre los campos de trigo.

Y también están los globos de vigilancia gigantes, blancas en forma de zepelines que desde lo alto revelan la presencia de las bases americanas. Están los helicópteros Chinook revoloteando entre las laderas de las montañas.

Están los tubos de fusiles y de cañones salientes que sin importar el calibre apuntan al mismo lugar.

Están las manchas grandes, negras de asfalto derretido de las carreteras donde un camión petrolero atacado ha sido incendiado.

El enemigo es invisible pero real.

Kunar es una leyenda

Y nos encontramos en un Toyota Corolla blanco en el medio de una caravana militar de camiones petroleros, tan desprotegido como todos los otros vehículos civiles que están obligados a ir por esta carretera en el medio del paisaje sonriente, indiferente de Kunar.

En los medios de comunicación americanos, Kunar no es sólo un paisaje hermoso. También es mitológico. Es aquí donde el fotógrafo americano Tim Hetherington, que luego fue asesinado en Libia, junto con el escritor Sebastian Junger, filmó su documental *Restrepo*. Es aquí donde Sebastian Junger escribió su bestseller monumental *War* sobre la lucha perseverante pero infructuosa del Cuerpo de Marines contra los insurgentes locales en la Korengal Valley que en los medios de comunicación americanos fue bautizado como el *Valle de la muerte*. Es aquí donde el capitán de Cuerpo de Marines, Antonio Salinas, homenajeó el oficio sangriento de la guerra en el libro *Siren's Song* en el que Kunar es descrito como «un lugar donde la belleza salvaje y la muerte se encuentran en cada instante y en cada aliento».

Es un paisaje que los marines llaman tanto «el cuartel general del enemigo» como «tierra de indios» haciendo eco a la mitología inextirpable del Oeste de los EEUU. La máxima condecoración del ejército americano es la Medal of Honour (sic). Solamente ha sido concedida siete veces durante la guerra en Afganistán, las cuatro veces para soldados prestando servicio en Kunar que desde 2006 ha mantenido el primer puesto como la provincia más violenta de Afganistán, ni siquiera destituida por Helmand cuya población es tres veces mayor.

Kunar comparte la frontera con las notorias provincias del Noroeste de Pakistán donde las fuerzas fundamentalistas son fuertes, y esta es parte de la explicación a la intensidad de la rebelión. Los bosques tupidos que crecen al pie de las montañas de Hindukush constituyen un terreno ideal para la guerra guerrillera, y hay tradiciones antiguas de contrabando de madera y armas de un lado para otro de la frontera que nadie respeta. Son otras piezas para una explicación.

Pero hay una más: fue después de una visita a Kundar que un oficial de la Marina condecorado y veterano de la guerra de Irak, Matthew P. Hoh, en condición de asesor del Estado americano, sacó una conclusión asombrosa. No se podía ganar la guerra en Afganistán. Vio una rebelión que, por todos lados, fue impuesta por un gobierno corrupto y la sola presencia de las tropas extranjeras y que, como siempre, provenía de causas locales que cambiaban entre una valle aislada y la siguiente. Y además: consideró las mil rebeliones como justificadas. En una carta abierta a sus superiores, emitió un juicio sobre una guerra que consideraba errada y, luego, se retiró del servicio.

Castigado por advertir

En Jalalabad, el día anterior a nuestra visita a Kunar conocimos a Haji Rohullah Wakil, un jefe tribal influyente de la provincia guerrera. En 2001, sólo poco tiempo después de la invasión americana, acudió a las fuerzas americanas locales para advertirles que ellos con su escasez conocimiento local no tenían la menor posibilidad de rastrear a al-Qaeda al que él también consideraba como un enemigo suyo y de Afganistán. Cuando salió por la puerta de la base, fue rodeado por marinos, le taparon con una capucha y le esposaron. Pasó cinco meses

de interrogaciones constantes en la base de Bagram de donde le mandaron a una estadía de seis años en Guantánamo antes de que lo liberaran finalmente en 2008.

Si uno quiere saber cómo Wakil había vivido en Bagram, sólo cuesta el precio de una entrada al cine para ver la película *Zero Dark Thirty* que con un realismo horripilante retrata las escenas de interrogación de la base americana en las afueras de Kabul. *Waterboarding*, la muerte por ahogo famosa, simulada no la sufre. Pero en un momento, pasa 20 días encadenado a una pared con los brazos en una posición dolorosa sobre la cabeza. No duerme.

Durante toda la entrevista, Wakil se mueve hacia adelante y hacia atrás. Cuando llega a este punto de su relato, sus manos trabajan febrilmente con el rosario. «No puedo hablar más de esto,» dice. «¿Qué sentido tiene?»

Wahil había sugerido a los americanos hablar con los talibanes locales que estaban dispuestos a la reconciliación y fue esa propuesta que en los ojos de ellos lo definió como terrorista. «Si solamente me hubieran escuchado aquella vez, podríamos haber evitado todo esto, « dice. «Si los americanos hubieran extendido la mano en lugar de hacer la guerra contra el Talibán, tendríamos hoy paz en vez de guerra.»

La versión de los asesinados

Ahora, hemos recorrido una hora y media por el interior de Kunar. Pero no estamos aquí *embedded* con el ejército americano para quedarnos en una base militar mirando desde adentro para afuera. Estamos en el medio del paisaje mirando desde afuera para adentro.

Hace sólo tres semanas, un puesto de control ocupado por soldados élites afganos fue atropellado por el Talibán y esos soldados, que tienen un papel decisivo en la estrategia de salida optimista de la OTAN, fueron masacrados hasta el último hombre. No es por eso que estamos aquí. Estamos aquí por un evento que tuvo lugar el 6 de abril cuando aviones de combate americanos bombardearon un pueblo en el Distrito Shigal de Kunar y mataron a 25 personas, 12 de ellas niños. Hemos visto una grabación de los medios de comunicación afganos en la que una cámara contempla los muertos. Los niños parecen dormir con pedazos de ropa atados a los pequeños cuerpos y sólo visibles los rostros ilesos como si fueran paquetes de correo esperando ser enviados hacia el más allá.

El presidente Karzai utilizó el ataque como una oportunidad para otra de sus descargas propagandistas contra sus aliados americanos ya que, otra vez, retoricamente llamó la atención sobre la prohibición reciente de bombardeos aéreos, una prohibición que ninguno de los aliados de la OTAN piensa respetar, y que ni siquiera Karzai toma en serio.

Queremos hablar con los parientes de los muertos y escuchar su versión de la historia.

Hemos hablado con el gobernador de Kunar, Sayed Fazlullah Wahidi, y estamos autorizados para viajar por su provincia. Hemos hablado con los ancianos del pueblo donde tuvo lugar el bombardeo y, con su palabra de honor, han garantizado nuestra seguridad. El pueblo es conocido como una bastión del Talibán y, por eso, nos dan una advertencia. »No pueden entrar a nuestro pueblo. Pues nunca más saldrán.«

Vamos a encontrarnos con cuatro parientes de los muertos a 10 kilómetros del pueblo, no en territorio neutral porque en Kunar no hay territorio neutral, sino en el centro comunitario

cercano. Hasta ahí llega una palabra de honor en Kunar. Solamente vale para el camino al y del centro comunitario en Shigal, ni un kilómetro más.

De acuerdo con el Talibán

El Talibán sabe que estamos llegando y accede a dejarnos pasar ilesos por los caminos secundarios que constituyen el único acceso al centro comunitario porque estima que también es en su interés que la historia sobre los niños muertos será contada en tantos lugares que sean posibles. Hemos hablado con el gobernador del distrito, con el jefe de seguridad local y con el jefe de la policía local. Ellos también han aceptado asistir al encuentro, probablemente de acuerdo con los órdenes de más arriba. No solamente manejamos en un paisaje. También, manejamos en el medio de un juego de poder.

Después de una serie de adelantamientos arriesgados, acabamos de dejar atrás la caravana militar, con su cortejo infinito de camiones petroleros que, en el fondo, no son otra cosa que bombas incendiarias rodantes, cuando suena el celular. Se presenta un actor nuevo, el vice gobernador Faridullah Hussam, que nos ordena pasar por su oficina en la capital provincial de Asadabad antes de continuar al centro comunitario. Nos miramos con resignación. Suponemos que nuestros planes cuidadosamente trazados acaban de fracasar. Hussam es un subordinado que sabe si nos pasa algo, sus superiores le responsabilizarán a él. Aquí acaba nuestro paseo en Kunar.

La oficina de Hussam está llena de hombres altos, delgados, bien cuidados que visten la ropa tradicional *shalwar kameez*. También, el mismo vice gobernador se ve igual, con pelo canoso y barba recortada. Faridullah Hussam parece más que nada a un intelectual del sur de Europa

cuando se levanta de su lugar detrás de su computadora Dell que acaba de usar para entrar en Facebook. Apenas nos da la mano antes de iniciar una serie de llamadas telefónicas. »Es una historia importante que tienen para contar,« dice durante una pausa. »Solamente, quiero asegurarme que el tramo restante es seguro.« Con una sonrisa tímida, nos confía que tiene un pasado como periodista y que aquel tiempo era el mejor de su vida.

Cuando continuamos por el camino de Asadabad al centro comunitario en Shigal, que está a 20 minutos de viaje, no hay ningún tránsito. Antes había un despliegue masivo de vehículos militares de todas las defensas oficiales y no oficiales afganas, desde las milicias hasta la policía y desde el ejército nacional hasta las fuerzas americanas. Ahora el camino está desierto. Tampoco hay tránsito civil. No es porque el camino es seguro. Es porque es inseguro. Estamos aquí nomás por una promesa, por un acuerdo entre hombres que no conocemos que han dado su palabra de honor.

Universidad de

San Andrés

En realidad, el centro comunitario en Shigal es sólo una unidad administrativa, una serie de edificios de oficinas bajos. Ahora, han construido alrededor un campamento militar de murallas hechas de balas HESCO provenientes de la OTAN. Dentro de las murallas, abundan de soldados y policías y de gente de seguridad. El estacionamiento está lleno de Humvees pintados de camuflaje con ametralladoras instaladas en los techos. Fuera de la puerta principal, están los restos de un tanque ruso de la guerra anterior y se oxidan debido a los 25 años bajo el sol. No es difícil ver por que la muralla alrededor del centro comunitario es tan masiva. Hay algunos que recuerdan la historia de Afganistán y temen que un día serán los Humvees que se oxidarán bajo el sol como un testimonio de otra derrota para una fuerza invasora extranjera y sus aliados afganos.

Un miedo realista

Nos encontramos con el gobernador de distrito, el jefe del servicio de seguridad y el jefe de policía. No está permitido sacarles fotos. No quieren indicar sus nombres y visten toda ropa civil, *shalwar kameez'es* recién planchados y los sombreros tradicionales de los hombres del este y del norte de Afganistán, la gorra de lana parecida a la boina, el *pakul*. Dos de ellos deberían llevar uniformes siendo los representantes oficiales del Estado afgano que son pero son hombres en estado de sitio y prefieren el anonimato.

El gobernador de distrito invita a un almuerzo en una habitación que es tanto su oficina como su dormitorio. El almohadón en el piso que nos invita a usar para sentarnos, también es su cama y, en una esquina, hay dos kalashnikov apoyados contra la pared. Tiene un pasado como guerrero muyahidín durante la lucha contra los rusos y está preparado para cualquier situación, también para una última defensa personal si los talibanes una noche toman el centro comunitario. Lo han intentado muchas veces. También a plena luz del día. La experiencia de la guerra también marca su reacción a la historia que hemos venido a investigar, los 12 niños que fueron víctimas del bombardeo. La casa en la que se encontraban los niños muertos, pertenecía a un comandante del Talibán. Así es la guerra, dice lacónicamente mientras que se encoge negativamente de hombros. En Kunar, nadie quiere disimular.

Tampoco lo hace el jefe de policía cuando le preguntamos sobre la situación en el distrito preparándonos para el discurso habitual que siempre sale de la boca de los empleados gubernamentales que el Talibán, o son extranjeros que vienen de afuera o está de rodillas en las últimas, mientras que el 98 por ciento de la población no sólo apoya sino incluso ama al gobierno de Karzai. »Los que apoyan al Talibán, apoyan al Talibán y los que apoyan al

gobierno, apoyan al gobierno. Aquí no hay nada que cambia,« dice en seco el jefe de policía. Permiso para mentir no hay en Kunar. Los muros fortificados alrededor de nosotros hablan por sí mismos y desde la torre de vigilancia del campamento, podemos ver el valle de Sahota que es tierra del Talibán y de dónde los insurgentes a pesar de ataques incontables nos se dejan correr.

Los hechos oficiales

Entonces, entran a la sala de reuniones del centro comunitario en la que, después del almuerzo, nos hemos sentado en los sofás profundos. Cuatro hombres larguiruchos con barbas grandes y rostros oscuros debajo del pakul. Todos ellos han perdido a familiares en el ataque a su pueblo en el valle de Sahota. Viven entre 370 y 400 familias en el pueblo. Tres casas fueron destruidas. 25 personas fueron muertas, entre ellas, siete guerreros talibanes, 5 mujeres, 12 niños y un anciano que trabajaba como pastor.

Estos son los hechos oficiales.

El jefe de seguridad y el gobernador de distrito se quedan sentados durante la entrevista. Sus miradas son atentas y hay un enojo creciente en sus ojos a medida de que avanza el relato. Para ellos, estos hombres no son campesinos inocentes que han perdido a sus parientes durante un bombardeo aéreo violento. Son sus enemigos mortales que están sentados ante ellos. Estos hombre son cómplices. Sean simpatizantes activos o pasivos del Talibán, es para el gobernador de distrito y el jefe de seguridad menos importante. Han venido aquí con la bendición del Talibán. Es lo que cuenta.

La hija de Mohammed Hashim fue herida durante el ataque. Seeaj Aqeebullah perdió a su hija y a su nieto de tres meses. Mokram Khan perdió a su hija. Seed Agha que es el joven de los presentes, perdió a su hermana y con ella seis sobrinos y sobrinas de tres meses a 14 años de edad. Todos estaban en la casa que recibió un impacto directo.

La casa pertenecía a Ali Khan, el comandante talibán local del pueblo. Los cuatro hombres están todos relacionados con él. O son sus primos o tienen hermanas o hijas que están casadas con los hijos del comandante. Era Ali Khan que las fuerzas especiales americanas vinieron a buscar, y él asimismo fue muerto junto con otros seis de sus hombres durante los combates posteriores.

Hasta ahora parece una historia conocida y es también así que ha sido presentada en los medios de comunicación afganos y americanos: otra vez, el Talibán ha utilizado a civiles como escudos humanos. La misma casa desde la que los insurgentes disparan, también está llena de mujeres y niños. Según la OTAN, la casa en la que fueron muertos las mujeres y los niños, nunca recibió un impacto directo. Sus muros de barro frágiles colapsaron por la presión de una bomba que cayó no muy lejos.

Visto desde el pueblo

Pero los habitantes del pueblo solamente utilizan piedras como material de construcción, no barro y pajas. En las grabaciones de la casa destruida, que pudimos acceder, podemos observar que los muros colapsados están compuestos por piedras pesadas y argamasa, una mezcla sólida que no se deja derribar por una simple presión de aire.

La versión de los aldeanos sobre el ataque al pueblo también es otra.

Según sus explicaciones, las tropas afganas y las fuerzas especiales americanas rodean el pueblo alrededor de las 11 de la noche. Más o menos a la misma hora, el comandante talibán Ali Khan y sus hombres desaparecen en la oscuridad. Las mujeres y los niños se quedan solos en la casa cuando las fuerzas especiales americanas invaden la casa y los juntan en una habitación. Por su propia seguridad, son ordenados a no dejar la casa. Inmediatamente después, empieza el bombardeo que dejará a 18 civiles, 12 de ellos niños, sin vida.

En la versión de los aldeanos, no hay pues ningún guerrero talibán en la casa cuando fue blanco de las bombas. Los siete talibanes de la lista de víctimas fueron muertos durante un combate con los americanos que dura más de 10 horas, desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

»Está bien luchar contra el Talibán pero no contra mujeres y niños,« dice uno de los hombres del pueblo.

Ya es demasiado para el jefe de seguridad. »No hablen todo el tiempo de los niños,« grita.

»¡Ustedes son todos talibanes!«

»Nuestra vida es difícil,« dice Mokram Khan, un hombre canoso de ojos verdes, sin inmutarse. »Nuestro cementerio crece todo el tiempo. Así ha sido durante los últimos ocho-nueve años. Nuestros hijos lloran cuando escuchan el sonido de un helicóptero. Nuestras mujeres tienen miedo de ir a los campos. Si hubiera un campo de refugiados cercano, nos mudaríamos allí. Pero no tenemos adonde ir. Tenemos miedo día y noche.«

‘No los creas’

La entrevista ha terminado. Los cuatro hombres se levantan sin despedirse de los dos representantes oficiales del gobierno afgano, que demostrativamente se quedan sentados. Cuando han salido por la puerta, estalla el jefe de seguridad. »¡Les mienten! Tienen miedo del Talibán. Si dicen la verdad, van a tener problemas. Por supuesto, saben quien es el Talibán. Son sus parientes. Cada día rezan con ellos en la mezquita. Y, por supuesto, las niñas no van a la escuela. Solamente dicen lo que creen que ustedes quieren escuchar. Karzai no debería nunca haberles pagado ninguna compensación. Van directamente a comprar armas con el dinero.«

El jefe de policía, que ha aparecido de nuevo, asiente afirmativamente. »El Talibán aquí en este distrito, son los locales. No vienen de afuera aunque la frontera de Pakistán está cerca. Los ataques al centro comunitario, a los americanos, a nuestros puestos de control, siempre vienen del mismo pueblo. »¿Qué creen que va a pasar si regresan con ellos? Les degollarían y les colgarían de un árbol. ¡No son humanos!«

Los tres se miran y como si la oscura predicción del jefe de policía de pronto les hubiera hecho entender algunas cosas, declaran que nos darán una escolta policial al volver a Asadabad. Dos oficiales se ubican en la cabina del auto policial verde oscuro, mientras que otros dos suben a la plataforma de la camioneta donde se acuestan y aparentemente se duermen aún antes de que hayamos tomado la primera curva del camino desierto. El chofer, que debe de ser su superior, frena bruscamente, salta del auto y les da una reprimenda. Dormidos, se levantan. Colocan las cananas pesadas sobre los hombros y preparan la

ametralladora cuyo cañón apunta al mismo lugar que todos los otros cañones de Kunar: a la montaña más cercana.

Así se ve la guerra asimétrica.

Hay dos versiones de todo. Pero las balas y las bombas hablan su propio idioma. Y el miedo.

Lo mismo hacen los cadáveres de 12 niños muertos puestos en una larga fila.

Y todavía podemos escuchar al jefe tribal, el preso liberado de Guantánamo, las palabras de

Wakil: »Podríamos haber evitado todo esto.«



Universidad de
San Andrés

PROYECTO HAMBRE

1. Dacca, Bangladesh

Martín Caparrós

26 de marzo de 2012

Estoy lejos de casa –y en un lío. En Dacca, Bangladesh, acabo de empezar el trabajo de campo para un libro que llevo años preparando. Todavía no sé su título pero sé que seguramente incluirá la palabra hambre, porque de eso se trata: una crónica/ensayo sobre uno de los temas más manidos y olvidados de este mundo de olvidos. Y, también: una tentativa de pensar sobre los trucos que nos permiten vivir más o menos tranquilos mientras mil millones de personas pasan hambre, se mueren de hambre. Para intentarlo estoy aquí; para intentarlo voy a seguir en los próximos meses por Asia, África, América Latina. Y a veces este blog mostrará momentos de esa búsqueda: imágenes, fragmentos, confusiones, los apuntes de un trabajo en curso.

Dacca es la capital de Bangladesh: una ciudad de 15 o 20 millones de habitantes -nadie sabe seguro- adonde cada día llegan miles y miles de inmigrantes campesinos que huyen de las deudas, las inundaciones, el hambre, los rencores. Llegan con la ilusión de la ciudad que va a cambiar sus vidas. Muchos de ellos terminan en los inmensos slums –villas miserias, poblaciones, chabolas, favelas, callampas, cantegriles– que la atraviesan. Kamrangirchar, la más grande de todas, es una isla en el río Buriganga. En 1980 tenía 2.800 habitantes; ahora quizá medio millón. Todos son, por lo tanto, migrantes: personas que lo intentan.

Shahalla dice que está atrapada: que no puede salir a trabajar porque no tiene con quién dejar a sus hijos porque en Dacca no tiene familia porque se vinieron del pueblo después de aquella inundación para ver si en Dacca les iba mejor pero no pasó nada, porque el inútil de su marido –dice “el inútil de mi marido” con un odio que le chispa los ojos– no quiere trabajar como debiera, como los hombres deben: que dice que no puede tirar del rickshaw o cargar ladrillos más de diez horas por día, que le duele todo, que ella no sabe lo duro que es eso, y ella que eso es lo que los hombres hacen y él que ella qué sabe y ella que lo que sabe es que. Y que entonces a veces tienen para comer y a veces no, y los días en que sus hijos la miran con hambre calladitos a veces piensa si matarlo no sería mejor y le parece que no pero no está segura.

–Si me meten presa, quién se va a ocupar de los chicos...

Shahalla tiene 23 años, una nena de siete, un nene de uno, y el nene no camina, no crece, no hace dientes, no hace nada de lo que un nene de un año debería. Y últimamente ya no come.

–Siempre comió el arroz que le daba, pero ahora no quiere.

Para muchos, aquí, comida y arroz es la misma palabra. A veces, una vez por semana, un trozo de verdura, la sopita de lentejas; cada mes, cada dos meses, algún resto de carne o medio huevo. Shahalla tiene rasgos tirantes, los huesos muy marcados, y se siente atrapada, dice: que cayó en una trampa. Pero romper un matrimonio es muy difícil cuando una mujer no tiene ninguna otra opción:

–¿Qué voy a hacer, volver a la casa de mi papá en el pueblo? Él ya tiene muchos hijos que mantener, no consigue darles de comer.

Su marido le quitó casi todo pero le dio, al mismo tiempo, una forma de explicar el mundo:

–Todo el problema es él. Si no fuera por él podríamos comer todos los días.

–Si tu marido fuera muy trabajador, ¿podrías tener una casa grande con un baño y una cocina para vos?

–Sí, claro.

Dice Shahalla, y le pregunto qué le gusta hacer cuando no tiene nada que hacer.

–Bueno, siempre tengo algo que hacer. Hay que limpiar, lavar, cocinar, todo el tiempo ocuparse de los chicos.

–Pero si en algún momento no tenés nada...

–Entonces juego con los chicos.

–¿Y alguna otra cosa?

–¿Qué otra cosa?

A Shahalla sus hijos le importan más que nada, y ahora está preocupada: ella sabía que si no comían la pasaban mal pero creía que si al final comían no pasaba más nada, y una médica de MSF le acaba de decir que no es así, que si sus hijos siguen comiendo mal van a tener muchos problemas cuando crezcan porque van a crecer menos y a aprender menos, dice, y que eso le dolió porque ella tendría que haber hecho otra cosa, dice, ser capaz de darles lo que necesitan, dice, una lágrima sola.

En Dacca me recibe Médicos sin Fronteras (sección Bélgica), que hace un gran trabajo en su centro de Kamrangirchar tratando la malnutrición crónica en chicos y madres jóvenes. Los MSF ven más de cien pacientes por día, y su principal problema es cómo tratar una enfermedad que sus víctimas no perciben como tal: en general, la malnutrición no mata; matan las enfermedades que un organismo desnutrido no consigue rechazar. O, si no, la malnutrición produce vidas disminuidas: los chicos desnutridos no desarrollan sus cuerpos y sus mentes, se condenan a vivir poquito.

Mohamed Masum llegó de su pueblo hace tres meses, lleno de ilusiones. Mohamed tenía un trozo de tierra que plantaba –arroz, algún plátano, algún mango– pero tuvo que dejarlo: desde que se casó, sus hermanos le hacían la vida imposible.

–No sé, no les gustaba Asma, me decían que era pobre, que no tenía dote.

Pero él la había visto en el pueblo, le gustaba, le dijeron que era trabajadora y buena y decidió casarse; al final sus hermanos la aceptaron y todo se tranquilizó. O eso parecía; ahora, con la enfermedad de su padre –cuando todos saben, dice, que su padre se va a morir muy pronto– las peleas por la herencia se pusieron tan brutas que él prefirió vender su parte e irse.

–¿Es una herencia grande?

–Y, sí. Son tres trozos de tierra de cuarenta o cincuenta metros cada uno.

A Mohamed no le importó: hacía tiempo que quería venir a Dacca. Siempre le habían dicho que en la ciudad la vida era otra cosa.

–Yo sabía que la gente que vive acá tiene vidas cómodas, tranquilas, felices, que puede ganar bastante plata.

–¿De dónde lo sacaste?

–Gente que me lo había contado. Y alguna vez lo ví en la televisión, en mi pueblo, en la plaza.

Ahí se ve que la gente de Dacca vive bien.

–¿Y seguís pensando lo mismo?

–Claro. Estoy teniendo una vida feliz y próspera, así que me voy a quedar acá.

Acá es su pieza de dos por tres –chapas y palmas– sin ningún mueble: nada. Mohamed es flaco, fibroso, cara de guerrero bengalí: un tigrecillo de Sandokán en el lugar equivocado.

Asma tiene una sonrisa amable, plácida. Y alrededor revolotean sus tres chicos, todos en la pieza. Mohamed trabaja pedaleando un rickshaw: un triciclo que lleva uno, dos, cuatro pasajeros.

–¿Qué es lo peor del trabajo del rickshaw?

–Lo peor es que es muy muy cansador. Es lo más cansador que hice en mi vida.

–¿Cuánto ganás por día?

–Y, según los días. Puede ser 200, puede ser hasta 400 takas.

Que son casi cinco dólares. Le pregunto qué es lo bueno de trabajar un rickshaw.

–Nada. Pero no tengo plata ni conozco a nadie; por ahora es lo único que puedo hacer. Igual yo siempre quise estar en Dacca, así que ahora estar acá me hace sentir feliz. Pero es verdad que en mi pueblo siempre tenía algo para comer. En cambio acá si no puedo trabajar no como. Ahora hace dos días que no me siento bien y no puedo ir a trabajar, ya nos quedamos sin comida. Eso no es tan agradable.

Es la zozobra de buscarse la vida cada día. La ecuación es muy simple: no hay reservas. Si hoy consigue plata, su familia y él comen; si no, no. La famosa seguridad no existe: hay que salir y ver, y puede ser y puede no ser. Y su mujer asiente y después tiene que salir para llevar a un hijo a hacer pis afuera y entonces, en voz baja, como para que no lo oiga, Mohamed dice que a veces se le hace muy pesado, que la responsabilidad es muy pesada, que saber que si él no trae ninguno de los suyos come es muy pesado, que a veces sabés qué.

–No, no sé.

–A veces creo que sería mejor ser una mujer.

Dice y alza las cejas, como si se asustara de sus propias palabras. Nos miramos, yo no sé qué decirle. Asma vuelve con el nene y dice que si estamos hablando de no tener comida deberíamos callarnos, si no nos da vergüenza.

–De esas cosas no se habla. ¿Para qué vamos a hablar? Ya bastante tenemos con lo que nos pasa.

Unas son chozas de paredes de lata, techo de palma, suelo de tablonces desparejos, sostenidas apenas por unas cañas de bambú muy largas enterradas en el pantano tres metros más abajo. Sus habitantes viven, más allá de metáforas malas, en equilibrio tan precario: para salir de sus casillas, para cocinar, para lavarse, caminan por puentecitos hechos de tres o cuatro bambús -y abajo el agua negra, hedionda: el olor de sus vidas.

Otras son como conventillos, solares, inquilinatos degradados: veinte o treinta cuartos precarios amontonados alrededor de un par de patios, unas hornallas y una letrina y una bomba de agua. En cada cuarto hay una cama que lo ocupa todo, sin colchón –una tela sucia sobre tablas–, las paredes de chapa con agujeros grandes como gallinas, trapos colgando, alguna cacerola, un par de ropas rotas. Es difícil tener -haber, poseer, ser propietario de- menos que esto.

Momtaz está indignada porque ayer tuvo que llevar a un hospital a su hijo de dos años que se había cortado un dedo con un cuchillo y sangraba sin parar, y le pusieron ocho puntos pero cuando se quiso ir no la dejaron porque no tenía con qué pagar el tratamiento. Eran 1000 takas –poco más de 10 dólares– y la retuvieron varias horas, dice, con una mezcla de horror y vergüenza en la cara todavía. No la dejaban salir, estaba como presa, dice, y sus hijos en la casa solos, sin nadie que los cuidara y les cocinara algo, y el arroz a punto de acabarse y esos señores que la tenían como presa. O más bien presa, dice: presa. Fueron horas horribles; al fin una tía consiguió la plata y fue a buscarla. Ahora Momtaz no sabe cómo va a devolverla: –Con esa plata nosotros comemos diez, quince días. Yo no puedo dejar de comer todo ese tiempo para pagarla.

Dice, y lo dice en un tono monocorde, como sin emoción -que es la emoción más bruta.

–No sé qué hacer, estoy desesperada.

Momtaz estaba sola: su esposo se fue al pueblo hace unos días porque se sentía enfermo y quería descansar: el rickshaw, dijo, lo estaba matando. Le dejó quince kilos de arroz y la promesa de que volvía en unos días, pero el arroz ya se está terminando. Momtaz no se acuerda cuándo fue que se casó ni cuándo vino –con su marido– de su pueblo: Momtaz se acuerda de muy poco, sigue hablando del desastre de ayer, de la deuda, del arroz que se acaba.

–¿Te parece que tu vida va a mejorar?

–No sé. Ya veremos más adelante.

Momtaz es flaca, chiquitita, los ojos como velados, arrugas de otra edad: formas de la tristeza.

–¿Qué podrías hacer para mejorarla?

–No sé, ahora yo no puedo hacer nada para mejorarla. Pero cuando mis hijos sean mayores voy a poder trabajar y ganar un poco más de plata.

Que sus chicos la mantengan cuando crezcan, que ojalá pudieran ir a la escuela, que si consiguieran la plata para los libros podrían mandarlos a la escuela. Los chicos parecen todos parejamente chicos, como si tuvieran una misma edad; en realidad tienen problemas serios de desarrollo por falta de alimentación. Son de esos chicos que no tienen chances: crecerán poco, con la inteligencia probablemente disminuida por esa carencia –y serán, con suerte, mano de obra bruta y muy barata.

–Pero lo que quiero para ellos es que tengan una vida tranquila, que tengan un futuro. No como mi vida, que está llena de miserias, siempre hay algo...

Le pregunto por qué tiene que vivir así, de quién es la culpa; Momtaz me mira como si la pregunta fuera demasiado difícil o brutal o superflua, vaya a saber, y se calla la boca. Un hijo le manotea la cara; Momtaz le aparta la mano, casi violenta. Después habla:

–La culpa es mía.

La culpa es suya, dice, porque tuvo demasiados hijos. Que tendría que haberse controlado, que se lo dijeron tarde, que si hubiera sabido antes, que si hubiera tenido solo dos hijos todo sería distinto; que todo sería distinto, dice, compungida. Que la culpa es suya, dice, insiste.

Hay discursos que son, por decirlo de una manera fina, un gran tarro de mierda.



Universidad de
San Andrés

2. Calcuta y su madre

Martín Caparrós

6 de abril de 2012

Acabo de pasar dos días por Calcuta, rumbo al estado indio de Bihar: caminos del Proyecto Hambre. Pero Calcuta ya no se llama Calcuta sino Kolkata, porque los indios decidieron independizarse de la cacofonía británica que tanto mal le ha hecho a los nombres del mundo. Sólo porque los ingleses no saben escribir la jota abundan los Khomeiny, Khartum y Khadafi que eran Jadafi, Jartum y Jomeini; porque los ingleses pronuncian la al como una casi ol y la uta como un tipo de ata, Kolkata se pasó tres siglos llamándose Calcutta. Ya no.

Paso, entonces, de paso. Tengo dos días para nada y se me ocurre ir, una mañana, a ver el viejo moritorio de la señorita Madre Teresa de Kolkata, por si acaso también cuidan moribundos desnutridos –y puedo incluirlo en mi trabajo. El moritorio estaba cerrado, abandonado; en la entrada dormían tres vagabundos.

Me quedé un rato, recordando. Hace 18 años estuve en este lugar. Escribía un libro de viajes por la India, Dios mío, y me impresionó la consistencia de una ideología. El moritorio de la madre Teresa estaba al lado del templo de Khali y servía para morirse –un poco– más tranquilo. La madre Teresa lo había fundado en 1951, cuando un comerciante musulmán le vendió la mansión por muy poco dinero porque la admiraba y dijo que tenía que devolverle a Dios un poco de lo que Dios le había dado –o algo así.

Cuando fui, las paredes estaban pintadas de blanco y había carteles con rezos, vírgenes en estantes, crucifijos y una foto de la madre Teresa con el papa Wojtyla. “Hagamos que la

iglesia esté presente en el mundo de hoy”, decía un cartel justo debajo. La sala de los hombres tenía 15 metros de largo por 10 de ancho. En la sala había dos tarimas de material con mosaicos baratos, que ocupaban los dos lados largos: sobre cada tarima, 15 catres, en el suelo, entre ambas, otros 20. Los catres tenían colchonetas celestes, de plástico celeste, y una almohada de tela azul oscuro; sábanas no. Sobre cada catre, un cuerpo flaco esperaba el momento de morir.

En esos días, los voluntarios del moritorio recogían en la calle moribundos y los llevaban a sus catres celestes, los limpiaban y disponían para una muerte arregladita.

–Esos de las tarimas están un poco mejor y puede que alguno se salve.

Me dijo entonces Mike, un inglés de 30 con colita, tipo bastante freakie, que se empeñaba en hablarme en mal francés.

–Los de abajo son los que no van a durar; cuanto más cerca de la puerta, peor están.

En la sala del moritorio se oían lamentos pero tampoco tantos. Un chico –quizás fuera un chico, quizás tuviera 13 o 35– casi sin carne sobre los huesos y una bruta herida en la cabeza gritaba Babu, Babu. Richard, grande como dos roperos, rubio, media americana, maneras de cura párroco en Milwaukee, comprensivo pero severo, le daba unos golpecitos en la espalda. Después le llevó un vaso de lata con agua a un viejo que está al lado de la puerta. El viejo estaba inmóvil y la cabeza le colgaba por detrás del catre. Richard se la acomodó y el viejo reptó con esfuerzo para que le colgara otra vez.

–Este está muy mal. Entró ayer y lo llevamos al hospital pero no lo aceptaron.

–¿Por qué?

–Dinero.

–¿Los hospitales no son públicos?

–En los hospitales públicos te dan cama para dentro de cuatro meses. No sirve para nada. Nosotros tenemos una cuota de camas en un hospital privado cristiano, pero ahora las tenemos todas ocupadas, así que cuando fuimos nos dijeron que no. Acá no estamos en América; acá hay gente que se muere porque no hay cómo atenderla.

Richard me contó, aquella vez, sobre uno que había entrado un mes antes con una fractura en la pierna: no lo pudieron atender y se murió de la infección. Y quería seguir con más casos: no era raro, me explicó, que alguien se muriera sin dar mucha pelea.

–No podemos curarlos. No somos médicos. Tenemos un médico que viene dos veces por semana, pero tampoco tenemos equipos ni ciertos remedios. Lo que hacemos es confortarlos, cuidarlos, darles afecto, ofrecerles que se mueran dignamente.

En esos años, la madre Teresa ya era la madre Teresa, famosa en todo el mundo, llena de donaciones y recursos -que no usaba para pagar un buen servicio médico en su sede central.

Aquella vez terminé mi visita diciendo que “(mientras camino, pienso que) me gustaría poder describir el moritorio de la madre Teresa como el ente más noble y elevado, pero al cabo de un rato empieza a molestarme toda la cuestión: esta idea beata de recoger algunos moribundos por la calle para lograr que se mueran limpios. Sigue la caminata, y se me agrava la molestia: al rato, me pongo más rojo que en mis tiempos más rojos, y se me ocurre como una obviedad tardía que si quieren hacer algo por esa gente me gustaría que fuera ayudarlos a vivir mejor, no a morirse mejor. Es cierto, por un lado, que para ocuparse tanto de su muerte hay que creer

muy fuerte que la muerte es un camino hacia otra parte y entonces, quizás, importe cómo llega, aunque no creo que un catre más y unas costras menos hagan gran diferencia. Pero, además, sigo pensando que tanta bola a la muerte esconde algo y que el moritorio es como una exageración del modelo de la beneficencia clásica católica: esa forma de paliar los efectos más visibles de las guarangadas sociales sin atacar ni un poco las causas de esas guarangadas. De pronto, mientras una cabra y un chico desnudo se muerden las orejas con fruición de hambrientos, me parece que la madre Teresa es una señora de la parroquia del Pilar un poquitito más sufrida, y me da gran cabreo.”

Y todavía no sabía muchas cosas. Después me enteré de que la señorita Agnes Gonxha Bojaxhiu, también llamada Madre Teresa de Calcuta, era un cuadro belicoso de su santa madre, con un par de ideas fuertes. Entre ellas, la idea de que el sufrimiento de los pobres es un don de Dios: “Hay algo muy bello en ver a los pobres aceptar su suerte, sufrirla como la pasión de Jesucristo—dijo la madre Teresa—. El mundo gana con su sufrimiento”.

Por eso, quizás, la religiosa les pedía a los afectados por el famoso desastre ecológico de la fábrica Union Carbide, en el Bhopal indio, que “olvidaran y perdonaran” en vez de reclamar indemnizaciones. Por eso, quizás, la religiosa fue a Haití en 1981 para recibir la Legión de Honor de manos de Jean–Claude Duvalier —que le donó bastante plata— y explicar que Baby Doc “amaba a los pobres y era adorado por ellos”. Por eso, quizás, la religiosa fue a Tirana a poner una corona de flores en el monumento de Enver Hoxha, el líder stalinista del país más represivo y pobre de Europa. Por eso, quizá, defendió a un banquero americano que le había dado mucha plata antes de ir preso por estafar a cientos de miles de pequeños. Y tantos otros logros semejantes.

Aquella vez en Calcuta, 1994, tampoco sabía cómo la señorita Agnes usaba el halo de santidad que había sabido conseguir: los santos pueden decir lo que quieran, donde y cuando quieran. Todo está justificada por el halo. Y ella usaba esa bula para llevar adelante su campaña mayor: la lucha contra el aborto y la contracepción. Ya lo había dicho en Estocolmo, 1979, mientras recibía el premio Nobel de la Paz: “El aborto es la principal amenaza para la paz mundial” y después, para no dejar dudas: “La contracepción y el aborto son moralmente equivalentes”.

Y más tarde, ante el Congreso norteamericano que le dio el título muy extraordinario de “ciudadana honoraria”: “Los pobres pueden no tener nada para comer, pueden no tener una casa donde vivir, pero igual pueden ser grandes personas cuando son espiritualmente ricos. Y el aborto, que sigue muchas veces a la contracepción, lleva a la gente a ser espiritualmente pobre, y esa es la peor pobreza, la más difícil de vencer”, decía la religiosa, y cientos de congresistas, muchos de los cuales no estaban en contra de la contracepción y el aborto, la aplaudían embelesados.

“Yo creo que el mayor destructor de la paz hoy en día es el aborto, porque es una guerra contra el niño, un asesinato del niño inocente. Y si aceptamos que una madre puede asesinar a su propio hijo, ¿cómo podemos decirle a otras gentes que no se maten entre ellos? Nosotros no podemos resolver todos los problemas del mundo, pero no le traigamos el peor problema de todos, que es destruir el amor. Y eso es lo que pasa cuando le decimos a la gente que practique la contracepción y el aborto.”

No era nada nuevo. Las jerarquías católicas lo dicen siempre, pero dicho por ella era mucho más eficaz. Aquella tarde, en Washington, su cardenal James Hickley lo explicó clarito: “Su

grito de amor y su defensa de la vida nonata no son frases vacías, porque ella sirve a los que sufren, a los hambrientos y los sedientos...”. Para eso, entre otras cosas, servía la religiosa.

Aunque cumplía, también, otra función. Hace unos años escribí sobre ella que “todos –los países, los grupos de amigos, los equipos de vóleybol, los grupos de tareas– necesitan tener un bueno: un modelo, un ser impoluto, alguien que les muestre que no todo está perdido todavía. Hay buenos de muchas clases: puede ser un cura compasivo, un salvador de ballenas, un anciano ex-cualquier cosa, un perro, un médico abnegado: en algo hay que creer. En la Argentina, ahora, no tenemos, y por eso se inventaron a Sábato, que no es bueno pero no para de llorar por los males del universo y sus alrededores. El bueno es indispensable, una condición de la existencia. Y el mundo se las arregla para ir buscando buenos, entronizarlos, exprimirlos todo lo posible”, decía y que por eso –pero no sólo por eso– la señorita Agnes ocupaba un lugar extraordinario: la buena universal.

Y lo sigue ocupando. Pese a que algunos intentamos contar un poco de su historia de corrupciones y acomodados, nadie lo escucha: es mejor y más cómodo seguir pensando que era más buena que Lassie. Así les sirve a muchos. Sobre todo porque es útil para reafirmar un par de ideas básicas. Una, que esta vida es el camino hacia la otra, mejor, más cerca del Señor. Por eso no es muy importante lo que nos pase en ésta, sino cómo nos preparamos para la otra: siendo buenos, sumisos, resignados. Por eso el primer emprendimiento de la señorita fue un moritorio, un lugar para morirse más limpiito. La señorita Agnes recibió cataratas de premios, donaciones, subvenciones para sus empresas religiosas. Y nunca hizo públicas las cuentas de su empresa pero se sabe, porque lo dijo muchas veces, que fundó unos quinientos conventos en cien países –y nunca puso una clínica en Calcuta.

Pero, decíamos: la idea central que la señorita anduvo vendiendo por el orbe es que el sufrimiento de los pobres es un don del Todopoderoso. Va de nuevo: “Hay algo muy bello en ver a los pobres aceptar su suerte, sufrirla como la pasión de Jesucristo –dijo–. El mundo gana con su sufrimiento”. Ahí está el centro, lo fundamental. Dos mil años de colaboracionismo sintetizados en una sola frase: no está mal: "Hay algo muy bello en ver a los pobres aceptar su suerte". Y al César lo que es suyo, y el hambre que dignifica a los hambrientos. O eso decía la señorita, tan buena como era.

El moritorio ya no está, y la señorita Agnes ahora va para santa. Todo ha cambiado –muy poco– desde entonces. Nosotros, argentinos. O lo que sea que esto sea.



Universidad de
San Andrés

3. Un pueblo indio

Martín Caparrós

23 de abril de 2012

Mahmuda, estado de Bihar, uno de los dos o tres más pobres de la India, es un pueblito como otro medio millón de pueblitos del país. Mahmuda está cerca de Biraul, que no es tan lejos de Dharbanga, que está a tres horas de ruta de Patna que, a su vez, queda a unos mil kilómetros de Delhi, Nueva Delhi. Mahmuda tiene un par –si se entiende par en su acepción argenta: una cantidad indefinida que va de más de uno a cuatro o cinco– de miles de habitantes desperdigados en siete u ocho calles que serpentean a su gusto. Las calles son, faltaba más, de tierra. Otros días son de barro; esta mañana son de polvo. No hay cloacas ni agua corriente ni electricidad. Hay moscas y personas, vacas.

En Mahmuda las casas de los ricos –los dueños de las tierras, los que tienen una o dos hectáreas– son de ladrillo y tejas, a medio terminar, como si los atacara la pereza; los menos ricos las hacen de adobe; los pobres, pura caña. A la entrada de cada casa está la vaca –o las vacas o búfalos o bueyes- y el fuentón redondo con su pienso. Detrás hay un patio de tierra con un fogón de cocinar a leña o bosta; al fondo el cuarto para todos. Pero todo es fluído: muchas veces las cosas se mezclan y las vacas duermen en el cuarto, las personas sacan sus camas sin colchón al patio; los chicos están por todas partes.

En Mahmuda hay una docena de negocios pequeños que venden granos y cositas, ocho millones de moscas incesantes, un árbol que vio llegar a todos, muchedumbre de árboles más flacos, polvo en el aire, olores en el aire, pájaros varios en el aire, las vacas, personas que

pasan, más personas que pasan llevando leña o bosta o paja sobre la cabeza, más personas que pasan. Los ricos van en moto, los menos ricos van en bicicleta, casi todos a pie; las mujeres usan saris gastados, los hombres las usan. Alrededor hay campos de trigo y de maíz: mujeres los trabajan, y algún hombre perdido; los hombres aran con los bueyes, las mujeres suelen hacer el resto.

En los porches de las casas con porches hay hombres aburridos que me miran ceñudos pero me piden que les haga fotos. Debo ser el cuarto o quinto blanquito que vieron en sus vidas; soy, en cualquier caso, un acontecimiento. Me siento a escribir en el zócalo de un kiosco y el chico que lo atiende sale corriendo; dos minutos después vuelve con una silla de plástico: no tengo más remedio que sentarme en ella. Después un señor con un gran diente solo me cuenta en hindi una historia larguísima repleta de ademanes, uno muy flaco intenta correr un buey para dejarme paso, una mujer sale corriendo, dos madres jovencitas se tapan con sus velos y bebés; los chicos corren y me gritan. La bosta está por todas partes.

Por todas partes hay montones de bosta, bolas de bosta, discos de bosta, ladrillos de bosta, cilindros de bosta, bosta de todas las formas imaginables –o posibles. Es todo un ciclo productivo y está, por supuesto, en manos de mujeres: recoger hojas en el bosque, armar con ellas unas bolas de dos metros de diámetro, llevárselas en la cabeza para venderlas al dueño de una vaca –o, con suerte, dárselas a la propia. Y después recuperar el resultado de esas hojas: ir recogiendo y amasando la bosta que sirve para aislar las paredes de la choza y, sobre todo, servirá, cuando llegue el monzón y cien por ciento de humedad y las inundaciones, para seguir haciendo fuego: cocinar.

Yo camino, sonrío, esquivo búfalos. Un viejo muy chueco lleva uno. El viejo camina con esfuerzo, un bastón en la mano puro hueso. El chico comerciante, que ahora me acompaña, habla un poco de inglés: le pido que le pregunte al viejo si va a bañar su búfalo. No es mi búfalo, dice el viejo, con cara de extrañeza, y que quiere saber de dónde vengo. Le digo al chico que le diga Argentina; el viejo mira al búfalo. Me pregunta mi edad, se la digo, me dice algo con babu babu –que es un trato de respeto a los ancianos. Le pregunto la suya y dice no sé, menos que eso. Hace un calor de perros pero no se ven perros; solo vacas, personas, unas cabras, moscas.

En el gran estanque a un costado del pueblo, chicos y chicas y señores y señoras bañan búfalos. Las bestias entran al agua con el mismo gesto desconfiado con que sus amos miran y me miran, pero después se dejan refregar los hocicos con la mano y el lomo con unas hojas secas. Cuando una se va muy lejos, su cuidador la llama en su idioma –que me suena como el graznido de un cuervo acatarrado– y la bestia obedece: nada, vuelve. Es como la parte buena del trabajo: unos minutos de retozo en el agua, zambullidas, charlas.

El pueblo se acaba en unos lotes cultivados, un bosquecito donde pastan vacas; más allá, ya afuera, hay una calle rodeada de chozas realmente cochambrosas. Aquí dalit, me dice mi nuevo cicerone, el comerciante chico: en los pueblos indios los dalit, la casta de los intocables, sigue teniendo que vivir apartada del resto. En estos pueblos del Bihar uno de cada dos chicos tiene alguna forma de desnutrición, crónica o aguda –y la mayoría no consiguió crecer lo que debía por su falta de alimentación. Son bajitos, flacos; no son inteligentes. Son el peor efecto de la capacidad de adaptación del hombre: millones que fueron desarrollando, a lo largo de generaciones, la habilidad de sobrevivir comiendo casi nada.

Mahmuda es un lugar perdido y es, al mismo tiempo, un ejemplo de miles de otros. Hasta aquí llega, todos los jueves, una clínica móvil de Médicos Sin Fronteras (sección España), basada en Biraul, la cabeza del distrito.

En Biraul, MSF trabaja básicamente contra la malnutrición infantil. Es un equipo de más de setenta personas –seis extranjeros, sesenta y tantos indios– dedicado a intentar nuevas técnicas para combatir la enfermedad más silenciosa, la que la mayoría no reconoce. Más de la mitad de los chicos de la zona no se desarrollan plenos por su causa, y muchos sufren –por su falta de defensas– enfermedades que no tendrían si estuvieran bien alimentados, y algunos mueren por sus complicaciones, pero el trabajo más importante de los MSF consiste en convencer a las madres de que traigan a sus chicos, que no abandonen los tratamientos, que la malnutrición es un problema y que se soluciona.

Están llenos de buenas intenciones. Los expatriados de Médicos sin Fronteras (sección España) viven en un piso sin terminar –como tantos pisos en la India– con duchas de agua fría, inodoros de agujero y cinco horas de electricidad por día: de seis a once de la noche la reciben de un generador, porque la electricidad de la red es casi inexistente. Con lo cual la heladera no puede funcionar; tampoco hay televisión o cosas de esas. Cada uno tiene un cuarto austero: cama con mosquitero, una o dos sillas, una mesa si acaso, un armario. Casi todos comen y cenan juntos cada día; al mediodía una señora les prepara la comida para mañana y noche. Es una vida decididamente sobria, subrayada por risas y complicaciones, pequeñas peleas, logros, frustraciones. La subraya, en general, una idea –una frase– que siempre tienen cerca de los labios:

–Nuestra primera misión es salvar vidas.

Salvar vidas: en un mundo donde casi nada parece tener sentido cierto, hay actos que no precisan más justificación o explicaciones: salvar vidas.

Cuando Amida empezó a lloriquear como sin ganas, su madre Sadadi no tardó un momento en volver a pensar en su primera hija, Jaya. En realidad, Sadadi siempre piensa en su primera hija. Cuando se murió, un año y medio atrás, poco antes de cumplir dos, Sadadi creyó que iba a poder olvidarla pronto, pero no:

–¿Qué sentías?

–Nada, no sé. Era mi hija, iba a ser mi hija mucho tiempo y de pronto no estaba más.

Sadadi tiene 19 años –cree que tiene 19 años, dice, no sabe seguro– y sus padres la casaron hace cuatro o cinco con un primo hermano.

–¿Y te gustaba?

Sadadi se sonroja, mira hacia abajo, se tapa la cara con su chal, mantiene los brazos muy pegados al cuerpo y hace, estoy seguro, una docena de gestos más que no consigo percibir para mostrar su pudor y su vergüenza. Y no contesta. Entonces le pregunto si estaba contenta de casarse con él.

–¿Contenta? Claro, todo el mundo es feliz en el momento de casarse.

Sadadi aprieta a Amida, le arregla la blusita verde. Amida tiene los ojos pintados con una especie de tizne renegrido. Amida está flaca, y Sadadi dice que a Jaya le pasó lo mismo: que un día empezó a adelgazar, pero que ella no se preocupó. Que habían pasado unos días difíciles, en que casi no conseguían comida, y todos en la familia estaban igual, pensó Sadadi. Sólo que Jaya lloriqueaba bajito, se movía cada vez menos, se apagaba; aquella noche, Sadadi se pasó horas acunándola, dándole agua, calmándola. La nena se murió cuando empezaba a amanecer; Jaya, en hindi, significa victoria.

–¿Alguien tuvo la culpa de que se muriera?

–No, fue todo muy rápido, qué íbamos a hacer.

–¿Y qué dijo tu marido?

–Trató de hacerme entender que son cosas que pasan y que si pasó fue porque Dios quería que pasara... Yo lo entendí pero me quedé tan triste. De verdad no pensé que pudiera estar así de triste.

Sadadi y su marido cremaron a Jaya con muy poca leña y trataron de olvidarla -y un año más tarde nació Amida. Pero en cuanto Amida empezó a bajar de peso, Sadadi corrió a la clínica de Médicos Sin Fronteras. Una vecina le dijo que ayudaban a subir el peso de los chicos, a cuidarlos. Su pueblo no está muy lejos, dice: salieron temprano a la mañana y, caminando, llegaron antes del mediodía.

–Yo quiero criar a esta nena hasta que sea grande. Yo puedo criar a esta nena bien, que crezca bien, linda, sana.

Dice Sadadi, y que no entiende qué le pasó, que ella siempre le da su arroz o su pan con verduras, por lo menos una vez por día. Que querría darle arroz todos los días pero a veces no puede porque está muy caro; que a veces su marido no consigue ningún trabajo, pero que busca de todo, todo el tiempo: plantar, cosechar, fabricar ladrillos.

–Él busca sus trabajos, trae el dinero a casa, hace todo lo que puede, pobre.

–¿Tienen suficiente comida todos los días?

–No todos los días. A veces tenemos, a veces no.

–¿Por qué?

–Porque a veces no conseguimos plata para comprarla. Muchas veces.

Dice, y me mira con tristeza: hay gente que no entiende lo más simple.

4. Sudán del sur

Martín Caparrós

02 de julio de 2012

Sigo el Proyecto Hambre. Ahora en Sudán del Sur, el país más nuevo -y uno de los más pobres- del mundo. Y siempre con la ayuda de Médicos Sin Fronteras. Que está haciendo, entre otros, un gran trabajo en su clínica para curar chicos desnutridos en Bentiu, capital de una provincia que se llama Unity, en la frontera en guerra entre Sudán y Sudán del Sur. Un pueblo de diez mil habitantes perdido en un mar de petróleo -que, por la guerra, ni siquiera se extrae. En estas Pamplinas, entonces, algunos momentos de esa búsqueda: imágenes, por ahora, más que nada, hechas de luces y palabras. Los apuntes de un trabajo en curso.

Es probable que miles de millones de personas no sepan que Sudán del Sur existe. Es probable que tampoco sepan que existe Gambia o Swazilandia o Bután o Belice, pero aquí tienen más razón: hace un año Sudán del Sur no existía.

Empezó a existir entonces o, quizá, en 1983, cuando lanzó su guerra de independencia contra Kartum, la capital islamista de Sudán. Fue una pelea sangrienta de la que el mundo se enteró poquito. Durante esos veintidós años murieron dos millones de personas. Dos millones de personas: unos 200.000 eran militares que cayeron por la violencia de las armas; el resto, civiles asesinados por las mismas armas y el hambre y las enfermedades que esas armas causaron.

Se supone que la guerra terminó con los acuerdos de 2005. Esos acuerdos preveían la instalación de un gobierno provisional en Yuba, la capital de Sudán del Sur, subordinado a las autoridades nacionales sudanesas, y la preparación de un referendun para definir la situación. El referendun se hizo en enero de 2011; el 98,8 % de los sudaneses votaron por la independencia. Ese 9 de julio Sudán del Sur se convirtió en el país más joven de la tierra –y al mismo tiempo, uno de los más pobres.

Nyankuma tuvo tres hijos: una nena que ahora tiene seis, un nene que ahora cuatro, una nena que uno. Nyankuma, cuando está en Ler, vive en su tukul con sus tres chicos; su marido muchas veces duerme con ella, otras veces en el tukul de su primera esposa, otras veces solo en el suyo. Los tukules son esas chozas de piso de tierra, paredes de adobe o de ramas unidas con barro, el techo de paja a cuatro aguas con volados y la puntita tan coqueta. Adentro del tukul suele haber un catre sin colchón, un rincón para los utensilios, otro rincón para las ropas, a veces una silla de plástico, otras un farol de kerosén, un adorno colgado de la pared de ramas. Cuando una familia tiene dos o tres tukules los rodea con una empalizada de cañas; todo ese terreno es el compound –o como quiera que eso se diga en castellano: el espacio donde la familia realmente vive, cocina, come, charla, juega, cultiva unas filas de okra. Las chozas de las vacas –cuando hay vacas– son dos o tres veces más grandes que las de las personas.

Nyankuma se levanta cada día a las cinco de la mañana; si es la estación de cultivar agarra su palo con una punta de metal y va a remover la tierra o plantar o cuidar lo plantado. Después va al bosquecito a buscar leña, muele el sorgo en su mortero de madera, prende el fuego y empieza a cocinar el walwal. Walwal es una especie de puré o porridge hecho de mezclar sorgo pisado y agua hirviendo; si hay leche se le pone, si hay sal también. A las diez de la

mañana comen: ya es hora, todos están hambrientos. Comen al lado del tukul, sentados en el suelo; a esa hora el sol ya pega fuerte y el almuerzo es rápido: nunca más de cinco, diez minutos. Después Nyankuma se lleva los platos y la cacerola hasta un estanque doscientos metros más allá y los lava: es un rato agradable, se encuentra con otras mujeres, conversan, chismorrean. Sus chicos dan vueltas por ahí, juegan con otros chicos, se meten en el agua si hay agua suficiente: hasta junio, cuando llegan las lluvias, el estanque es un barro pantanoso. Si tiene ropa sucia aprovecha también para lavarlas; cuando termina vuelve a su tukul: su hija mayor la ayuda llevando un bidón de agua del estanque para beber el resto del día. Justin, su marido, no suele estar; si es la estación puede estar ocupándose del pequeño terreno cultivado que tienen unos metros más allá; si no, estará conversando con algún amigo o quizás en la choza de su primera esposa. Nyankuma juega un rato con los chicos, charla con una vecina, se duerme una siesta. A eso de las siete vuelven a comer: el walwal que quedó, a veces una sopa de hojas o, si hay suerte, de okra. Y cae la oscuridad y el día se termina.

–¿Y otros días comen otras cosas?

–No, todos los días walwal.

–¿Y te gustaría cambiar de vez en cuando?

–No sé. Nosotros cultivamos sorgo nada más.

–¿No pueden cultivar otras cosas?

–No sé. Me parece que no crecen.

–¿Y carne de vaca, comen?

–Sí, a veces, no siempre.

Nyankuma tiene un collar de cuentas de plástico nacaradas brillantes alrededor del cuello.

Cuando se pone nerviosa las toquetea, les da vueltas.

–¿Cuándo fue la última vez que comiste carne?

–Fue una vez, el año pasado.

Y otras veces no tienen nada que comer y no comen, dice Nyankuma. Y que cuando tiene hambre solamente puede pensar en la comida, en cómo hacer para conseguir comida, dónde ir para conseguir comida: lo que no le gusta de tener hambre, dice, es que la hace pensar tanto en la comida.

–Yo no quería pensar tanto en la comida.

Sudán del Sur es un país que tiene, por ahora, según quién lo cuente, entre 50 y 80 kilómetros de asfalto, que no tiene tendido de electricidad, que no tiene agua corriente ni cloacas y no produce nada que no sea negro y pegajoso. Todo el resto –incluida la comida cotidiana, los huevos, las frutas, las verduras, el jabón, el aceite, los fósforos– es importado y pagado con las divisas del petróleo. Sudán del Sur tiene petróleo. Sudán del Sur es el petróleo. El petróleo es lo que hace que Sudán del Sur esté en los mapas. Pero Sudán del Sur no tiene oleoductos o, mejor: los oleoductos que llevan su petróleo hasta el mar Rojo pasan por Sudán, su enemigo constante. Entonces los sudaneses quieren cobrar por ese tránsito hasta un 30 por ciento del petróleo; los sursudaneses les ofrecen como mucho dos –o más bien uno.’

La discusión fue larga y vocinglera hasta que Yuba, harta de que Kartum le sacara el petróleo de sus tuberías para cobrarse sus comisiones abusivas, decidió cerrar la canilla: enero 2012. Desde entonces un país que extrae del petróleo el 98 por ciento de sus exportaciones dejó de extraer petróleo. La declaración fue apoyada, vivada, respaldada por muchos: era un gesto grandioso. Ya les mostrarían a esos sudaneses lo que hacían los del sur. Y si les costaba sacrificios los harían con alegría, porque la patria naciente merece eso y mucho más. Ahora pasaron seis meses. Los sacrificios están claros: Sudán del Sur se está quedando sin dólares, los préstamos de China y de Qatar –dicen que 4.000 millones– se gastaron y quedan las

deudas, Kenia y Uganda, sus principales proveedores de alimentos, están cada vez más reacios a venderle nada, muchos productos empiezan a escasear, la inflación va a todo trapo, la libra sursudanesa patina en el mercado negro. La población se inquieta, el gobierno se inquieta ante la inquietud general; las proclamas nacionalistas siguen, cada vez más inflamadas, cada vez más costosas. Y yo escucho personas que defienden la medida y, de algún modo, las respeto: una cosa es el nacionalismo de opereta, de devuelvanme esas islas piratas deleznable o me ofendo, el nacionalismo de agarrenme que lo mato, y muy otra esta pelea a vida o muerte, el hambre en juego. No sé si quiero decir que uno es mejor que otro; sí que a uno lo respeto.

Angelina se escapó de Kartum porque desde la independencia la vida allá se le había hecho imposible, sus patrones de tantos años la habían echado, se ganaba la comida haciendo vino pero no era legal: que si la agarraban, dice, quién sabe lo que lo podía pasar porque había escuchado historias de gente del sur que la agarraron haciendo cosas menos graves y les hicieron cosas horribles.

—¿Qué cosas horribles?

—No importa. Cosas horribles.

Dice Angelina y que a ella no le pasó nada tan grave —dice, con la voz muy bajita, como quien no dice lo que dice. Y después dirá que a su amiga Tombek la metieron presa por hacer vino y que estuvo meses presa hasta que sus hermanos consiguieron juntar el soborno necesario para sacarla —y que en esos meses le pasaron cosas horribles. Angelina tiene los huesos de la cara muy marcados, la mirada cansada de quien no quiere mirar más.

—No importa, no importa, ya pasó.

Dice, más para ella que para nosotros, y en su relato hay algo raro, algo callado —y la cara flaca se le cierra a cal y canto, como si no quisiera que se le filtrara ni un recuerdo. Y que un

día agarró a sus cuatro hijos y con la plata que había juntado vendiendo las dos ollas y las palanganas de lavar y una radio vieja que tenía pudo pagar un camión hasta un pueblo donde se tomó un barco, una de esas barcas que bajan por el Nilo, y que ahí el patrón le hizo un buen precio porque era de la misma tribu que ella pero que el viaje duró más de diez días y que al cabo de seis o siete ya no le quedaba ni medio kilo de sorgo para darles de comer a sus hijos y se desesperó:

–En el barco, imagínese, qué iba a hacer yo para que pudiéramos comer.

Angelina tuvo una idea: guardó una camiseta para cada uno de sus hijos y una blusa para ella y vendió las otras dos o tres que cada cual tenía a un señor de un pueblo donde el barco paró. Con eso, dice, pudo comprar pescados a los pescadores del río y comer hasta que llegó aquí, a Bentiu, donde tiene parientes.

–¿Y ellos te dieron de comer?

–Bueno, sí, no es que tengan mucho pero algo me dieron.

Pero Tunguar ya estaba tan flaco que le dijeron que lo trajera a la clínica de Médicos Sin Fronteras.

–Pobrecito, pasó mucho hambre. A mí no me hace nada pasar hambre, yo ya sé. Pero a él, pobrecito.

Dice Angelina y repite: yo ya sé.

–¿Qué quiere decir que sabés ?

–Que no me hace mal. Cuando hay comida como, si hay poco como menos, si un día no hay no como. Al final siempre algo va a haber.

Dice Angelina y después me cuenta que su primer hijo estuvo enfermo así como Tunguar y se murió: que por eso está bastante preocupada. En Sudán del Sur uno de cada diez chicos muere antes de cumplir un año.

–Empezó igual, con una diarrea muy fuerte, pero fue hace más de diez años y yo no sabía adónde ir. Al final lo llevé al hospital, allá en Kartum, y a los dos días se murió, pobrecito. Estaba todo lleno de doctores pero él se murió igual. Se ve que Dios quería llevárselo.

Angelina es cristiana muy devota y dice que eso también le traía problemas en Kartum, donde son todos musulmanes, dice: árabes. Y que ahora quiere volverse a Moyam, a ver si encuentra a su familia, pero no sabe si ahora con las lluvias los caminos van a estar transitables todavía. Si no, tiene que ver qué puede hacer, me dice: que la próxima vez me va a contar.

Unos kilómetros más al norte, en las montañas de Nuba, que los antiguos llamaban Nubia, miles y miles de personas han tenido que dejar sus casas y viven escondidos en cuevas porque la aviación sudanesa los bombardea con denuedo. Son unos viejos Antonov, soviéticos aún, que tiran tres o cuatro bombas por pasada y no suelen acertar con ninguna, pero a veces sí. Las tiran sobre los pueblos, los civiles. Nadie lo explica así de claro, pero esos chicos, mujeres, viejos son las familias de los rebeldes del Ejército del Pueblo Sudanés por la Liberación del Norte (SPLA-N), que pelea contra el régimen de Bashir en Kartum. Bombardeándolos, dicen los de Bashir, preocupan a los rebeldes y les complican la retaguardia.

Pero el gobierno de Kartum tiene otra arma más eficaz: por las bombas, por la inseguridad, los nubios tampoco pudieron cultivar este año, y el gobierno sudanés ha prohibido a las agencias internacionales que les lleven alimentos; las historias que llegan desde allí hablan de un hambre sostenido, cantidades de personas sobreviviendo a base de raíces, hojas, insectos diversos. Las historias no hablan de uno de los usos más antiguos del hambre: como un arma de guerra.

5. Madaua, Níger

Martín Caparrós

8 de agosto de 2012

Sigo preparando el Proyecto Hambre: ahora en Níger, uno de esos países que aparecen en todas las listas de los más pobres, más sufridos del mundo. Allí pasé unos días en el proyecto que Médicos Sin Fronteras tiene en Madaua, a 500 kilómetros de Niamey, la capital. Allí MSF trabaja con el hospital local para intentar, sobre todo, impedir que los habitantes de la región se mueran de hambre -y las enfermedades que el hambre favorece. Miles se salvan; la semana pasada, dos o tres chicos morían cada día.

Las había mirado moverse alrededor de esa cama de hospital, mientras juntaban, lentas, sus dos platos de plástico, sus tres cucharas, su ollita tiznada, su balde verde y se los daban a la abuela. Y las seguí mirando cuando la madre y la tía recogieron su manta, sus dos o tres camisetas, sus trapos, en un petate que ataron para que la tía se lo pusiera en la cabeza. Me quebré cuando ví que la tía levantaba al chiquito, lo sostenía en el aire, lo miraba con una cara rara, como extrañada, como incrédula, lo apoyaba en la espalda de su madre como se apoyan los chiquitos en África en las espaldas de sus madres –con las piernas y los brazos abiertos, el pecho del chico contra la espalda de la madre, la cara hacia uno de los lados– y su madre lo ató con una tela, como se atan los chiquitos en África al cuerpo de sus madres. El chiquito quedó en su lugar, listo para irse a casa, igual que siempre, muerto.

Creo que este proyecto empezó acá. Fue hace unos años, un día, en uno de estos pueblos, sentado con Aisha sobre una alfombra de mimbre delante de la puerta de su choza, cuando

ella me contaba sobre la bola de harina de mijo que comía todos los días de su vida y yo le pregunté si realmente comía esa bola de mijo todos los días de su vida y tuvimos un choque cultural:

–Bueno, todos los que puedo, sí. A veces no tenemos.

Me dijo y bajó los ojos con vergüenza y yo me sentí como un felpudo, y seguimos hablando de sus alimentos y la falta de ellos y yo, tilingo de mí, me enfrentaba por primera vez a la forma más extrema del hambre y al cabo de un par de horas de sorpresas le pregunté –por primera vez, esa pregunta que después haría tanto– que si pudiera pedir lo que quisiera, cualquier cosa, a una especie de mago capaz de dársela, qué le pediría. Aisha tardó un rato, como quien se enfrenta a algo nuevo.

–Quiero una vaca que me dé mucha leche, entonces si vendo un poco de leche puedo comprar las cosas para hacer buñuelos para venderlos en el mercado y con eso más o menos me las arreglaría.

-Pero lo que te digo es que el mago te puede dar cualquier cosa, lo que le pidas.

-¿Todo lo que le pida?

-Sí, lo que le pidas.

-¿Dos vacas?

Dice, tímida, y trata de explicarme:

-Con dos sí que nunca más voy a tener hambre.

Era tan poco, pensé primero.

Era tanto.

El Sahel es una franja de más de cinco mil kilómetros de largo –y unos mil de ancho– que atraviesa el África desde el Atlántico hasta el mar Rojo, justo debajo del Sahara. De hecho,

Sahel significa orilla –del Sahara. Es una zona árida, medio desierta, chata donde prosperaron algunos de los reinos más poderosos de África: el Imperio Mandingo –o Imperio de Mali–, por ejemplo, en el siglo XIV, cuando los señores de Tombuctú construyeron una de las mayores ciudades de su tiempo gracias al comercio: sal que traían del norte contra esclavos que traían del sur. Ahora cubre parte de Senegal, Mauritania, Argelia, Burkina Faso, Mali, Níger, Chad, Sudán, Etiopía, Somalia y Eritrea. Son más de cinco millones de kilómetros cuadrados, cincuenta millones de personas, ganado flaco, cultivos sufridos, poca industria, poca infraestructura; cada vez más minerales explotables.

El Sahel es, también, la región que le dio otro sentido a la palabra emergencia –que solía usarse para los eventos extraordinarios, inesperados. En el Sahel, cada junio, con toda regularidad, millones de personas se quedan sin comida, amenazan hambruna, pasan hambre.

Cada mes de junio empieza el período que los francoparlantes llaman soudure, los anglos hunger gap y nosotros los hispanos nada porque igual para qué. Aquí en Níger es soudure: son esos meses en que el mijo de la cosecha anterior ya se acabó y el de la próxima recién está asomando. Entonces el gobierno pide ayuda, las agencias internacionales alertan sobre el peligro y movilizan sus recursos, y algunos de esos millones comen por lo menos una vez por día. Aquí, en el hospital distrital de Madaua, MSF ha montado seis carpones esta última semana porque la llegada de chicos desnutridos está superando todas las previsiones. En su centro de tratamiento de desnutridos –Creni–, preparado para internar a unos cien chicos ya hay más de trescientos, y el torrente no para. El año pasado, sobre los 90.000 menores de cinco años que viven en el distrito de Madaua, 21.000 fueron atendidos por malnutrición en este centro y sus satélites: el 23 por ciento de los chicos.

Hussena dice que le parece que debería dejar de tener hijos.

–Ya tuve muchos. Y cada vez me cuesta más. Con la edad...

Hussena está en el hospital de Madaua porque sus mellizas se enfermaron, vomitaban, ni siquiera lloraban. El marabú les dio unas hierbas pero no les hicieron nada; cuando llegaron al hospital respiraban despacio y estaban muy flaquitas. Una de las mellizas se murió ayer a la mañana; ahora Hussena pelea para que la otra sobreviva. Las mellizas Hassana y Hussina habían nacido hace diez meses; eran sus hijos doce y trece.

Hussena dice que nunca pensó que su vida sería así

–Cuando era chica jugaba con esas muñecas de barro y les daba de comer, siempre les daba de comer. Yo creía que iba a vivir así, en buenas condiciones, pero lo que pasó fue esto y ahora lo tengo que aceptar.

–¿Cuáles serían buenas condiciones?

–Tener comida, un poco de ropa, un poco de plata para los gastos.

–¿Y por qué fue así?

–No sé. Mi marido trabaja y trabaja pero nunca llegamos a eso...

–¿Por qué?

–No sé. Me lo pregunto muchas veces, pero nunca sé.

Hussena se casó grande, a los 17 años, con un muchacho que conoció en la boda de una prima: él se pasó la tarde mirándola y al final se le acercó y le dijo que quería casarse con ella. Ella le dijo que hablara con sus padres; él habló. Hussena dice que es mejor casarse así, por elección y no tan chica, que ella sabe. Y que está contenta de haberse casado con ese hombre, pese a todo.

Hussena ya tiene como 45 años, y parió trece veces. Sus tres primeros eran varones y crecieron bien; los cinco siguientes se murieron. Nacían muy débiles, dice, muy chiquitos: no

resistían vivir. Cuando murió el tercero las viejas del pueblo le dijeron que era por los partos muy pegados, porque se quedaba embarazada dos o tres meses después del parto y dejaba de amamantar y su bebé tenía que comer otra cosa y se enfermaba y se moría, y porque además con tanto parto Hussena estaba tan débil y tan flaca que cada bebé le salía muy chiquito, muy frágil. Hussena lo entendía, pero seguía quedando embarazada.

–¿Qué pensabas cuando tus bebés se morían uno tras otro?

–No sé, me pregunté por qué dios no quería que mis hijos vivieran, empecé a tratar de no embarazarme. Vino el marabú y me dio un grigrí para que no me embarazara.

El marabú es el sabio musulmán de cada pueblo, el que aconseja, el que dirige la madrassa y, en muchos casos, el curandero –que ahora la corrección política llama médico tradicional–; un grigrí es una cuerda que alguien se ata, generalmente a la cintura, con un trocito de piel de animal o un amuleto de piedra o arcilla, para curar una enfermedad o conseguir algún resultado.

–¿Y eso te impidió embarazarte?

–Sí, impidió.

–¿Por qué?

–Es así. Es nuestra tradición.

Dice, y se ríe. De vez en cuando, Hussena me dedica una sonrisa dulce, leve, con esa compasión con que se mira a los que no terminan de entender las cosas.

En los doce años siguientes Hussena tuvo seis hijos más, que vivieron. Hasta ayer, cuando murió la sexta, la melliza.

–Con lo difícil que fue ese parto.

Dice, y le pregunto si son más fáciles ahora o al principio.

–No, antes era más fácil, yo tenía más fuerza. Con la edad todo se hace más difícil... Ahora cuando estoy embarazada todo el trabajo me cuesta mucho más.

Dice, y que todos los partos anteriores habían sido tranquilos, en su casa, pero que cuando estaba embarazada de las mellizas, hace dos años, tenía muy poca comida y estaba muy débil y que cuando empezó el trabajo de parto se desvaneció y la trajeron hasta el hospital de Madaua desmayada en una moto y que por eso se hizo esto, dice, y me muestra bruta quemadura en una pantorrilla:

–Con el caño de escape, me la hice. Eso me pasa por subirme a esas cosas.

Los médicos le dijeron que el problema era que había comido demasiado poco, que por eso las mellizas le salieron tan débiles, y que tenía que alimentarlas bien. Ella decía sí claro sí claro; el día que se iba se animó a preguntarles cómo hacerlo, dice, y le dijeron que tenía que amamantarlas pero que para eso tenía que comer bien, para que la leche le saliera fuerte y mucha.

–Imagínese.

Me dice: dice que me imagine. Que me imagine su zozobra, sus dudas: que ella muchas veces comía menos para que sus chicos no se quedaran sin comer, pero que le dijeron que si comía menos las mellizas se iban a enfermar y que entonces qué hacía.

–¿Qué hiciste?

–No sé, no sabía qué hacer, a veces comía, a veces no. Para lo que sirvió...

Dice, y mira al suelo. En sus brazos, la otra melliza llora muy bajito.